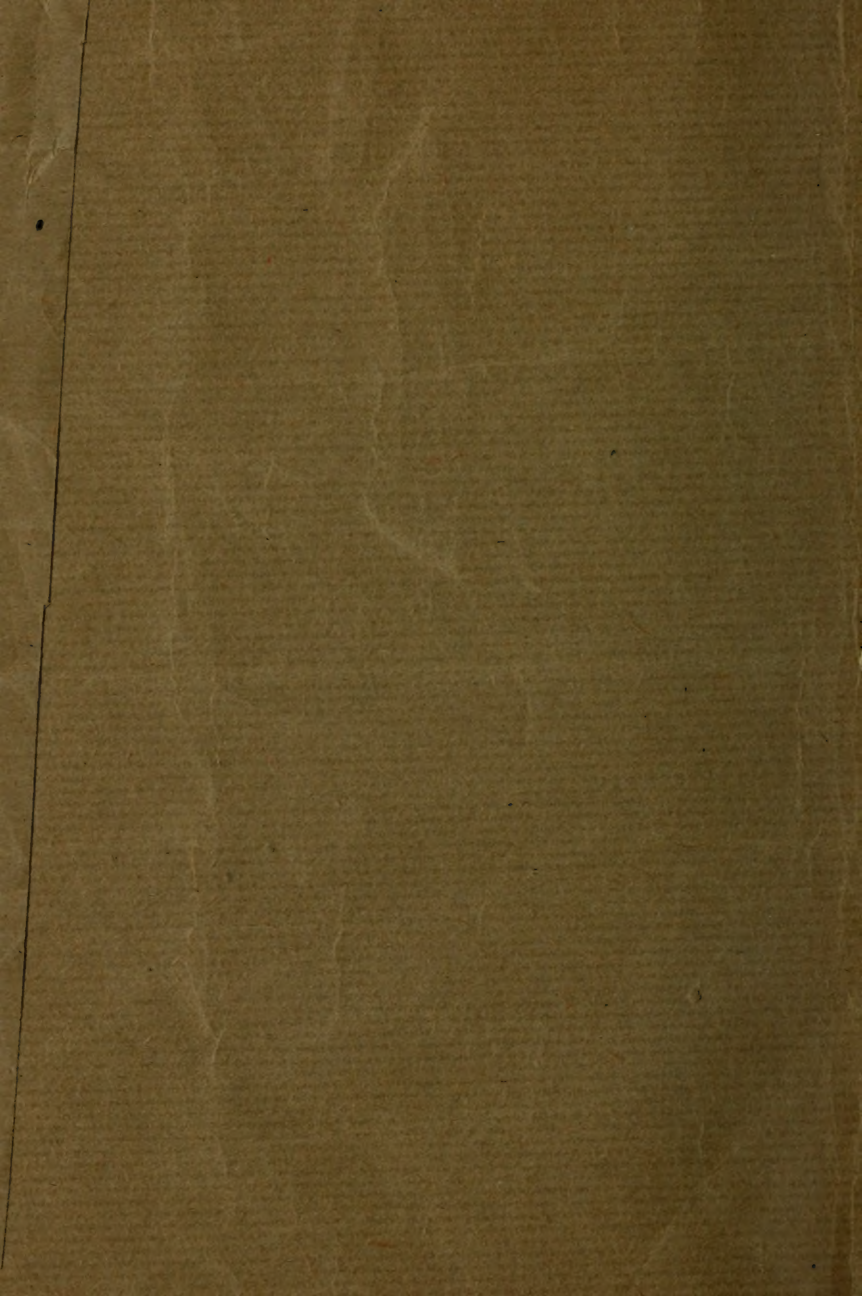

3 1761 06678004 0

Jorge Söhle

Chavela



JORGE SÖHLE

CHAVELA

(NOVELA HISTÓRICA ARGENTINA)

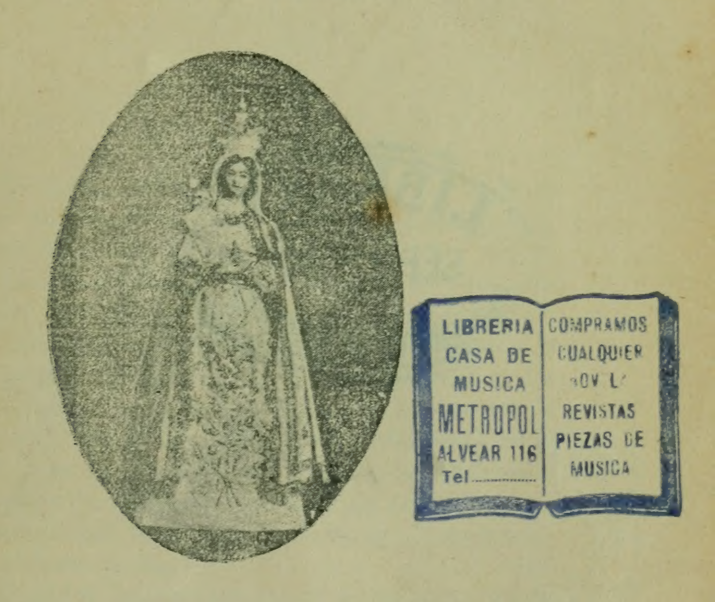
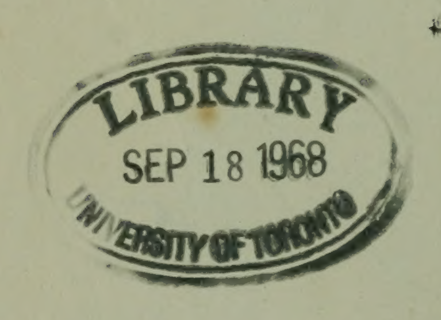


IMAGEN DE LA VIRGEN EN EL ROSARIO

1903

Tipografía "La Velocidad" - Calle Libertad N. 970

ROSARIO


LIBRARY
SEP 18 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

CHAVELA

I

EL BAILE OFICIAL

En la noche del Lunes 24 de Setiembre de 1838 se veían profusamente iluminados con candilejas y faroles de diferentes hechuras y tamaños, los frentes de las casas de la ciudad de San Miguel del Tucumán, "La tumba de los tiranos", "El jardin de la República".

Se festejaba el vijésimo sexto aniversario de la batalla ganada en las orillas de ese pueblo, por los patriotas sobre las fuerzas realistas, mandadas por el americano D. Pio Tristan, último virrey del Perú, en el nombre, pues fué titulado así despues de Ayacucho, (9 Diciembre de 1824) "la batalla de los generales" y la última campal que se dió en América por la guerra de nuestra independencia.

Cada año se daba mayor realce á esta conmemoración, uniéndose la fiesta política á la religiosa de la Vírgen de las Mercedes, que ya era señalada por el pueblo como la verdadera vencedora de los españoles, "á quienes aterró en el dia de la batalla con su presencia, amazona en un caballo blanco, acompañada de Santiago el Apóstol".

La noche era hermosísima, la primavera se había ya pronunciado y el aire fresco llegaba saturado de fra-

gancias de azahar; jazmines del país y "flores del aire", que al bajar del "cerro nevado", cumpliendo la ley física, habia recojido al cruzar los escondrijos del bosque de naranjos y al zangolotear las enredaderas que se apoyan en los cercos ó en las tapias de las quintas de los alrededores de la ciudad.

La luna, en cuarto creciente, semejaba ser un dibujo con tiza sobre una pizarra concava, tan inmóvil aparecía ella, tan sin nubes, tan obscuro se presentaba el cielo por lo que hacia creer que eran mas intensos sus cariñosos rayos, que daban un tinte poético á la ciudad, ya de sí por sus casas casi en la totalidad blanqueadas á cal.

De cuando en cuando se sentían claras las notas sonoras, metálicas de una banda militar, dominando las gabotas y minués, que se oían en los pianos ó los gatos y vidalitas que se rasgueaban en las guitarras.

Despues del inconcluso edificio, conocido por "el Cabildo", situado en la esquina que mira al Norte y al Este de la parte Nor-oeste de la Plaza principal, la casa que presentaba mas armonía en el arreglo, asi como mayor número de luces, no existiendo la diversidad en el tamaño y la calidad de los faroles que presentaban las otras, era una que se encontraba en la misma plaza, en la acera del Sur. Al frente de ella, en medio de la calle, se encontraba una banda, que á cortos intérvalos hacia oir piezas de bailes, el célebre tragala-tragala y aun trozos de ópera de Gluck, Mosart, Cherubini y Rossini, que se debian al entusiasmo artístico del jóven Juan Bautista Alberdi, que estudiaba jurisprudencia en Buenos Aires y llevadas, unas, en el viaje que hizó á Tucumán algunos años antes y mandado otras posteriormente.

Era esa la casa particular del Gobernador y Capitán

General de la Provincia Don Alejandro Heredia, quien festejaba con un banquete el fausto aniversario.

Los comensales no eran numerosos, dado el carácter de la fiesta y aun su selección dejaba bastante que desear; es que el prestijio que gozaba años antes el General Heredia, habia decaído considerablemente. Sus desmanes le habían enajenado la simpatía de sus conciudadanos y aun le habian atraido el odio de muchos

Con todo ello le acompañaban alrededor de treinta personas.

Se notaba apresuramiento, se deseaba concluir; veíase claramente que no existía satisfacción plena en la reunión, que se esperaba al final algo que debía complacer mas. Y no era porque estuviese él mal servido; los manjares de mas aprecio para los invitados habian sido presentados.

Quien hubiera comido carne con cuero fria, sopa de arroz *colado*, bacalao á la vizcaina, pastel de gallina en fuente, conocido por de á onza ó de Cambray, nogada y pavos y chanchitos asados, regados con un rico vino morado de La Rioja, de "la Costa de Anjuyon", podía darse por satisfecho, tanto mas si probaba aunque mas no fuera—los postres, que era el lujo de Heredia y que siguiendo la costumbre de sus paisanos eran numerosos: dulces de mora, de cayote, de batata y de naranja, á los que acompañaban el vino de Frontignan.

El General Heredia que habia abusado algo del alcohol, vicio que lo dominaba, levantose una vez que hubo concluido su cafe y tomado tres copas de mistela.

—Señores—dijo—el lento tañido de las campanas de la Matriz, al tocar ánimas, nos obliga á disolver tan placentera reunión; es menester ir al baile y no hacer esperar á las damas: Juana es entusiasta por la puntuali-

dad y habiendo quedado en ir juntos, pues llevamos á nuestra hija Carolina; deseo evitar un fruncimiento de cejas. Espero que nos encontraremos ahí; despues hemos de asistir á una reunión en lo de las "Contra el cerco".

A los cinco minutos solo acompañaba á Heredia su edecán el Comandante Vicente Neirot.

—Comandante díjole el Gobernador—avise al bastonero que el minué deseo bailarlo con Ventura Saravia y la primera contradanza con Dolores Silva

El General Heredia tenía cincuenta años largos, que no los representaba; estaba bien conservado, á pesar de los excesos que desde algun tiempo venia cometiendo diariamente, tanto en los altares de Baco, cuanto en los de Vénus y de la ajitada vida de campamento, que había llevado desde su juventud.

Alto, buen mozo, gallardo, era el tipo resultante de la mezcla del indíjena con el español y lo demostraban sus ojos negros, rasgados, sus pómulos algo salientes,—*lo que disimulaba* las patillas á la inglesa, única barba que usaba,—su boca casi sin labios y su frente ancha, pero deprimida; ello habia dado orijen á su mote "El Indio Heredia".

"Soldado de la Independencia", entró á formar en el primer continjente que dió Tucumán á los ejércitos de la patria

Teniente en 1812, es elojiada su conducta por el General Belgrano en el parte de la batalla de Tucumán; Capitán de caballería de línea el 25 de Mayo de 1813, Sargento Mayor Graduado en 23 de Octubre del mismo, Teniente Coronel Graduado en 16 de Febrero de 1815, efectivo en 16 de Agosto de 1817 pasando al célebre Rejimientó de Dragones y Coronel el 22 de Mayo de 1819, es en Enero de 1820 uno de los cabecillas de la

sublevación de Arequito, unido á los reputados jefes cordobeses Coronel Juan B. Bustos y Comandante José M. Paz.

Fué electo gobernador de Tucumán en 14 Enero de 1832 y en los principios de su gobierno, no solo fué intachable su conducta, fué digna de merecido aplauso.

Encontró la provincia en el mayor desquicio.

Despues de la batalla de la Ciudadela (4 Noviembre de 1831 —en la que fueron derrotados el intrépido Araoz de la Madrid y el gobernador Javier López—lo mas granado de Tucumán, huyó de las iras del tremendo vencedor, el General Juan F. Quiroga, "El Tigre de los Llanos"; quien no solo saqueó las cajas oficiales, sino tambien las de los particulares, imponiendo contribuciones, tomando los bienes de los que consideraba enemigos, usando para ello de los medios coercitivos que creyó mas oportunos; desde la notificación de hacer entrega de los bienes que él indicaba, hasta fusilar al sacristán de San Francisco, un alma de Dios, un estúpido, que se sonreia cuando Quiroga le preguntaba algo y que no pudo hacerle entrega de los cajones con la plata labrada que habian dejado en ese templo los emigrados, por no saber donde se encontraban.

Dentro de esos estremos, usó Quiroga de la amenaza, la prisión y las azotainas feroces, sin distinguir sexo, clase social, ni edad.

Heredia llamó á su lado á hombres capaces, sin preocuparse de que pertenecían á tal ó cual partido, decretando la amnistía ámplía, por la que volvieron de su inmigración la mayoría de las familias, que despavoridas habían huido á Bolivia y Chile.

Los Zavalias, Frias (don José habia sido gobernador delegado cuando la de la Ciudadela, por lo qu él ni el derrocado gobernador López no volvieron inmediata-

mente, el primero hasta no pasados 17 años y el segundo en 1835, al frente de un puñado de valientes, para morir fusilado despues de ser sorprendidos en Monte Grande, mediante una traición), Avellaneda, Juan B. Paz, Felipe Alberdi, Terán, Zavaleta, Posse, Silva, etc., etc, lo rodearon, cooperando á sostenerlo en el mando, pues comprendian que su gobierno era ejemplar comparado con el del gaucho Estanislao López, quien segun el General José Maria Paz, llevaba una vida "medio salvaje y puramente material" en Santa Fé, el del *fraile* Aldao, el poseedor del serrallo federal una querida por provincia, en Mendoza; el de Ibarra, el que *enchalecaba* ó *retobaba* con cueros frescos en Santiago, etc., etc.

Dictó decretos perfectamente fundados, verdaderas leyes de bien general, que hoy mismo significaria una labor importante en un Estado desquiciado.

En los primeros dias de Febrero de 1832 se dedicó con todo ardor á su tarea.

En ese mes se preocupó de organizar las oficinas de Gobierno, la Administración de Justicia, de señalar el procedimiento en las solicitudes de declaratoria de pobreza, de *extinguir* una nube de autoridades, comisarios de campaña, nombrados por sí y ante sí y que solo acarreaban el mas espantoso desorden; sobre justicia de campaña; dictó el Reglamento de policia, en el que introdujo disposiciones de órden municipal y de derecho penal; de señalar los privilegios que correspondían al comercio en relación con sus deudores; el reglamento interno de policía; sobre servicio de peones y vagancia: arreglo el servicio de postas, señalando su arancel; sobre el juego del Carnaval, que en ese entonces era salvaje, pues se usaba los asaltos á las casas, se lanzaban cáscaras de huevos, hasta de avestruz, rehenchidas con agua natural ó de olor, los baños de cuerpo entero en

tinas ó en las acequias y no eran los actores jente del bajo pueblo, eran los que figuraban en primera sociedad.

En los meses siguientes, hasta cumplir los dos años, por cuyo tiempo fué elejido, se preocupó entre otros asuntos de mejorar las vias de comunicación dentro la Provincia, de nombrar un Agrimensor de la misma; reglamentar los aforos. para el cobro de derechos; sobre mercedes de tierra; sobre compra de cueros; honorarios de médicos; celebración del 25 de Mayo y 24 de Setiembre, pasaportes, empedrado de las calles, sumarios de la campaña, del correo, de las garantías individuales; puso coto á los espendedores de carne y pan, señalándoles el precio; sobre marcas en los animales; sobre el sumario brevísimo para juzgar á salteadores, quienes con la guerra civil y bajo el manto de partidario infestaban la provincia; sobre cartas atrasadas y no reclamadas; sobre matanza de yeguas, que se hacían sin ton ni son, sin averiguar si tenían cria ó no; sobre el teatro, sobre juegos de azar, etc., etc.

Creó un parque y maestranza y se preocupó detenidamente de la instrucción primaria.

Creó en Tucumán y se inauguró dentro esos dos años, una Escuela sistema Lancaster, y de primeras letras en Trancas, Colalao, Burroyaco, Lules, Puestos Leales, Monteros, Rio Seco, Chicligasta, Rio Chico. Naschi, Gastonilla, Graneros y Colalao de la Sierra. Hasta escuelas de música tuvo la Capital.

Es cierto que Heredia habia estudiado en la Universidad Mayor de San Cárlos (Córdoba) y por ello, probablemente, provenía el marcado deseo de endilgar un discurso cuando se le presentaba el menor pretexto, usando un lenguaje florido en la conversación mas trivial, siempre que no lo dominara la embriaguez.

Sus ministros fueron el doctor Juan Bautista Paz,

abogado, recibido en Charcas, en la cartera de gobierno y don José Manuel Terán en la de hacienda.

Su influencia en el Norte de la República se estendía visiblemente dia á dia y ella era incontrastable en Salta, Jujuy y Catamarca, de donde se llamaba protector, llegando al punto de que Rosas le recelase; pero el tremendo vicio, "que ha hecho mas males á la humanidad que los rayos de Júpiter, el beso de Vénus y "la espada de Marte": la embriaguez, iba minando el cuerpo y la moral de ese hombre, que pudo, sino conseguir por sí sólo, cooperar eficazmente á librar á su país de doce años de tiranía y de verguenza.

En esos momentos, Heredia, era General en jefe del ejército de operaciones contra Bolivia, con la que estaba la República en lucha, aunque *los federales* decían que era contra "el tirano unitario Santa Cruz".

Cuando entró al salón del baile, que se daba en el Cabildo, se encontraba ya numerosa concurrencia. Iba de paisano; traje de frac negro, talle corto, solapa y faldones anchos, botones grandes, lisos; se conocía habia salido de la renombrada tijera de sastre inglés, Coyle, vecino de Buenos Aires; corbatín de elástico. negro, ancho y camisa de chorrera, en cuya pechera se veían dos botones de oro cincelados, que los unía una cadenita sumamente fina del mismo metal.

El único distintivo de su cargo que llevaba, era la banda de Gobernador, ancha cinta celeste con el escudo de la Provincia,—ovalado, dividido en dos cuarteles, el inferior azul celeste y el superior blanco; encontrándose en el centro de estos, cruzados, un sable, una lanza con banderola y una pica cubierta con el gorro frijio; orlaban el escudo una rama de palma, y otra de laurel y el mote "Tucumán sepulcro de los tiranos"; se veía en la parte inferior un trofeo de armas y bande-

ras y en la superior un sol naciente—que colocada sobre el hombro derecho venía á perderse en el costado izquierdo de la cintura.

A su entrada el bastonero ordena que la banda que se encontraba en la galería, toque *el baile quc es de rigor* sea primero en estos casos: el minué; indicando al General Heredia que tenía de compañera á la señora Ventura Saravia de Ibarra.

Era esta ya entrada en años y pertenecía á una distinguida familia de Salta. Su casamiento con el cacique de Santiago, Juan Felipe Ibarra, se debía á la política de su padre el doctor Saravia y á la ambición desmedida y materialista al mando de los tres y no á inclinaciones de los contrayentes.

Doña Venturita, como se la llamaba con generalidad, era ambiciosa, de talento y rencorosa, no se inmutaba por motivo alguno, y si bien no amaba á Ibarra, de quien solo había recibido desaires y aun vejámenes de todo género, mantenía, ocultamente, correspondencia con él, sirviéndole de espía en Tucumán. No tenía reparo alguno en intimarse con las unitarias, haciendolas creer que era enemiga de su esposo, para obtener los secretos que podía utilizar.

Fué grande su satisfacción al notar el acto de Heredia, no dudando que no era elección del bastonero, sinó órden del Gobernador.

Solo hicieron las primeras figuras del minüé, pues Heredia llamóle la atención sobre una niña que se encontraba en la *mosquetería*, preguntándola quien era.

La señora de Ibarra dijo:

—¿Esa de vestido blanco que habla con Pedrito Rodriguez, el hijo del boticario?—y al ver la señal afirmativa que Heredia le hacía con la cabeza, pues se había quedado ensimismado contemplándola, conti-

nuó—Si es la Chavelita Oyuela, la hija de la Laspiur que murió al darla á luz, ¿no es una pinturita? Es lindísima esa niñita.

Y no había exajeración, era un tipo ideal, una belleza entre las bellas tucumanas.

No tenía un solo defecto, era perfecto su físico y su hermosura se realzaba con el aire digno y modesto de su porte. Un poeta la hubiera comparado con la flor del aire, esa orquídea fragante de los bosques de nuestras provincias del Norte.

Alta, morbida, sin ser gruesa, su natural elegancia atraía y su faz hechizaba.

Blanca, su rostro ovalado y lleno, estaba guarnecida de abundante y ondulada cabellera obscura; era su frente ámplia, y magníficos, soñadores sus ojos garzos, grandes, rasgados, orlados de tupida pestaña larga y risada. Sus cejas angostas y arqueadas, que parecían pintadas, tal era su corrección, nacían simétricamente y á corta distancia de la nariz, pequeña, fina, y un algo arremangada. Su boca era chica, siendo su labio inferior un poco grueso, y al sonreirse, al par que se le formaban dos arcos—como un paréntesis—en sus estremidades, limitando sus apenas sonrosadas mejillas, dejaban ver preciosos dientes, pequeños, parejos y blanquísimos.

Estaba vestida de blanco; era su traje de linón, la pollera lisa y la bata algo suelta, sin adornos, la llevaba descotada á lo Byron, mostrando la garganta redonda, llena, larga, escultural. Su peinado era sencillo y elegante; caían en *bandeau* sus cabellos, que se recojían en la parte posterior en un rodete que parecía sostenido por un ramito de diamelas.

En un brazo llevaba un tapadito de seda color patito con ancho fleco, cubriendo la manga lijeramente

abuchada hasta medio brazo, la que concluia perfectamente lisa.

—Tiene razón misia Ventura - dijo Heredia la niñita es hermosísima Ya me han hablado de ella. El que está locamente enamorado de esa personita es Pancho Chatres, pero no se la merece. Veálo ¿su cabeza no le hace recordar á una calavera de gallo?

—Ja! ja! ja! ¡Que gracioso General! si vd. siempre tuvo gusto para todo, no podía encontrar un apodo mas bien puesto: "Calavera de gallo", y no se la llevará; lo que es la Chavela tiene ya dueño y es lindo el muchacho, se quieren con Pedrito. Véalos General, parecen dos torcazas; si hacen desear ser jóven!

—Ola! Ola! mi estimada madama! ¿que diría mi buen amigo y compañero don Juan Felipe, si llegase á saber esto?

—¿Que puede decir? Ya estamos viejos para celos.

El minué había terminado y Heredia, despues de llevar á su asiento á la compañera, se dirigió donde se encontraba Francisco Chatres.

Era este un jóven de 28 á 29 años, comerciante, tenía cinco tiendas entre la ciudad y la campaña; casi lampiño, un bigote ralo y corto sombreaba una boca enorme, que encerraba grandes dientes amarillos y separados. Sus ojos redondos, su nariz larga, afilada y el corte de su cara eran los signos remarcables que hicieron que el General Heredia le diera el apodo de "Calavera de gallo".

—¿Como te va Pancho? ¿Has bailado el minué?—díjole Heredia, dándole una palmada en el hombro.

—No señor General—contestóle este, volviéndose todo azorado, como si hubiera salido de un ensueño y doblándose hacia el lado en que la férrea mano de Heredia había caído

—¡Hombre! ¿te has asustado? ¿Siempre de alfeñique ó estabas en contemplación? ¿Es cierto que pretendes á Chavela Oyuela? Eso me lo han asegurado; pero mira Panchito, esa miel, como la del Himeto, no la vas á gustar. Te la van á robar y ni la "mancaraspa" te van á dejar.

Chatres se había puesto lívido, su rostro horrible daba pavor, sus pequeños ojos se injectaron en sangre y con voz entrecortada contestó:

—Si, si, lo veremos. Hay otros peor, que tambien los roban y no saben.

—¿Qué dices? ¿á quien te refieres? díjole Heredia poniéndose serio.

—Nada señor General, son tonterías mías.

—Eso me lo vas á explicar luego, en lo de Aurorita; tu vas á venir con nosotros. Voy á bailar con Dolores Silva la contradanza y me marcho. Avisa á los amigos que los espero en el salón de refrescos, despues de esta pieza, para que vamos juntos.

A indicación del bastonero el General sacó á la señora Dolores Silva de Avellaneda.

Era esta hermosísima, mas bien alta, no gruesa, blanca, de pelo negro casi azulado, ojos grandes, corte almendra, renegridos que daban destellos como diamantes, orlados de una pestaña larga, rizada, abundante, la que, segun el doctor Elías Bedoya, hacía recordar al crespón de China deshilachado; y la mirada cariñosa, serena, que demostraba la bondad de su alma.

Llevaba un rico traje de raso color topacio, con encajes blancos; bata corte de cotilla y la manga corta, de avispero.

Se había peinado de U (unitaria) que era llevado por las unitarias acompañando así á los hombres de ese

partido, que llevaban la barba formando U, para significar sus ideales políticos.

Sostenía el peinado una larga cadena de oro. que concluía en el rodete. tomada por un tembleque de brillantes.

Mientras lo permitieron las figuras de la contradanza, entre Heredia y Dolores se sostuvo el siguiente diálogo:

—¿Como le va á la emperatriz del baile? Se me hacía tarde el servirla de caballero; necesitaba tenerla cerca, despues de haber remolcado á la Saravia.

—Señor Gobernador....

—Si señora mía. Ud. no puede negarme que ella sea el prototipo de la fealdad.... Yo me he formado la idea que como ella deben ser las *mula-ánimas*.

—¡Pobre misia Venturita! No sea asi señor Gobernador; bastante tiene la infeliz con el abandono de su marido, lo que es tremendo; para que aun se le haga notar sus defectos físicos.

Pero Dolores, si esto mujer no es folo sea sino que es ridícula. Fíjese, semeja una lanza y que vestimenta, ¡Sra. Nuestra de las Mercedes! es una pandorga, amiga mía. Y como para ratificar tal verdad se viene de escote; sí eso es una bolsa de huesos, es la pechuga de una chuña; y lo de su marido, amiga mía, ella tiene la culpa; al viejo don Juan Felipe lo ha fastidiado, pretendiendo dominarlo concluyó por cansarlo. Saladino por excelencia y por ende pícaro y lleno de angulos y sinuosidades, no le faltó medios para librarse de ella. En la felicidad del matrimonio es innegable que en mucho va la mujer; si ella es buena, difícilmente pueden llevarse mal. ¿Porqué no es como Ud? Todos sabemos que mi bueno y estimado amigo es algo tentado....

—No General, yo no debo quejarme de Marco, el es muy bueno—interrumpió la señora de Avellaneda

--Si Dolores, es Ud. una esposa ejemplar; los amigos sabemos que el doctorcito es algo calavera, pero se ha de componer Los hombres políticos tienen que pasear algo, como los militares deben conocer de todo; el hambre y el hartazgo, el calor y el frio. Yo se lo voy á cuidar. He notado que se me ha retirado algo, Ud. debe saber la causa

--No conozco nada General de las cuestiones políticas de Avellaneda, pero no creo se le retire, lo aprecia mucho á Ud., creo ha tenido en estos últimos dias quehaceres con los negocios de tatita; y tambien mucha correspondencia.

Esto último hizo fruncir el ceño á Heredia. ¡Correspondencia! ¿con quien? ¿de que clase? La señora nada sabia, era claro, había tocado el punto sensible: los celos y dato alguno pudo sacar. Y no tenía duda, algo anormal existía; y como los complots y las revueltas estaban al orden del día, debía preocuparse de los asuntos políticos. cuyo horizonte estaba obscuro.

Por la correspondencia que habían traído los últimos correos, sabía que en Buenos Aires reinaba gran descontento, que la cuestión con Francia tomaba un mal cariz y que los emigrados de Montevideo se movían. Y lo que veía con mayor recelo era la emigración de Buenos Aires; la juventud parecía pronunciarse de una manera decidida, "y esos son mal elemento como enemigos, son el diablo los muchachos" y hasta uno de sus protejidos, Juan Bautista Alberdi "hombre de porvenir" había ido á engrosar las filas de los unitarios y de los "Lomos negros", que olvidando las revueltas de Abril y Diciembre: sus rencores, solo veían á Mayo, el mes de la Fraternidad para ir unidos contra el tirano.

Y se enfurecía contra el Gobernador de Buenos Aires, Juan Manuel Rozas; encargado por los Poderes Provinciales para las relaciones con las potencias extranjeras. "Es un animal ese Rozas—se decía—ni una sola buena cualidad tiene. Para que se mete con los franchutes. Lo van á reventar! Al fin y al cabo él no va á pelear, ¡no es *sacha-general*?" Si lo habían hecho á dedo, por las revueltas y mediante la compra de la paz á las indiadas de la Pampa "una mascarada en cuaresma". La mashorca "esa nube de forajidos" no le placia. Pelear, sí, cara á cara, morir matando; pero castigar mujeres, degollar viejos, cazar hombres; eso lo disgustaba, le revolvía la bilis, era denigrante. El no le había de aflojar al enemigo, si lo tomaba con las armas en la mano, lo haria fusilar sin asco, hasta mandaría el pelotón en último caso; como lanza en mano se metería en un entrevero, para eso había sido oficial de caballería; pero esconderse, mandar matar á sus enemigos, tirando la piedra y ocultando la mano, eso si que no, jamás.

"Tambien, era lo mismo pedir potrillos á las mulas que pundonor á Rozas!" ¿Había sido, acaso, subordinado de Belgrano ó San Martin como él? Sus compañeros de armas no habian sido José Maria Paz, Manuel Dorrego, Gregorio Araoz de la Madrid, Lorenzo Lugones y tantos otros que con él en medio del polvo y del humo de los fusilazos y del incendio, oyendo tronar el cañón, que no apagaba el fragor de los cascos de las caballerías, los ayes y maldiciones de los heridos, fuera de si por el contento de la victoria alcanzada, la laxitud del peligro pasado y el olor de la pólvora y la sangre, se habían abrazado, en el campo de la batalla!

¡Era un gaucho cobarde y sanguinario!

Estaban en la última figura de la contradanza y Heredia invitó á la señora de Avellaneda á pasar á la mesa de refrescos; ella se escusó, era aun temprano y le pidió la llevase al lado de su esposo, que sentado en un sofá charlaba con el español don Francisco Mañan, radicado en Tucumán hacía ya algunos años.

Era el doctor Marcos M. de Avellaneda un jóven de 24 años, lleno de méritos y esperanzas.

Recibió el título de doctor en jurisprudencia á los veinte años, en Buenos Aires; empezando desde esa temprana edad á luchar en la vida publica.

Llegado á Tucumán en 1835, huyendo de Buenos Aires ante las iras de Rozas, acercóse á Heredia con quien cultivó amistad, hasta que los excesos de éste hizo se le retirase paulatinamente. Actuaba como Presidente de la Sala de Representantes. Mas bien bajo, delgado, se le podía llamar un buen mozo por sus hermosos ojos negros, su ámplia frente, su correcta nariz aguileña, y su magnífica cabellera negra, negrísima Llevaba afeitado el bigote, usando solo patilla corta.

Su interlocutor, Mañan, era el Manolito Gasques de Tucumán. "Este Godo es el mentiroso mas mentiroso del Universo" era el estribillo, que á su presentación, acompañaba otro vecino, Don José Gregorio de Araoz, mas conocido por don Chuchi. su inseparable y el mas entusiasta de sus admiradores.

Cuando misia Dolores y Heredia llegaron al sofá, Mañan contaba al doctor Avellaneda lo que le sucedió con un loro que tenía, al que enseñó las letanías y se le huyó. Pasados unos meses, una tarde pasa por encima de su casa una bandada de loros, de los que, uno cantaba las letanías y los otros, en coro, contestaban: *Ora pro nobis* Se trataba de su loro que se había unido á otros y les había hecho parte de sus conocimientos.

"Era una cosa portentosa, un jenio la tal ave, yo me dí cuenta que era mi lorito, porque al verme en el patio de casa me conoció y gritó: Adios Mañancito."

Los tres lanzaron una carcajada ante tan mayúscula *guayaba*.

Heredia, pasada la hilaridad, dirijiéndose á Avellaneda, dijo:

—Doctor, ¿quiere acompañarme á la mesa de refrescos? Estoy soportando el suplicio de Tantalo. A Mañan le encargaremos no mienta en grado superlativo, no sea enferme á Dolores

Cuando llegaron á la sala donde se encontraban los refrescos, los paniaguados de Heredia esperábanlo en número de veinticinco, aproximadamente.

El Gobernador los saludó y despues de mirar á todas partes, como buscando á alguien, dijo:

—Aquí nos falta Robles; ¿dónde está? que lo busquen y le digan lo necesito

—Señor Gobernador—dijo el Comandante Neirot que era íntimo del aludido—el Comandante Robles se ha retirado, diciendo que se encontraba algo indispuesto.

—No ha de ser nada, vaya a su casa, Ud. Neirot y lo saca, digale en mi nombre que es necesaria su presencia en lo de las "Contra el cerco." Si va á caballo llegará tan pronto como nosotros ó antes. ¿Y Ud. doctor Avellaneda viene con los amigos? Vamos al baile popular.

—Con el mayor placer iría con Uds.—contestó este—pero debo acompañar á Dolores. Ella desea retirarse temprano, ¡dos niños es carga señor General!

—Si es por eso, voy á salvar la dificultad. Le pediré á don José Manuel, su suegro, la acompañe.

No eran tiempos de negarse al pedido de un Go-

bernador de Provincia. así, Avellaneda, tuvo que ser de la comitiva.

No debía disgustarle del todo la partida, por otra parte, pues se aseguraba que no faltó á la verdad Heredia cuando dijo á misia Dolores, que el doctor Avellaneda era algo calavera.

II

LA ORJÍA

Serían las once de la noche, cuando el General Heredia y su comitiva llegaban al local del baile pupolar, que no era tal, sino de *damiselas*; cholas que llevaban una vida poco arreglada con respecto á la moral.

Este estaba situado en las orillas de la ciudad, hacia el lado del Río, en el punto conocido por "el bajo."

Era un edificio cuadrado de adobe revestido hasta cierta altura con ladrillos cocidos colocados de plano, blanqueado á cal, con el techo de teja de canaleta y compuesto de cuatro piezas con un corredor ámplio en dos de sus frentes.

Lo rodeaba una abundante arboleda : Arrayanes, Matos, Naranjos, Tuscas, Limoneros y otros, ostentando en un claro un lindísimo jardin, donde se veían claveles, rosas, jazmines del país, diamelas, etc , etc ; de los árboles pendían mazos de flores del aire y pajarillas.

La fragancia que despedían estas y el aspecto que presentaba ese bosquecillo, en el que se deslizaban de trecho en trecho, hasta el suelo, los rayos de la luna, haciendo resaltar las flóres blancas y dando formas fantásticas á árboles y arbustos, acarreaba una laxitud y un abandono que predisponía al amor y hacía desear el beso tomado de los lábios húmedos de la mujer amada. Este sentimiento acrecía al sentir las guitarras y arpas, que pulsadas por los *artistas de mas renombre* arrancaban de sus cuerdas las íntimas notas de nuestra balada

nacional—La Vidalita—que retrata de cuerpo entero al paisano, producto de la raza conquistada y conquistadora, la amalgama de los dos dolores; los quejidos del vencido que llora su libertad perdida, sus bienes arrebatados, en poder del enemigo y los deseos y aspiraciones del vencedor, que recuerda la patria lejana y que procura el bienestar en esta donde ya está su hogar, su fortuna y aun la tumba de sus deudos y amigos.

Heredia y sus acompañantes no llegaron á la casa, se detuvieron en el cercado que abarcaba uno de los costados de esa media manzana, impresionados por espectáculo tan arrobador, cuyo marco era el azul obscuro del cielo, sereno, sin una nube, salpicado por las estrellas cuyo brillo es mayor en esa época y que por momentos parecía fosforecente á causa de las estrellas errantes y aun por los *tucu-tucu* tan abundantes en la región y que parece les debe su nombre, recibido del quichua: "*Tucu-man.*"

De pronto cesó lo música; dieron unos pasos, pero esta dejóse oir nuevamente: tocaban un cielito.

Heredía los hizo detener:—Esperen, vamos á ver si lo cantan—dijo.

No esperaron mucho. Se sintió la voz de una mujer; los versos llegaban claros. Era una espléndida voz de contralto, aunque sin cultivar; pero cantaba con alma y vocalizaba á la perfección.

Fueron cinco estrofas y á la última, que decía:

Cielo, cielito del alma
Si este ánjel á mi me adora
Cielos estaré cantando
Desde una aurora á otra aurora

atronadores aplausos resonaron.

—Al fin y al postre hija de santiagueña habías de

ser, para tener linda voz—le gritó Heredia, adelantándose, á la que concluía de cantar y que se encontraba en el corredor con otras personas—¿De donde los has sacado Aurorita?

—Son de Juan Bautista Alberdi, señor Gobernador—contestóle la llamada Aurorita; una bella mujer de 20 á 22 años, el verdadero tipo de la chola tucumana; pequeña de estatura, exhuberantes formas, morena pálida, magníficos ojos y abundante pelo crespo y negro que le caían hasta la cintura en dos trenzas.—Hace pocos días los ha mandado de Buenos Aires y como quería oirlos el Comandante Robles, que hace un momento ha llegado con el señor Comandante Neirot. lo he complacido. ¿Le han gustado mi General?

—Si mi alma, son muy lindos. ¡Que lástima de muchacho este Alberdi, irse á Montevideo! Va á ser mucho, sino lo marean. ¿Se acuerdan del brindis que me dirijió en el banquete por el triunfo del Monte Grande, pidiéndome los presos? me conmovió, no lo niego.... Pero vamos á entrar, me muero de sed, denme un jarro de guarapo, vengo harto de vinos y mistelas; á lo nuestro, de la tierra. Afuera casacas y no quiero bastonero. ¡Viva la libertad y la federación! —y levantando la voz, como si estuviera pronunciando un discurso, prosiguió: —Aquí tienen de todo muchachas. La pandilla está completa; desde el doctorcito Avellaneda, que se dice catamarqueño, cuando es tucumano, puesto que de 1814 al 24 Catamarca fué nuestra y él es del 15.... ¿No se quite la edad, doctor.

—De manera alguna General—dijo Avellaneda—pero Ud me quita un año, he nacido el 13 de Junio de 1814 y Catamarca se *incorporó* á Tucumán el 8 de Octubre del mismo, es decir....

—Bueno, bueno; estos doctorcitos siempre quieren

tener la razón—interrumpió Heredia—no discutamos; vamos á mis compañeros, que no son de despreciar, dentro el estremo de Avellaneda al modesto Teniente José Hermenejildo Casas, el cordobés mas enredador y discutidor que he conocido y que aunque chiquitito es *bueno;* véanlo ¿no parece un carnero mocho?; de cada Provincía les traigo uno, falta el porteño, pero en reemplazo les he traído un oriental, va lo uno por lo otro, son iguales, gastan el último peso en cohetes. Aquí se los presento al Comandante Juan de Dios Paliza, es el riojano mas feo que conozco. ¿Digan si no es un ánima en pena? Alto, delgado, ñato, la boca sumida, moreno, la barba rala, parece se la hubieran comido las vacas, confundiéndola con la cola de mis mancarrones, pues vive en Lules, cerca de mi finca. Hay lo tienen al que representa á Santiago, es Vicente Neirot, Comandante, madamas mias y buen mozo, eh! *garbanton* el hombre. Parece un inglés y su cara colorada demuestra que es aficionado á *subirse á la parra.* Para mi se ha venido á esta porque el perdido de Ibarra, no sabiendo que otra barbaridad hacer, ha prohibido la entrada de las naranjas en su provincia Si será bárbaro! ¿Creerá acaso que va á dar naranjas el *salitral* de Santiago? Apenas si dá *jumi!* y Neirot no puede pasar sin la naranja.... Ya puso la cara fea... . No sea así, mire que las niñas no le van á llevar el apunte si se enoja. ¡*Ah!* Ya me olvidaba y eso que debía ser el primero. Aquí tenemos la campaña. Les presento al Comandante Celedonio Gutierrez, es de Medinas. ¡Es mas flojo que tabaco aventado! Ché, no ponga esa cara, mire que si por mal nombre le dicen "Peludo," así parecerá mono empacado. ¡Y como sino fuera feo, para que con su jesto se ponga horroroso! Vean ¿no le sienta á maravillas el mote de Peludo? Mas negro

que carbón de algarrobo, con el pelo tan enredado cómo el centro del bosque de naranjos en Noviembre, con una frente mas angosta que el Río Salí en invierno, con su cara de naranja agria cascaruda....

Al llegar á esta parte fué interrumpido por los músicos que empezaron á rasguear desafinadamente un gato, como si tuvieran miedo de lo que hacían.

El General Heredia dióse vuelta todo atufado hacia donde estaban los que le habían interrumpido, pero al ver que Avellaneda estaba al lado de ellos y lo miraba riéndose, comprendió que este había dado la órden y que ella era razonable: la presentación era larga, aburrida é hiriente, por lo que calmóse y gritó á Aurorita, que se había quedado charlando con Robles, al volver del cuarto contiguo, donde habían colocado los licores, los dulces, el chocolate y demás víveres, que debían consumirse en la cena.

— Ché Aurorita, este gato conmigo, pero antes traeme otro jarro de guarapo y tambien otro para tí; que tomo y obligo. Y á bailar señores; Uds. toquen bien.

Eran diez las *señoritas* del baile, cuyos palmitos y aventuras mas de un disgusto habían acarreado á las matronas de Tucumán.

Las dueñas de casa eran tres hermanas. Aurora, Cármen y Dorotea y se las conocía por las "Contra el cerco." Se decía con generalidad, que la primera— la mayor de ellas—era la *favorita* del General Heredia, que le regaló la quinta en que se encontraban.

Entre las de visita, las mas conocidas por la hermosura y las pasiones que habían sabido inspirar, se encontraban, Cornelia, *"la leche y burra,"* cuyo sobrenombre le vino de que su primer amante, cuando le exigió alimentos para el hijo que había concebido y

que él aseguraba no ser suyo, le contestó que lo criase con leche de burra.

"Las rubias meleras," dos hermosísimas mujeres, Cármen y Rosa, rubias, de ojos azules, altas, con el único defecto de ser algo *guazas*, pero que desde su llegada de Santiago, del Departamento Copo, de donde eran oriundas, habían convulsionado el pueblo. Se decía que el terrible Quiroga, en su último viaje al interior en 1835, se apasiono tanto de Cármen que ésta pudo sacarlo de una tremenda jugada que tenía en Santiago. con solo mandarlo llamar.

Panchita: "la saca tu medio" y las otras eran de menor cuantía.

A las dos horas era aquello una orjía desenfrenada. Los ojos brillaban, los movimientos eran mas lentos, las carcajadas mas sonoras.

La atmósfera pesada, por las velas de la gran araña colocada en el centro, el humo de las cuatro lámparas de las esquinas, alimentadas con grasa de potro, la humareda de los cigarros y el polvo que se levantaba al *zapateo*, no era el medio mas apropiado para que los asistentes tuviesen sus sentidos en perfecta corrección.

Si á esto agregamos la respiración de tantas personas en un local estrecho, el apetito carnal, el cansancio del baile y el principal de los escitantes: las seguidas y abundantes libaciones, mezclando jinebra guarapo, mistelas y aloja, no es de extrañar, que hombres y mujeres—que casi sin interrupcion se daban el "tomo y obligo," ese brindis guarango que obliga, bajo pena de ofensa, á concluir el contenido de la copa que se le presenta - llegasen á no distinguir que bebida era la que injerían y que presentasen todos los signos exteriores que caracterizan el ébrio.

Heredia era uno de los que mas había bebido y los

síntomas de la embriaguez de segundo grado—la del leon—se había pronunciado.

Ya se enojaba por la menor tontería, tenía la boca pastosa, la palabra difícil, ordenando se retirasen las lámparas que estaban á su espalda, cuando era solo una, dejando de reírse estrepitosamente para presentar el ceño adusto, creyendo que todos se burlan de él, pasando del llanto á la risa sin motivo aparente, porque sí. Un rato mas y se nos presentaría el autómata; el ser humano habría perdido la chispa que robó Prometeo y solo habría de quedar el animal, dominado por el mas asqueroso y denigrante de los vicios.

Pocos se encontraban en el goce pleno de sus facultades.

Entre estos se contaban Avellaneda, que en un principio cortejaba á una de las rubias meleras, á Cármen, pero que viéndola completamente ébria, que ha perdido el pañuelito y uno de sus zapatos descotados no sabe donde, que no consigue tenerse en pié, se le cierran los ojos y los únicos sonidos que alcanza á pronunciar son gruñidos entrecortados por tremendas bascas; cayéndosele el vestido, que lo ha pisado, despretinándolo; al aire parte del cuerpo y que solo quiere dormir y dormir, la ha dejado en uno de los cuartos, sobre un catre de tientos sin colchón ni frazada alguna.

El Comandante Robles, que no pierde ocasión de acercarse á Aurorita—que tampoco ha bebido en exceso —y la habla en secreto, tomándola de la mano, sonriéndose, mirándose en sus ojos que dan reflejos diamantinos y "atreviéndose cada vez mas," al ver que ella lo escucha contenta, satisfecha, sonriente, mostrándole las dos hileras de sus dientes blancos y pequeños que parece no puede unirlas, porque impedirá la franca salida de los suspiros que se le escapan.

El Comandante Neirot y Francisco Chatres no habían bebido.

Heredia sentado al lado de Neirot, á quien abrazaba, haciéndole ofertas de todo jénero, ya riendo, al rato llorando, dándole los epitetos mas cariñosos, seguía poniéndose por momentos mas pesado y fastidioso.

Neirot empezaba á impacientarse, cuando llegó Chatres; vió una ocasión propicia para librarse del cargoso ébrio y se levantó, dirijiéndose al exterior.

—General—dijo Chatres en voz baja, cuando quedaron solos – no le dije que yo no era el solo robado; hace diez minutos que su Aurorita está afuera, besándose con Robles.

—Mientes! contestó el General Heredia.

—Venga conmigo y lo verá

Levantóse Heredia y al llegar á la puerta se encuentra frente á frente con Robles, que venía de fuera con Aurorita.

Fué un relámpago; nadie se dió cuenta en el primer momento; Heredia se lanza sobre Robles y le dá dos feroces cachetadas, diciendo:—Tomá ladrón! Yo te voy á enseñar á ir al cercado ajeno.

Robles aturdido, sin darse cuenta del porqué de la agresión, requirió su sable, mas no lo llevaba, lo había dejado al lado de la casaca; quiere lanzarse sobre Heredia, pero se sintió cojido de atrás por Neirot, que le decía:—No te pierdas inútilmente. Hay que matarlo, sino te pierdes. Espera—No atendió consejo tan prudente, procuró desligarse, pero cejó cuando vió ante sí, con los brazos abiertos, que lo atajaba, á Aurorita, que al oído, como un murmullo le dijo:—Déjalo, déjalo, ya te vengarás de ese traidor. ¡Te amo!

Avellaneda y Chatres—que solo por un prurito, de perverso que era, había ocasionado tal escena—ayuda-

los por los que estaban menos ébrios, sacaron á duras
penas á Heredia, que furioso, fuera de sí por la bebida
y los celos solo balbuceaba: "canalla! canalla!" sin oír,
in darse cuenta que Robles se la juraba, diciendo con
ra reconcentrada:

—¡Me la pagarás y bien, perro borracho!

III

POLÍTICA

A dos cuadras al Oeste de la Iglesia de San Francisco, existía en Tucumán en 1838, un edificio de un piso, bajo, chato, de la época del coloniaje, con aberturas inmensas y con su frente cargado de adornos charros, mal hechos, carcomidos sobre y á los costados de las ventanas de hierro que sobresalían del edificio, sobre la pesada puerta de cedro labrado, de cuyas hojas una se encontraba dividida en dos, teniendo la división inferior una altura de dos y media varas y era la que mas se usaba; al rededor del I H S que encima de los adornos de la puerta se veía, y aun bajo la deteriorada cornisa que servía de puntal á la primera fila de las tejas de canaleta fabricadas en el país.

En la esquina, al empezar ese edificio, yendo de la plaza existia una otra puerta mas baja y mas angosta que la anterior, que no la ochababa sino en parte, pues solo se le había quitado el muro suficiente para acomodar los marcos de ella y se habían calzado las dos paredes con una viga de quebracho colorado, colocada perpendicularmente en el punto de interseccion de las dos paredes á las calles, dejándolas unas pulgadas mas alta que el marco colocado y con dos horizontales que formaban angulo recto, descansando solidamente en la primera el vértice que formaban estas.

Al rededor de esa puerta — que daba entrada á la única botica de la ciudad, y pertenecía á Don Herme-

nejildo Rodríguez era donde se reunían, á falta de Club, los hombres serios, los vecinos de arraigo, á charlar.

Allí se conocían las noticias que corrían en el pueblo, se hacían negocios se comentaban los hechos pasados, que ya formaban parte de la historia, *se salvaba la patria* y aún se confeccionaban chismes.

La noche del 25 de Setiembre de 1838, á las ocho, era numerosa la reunión, estaba casi completo "el areopago," como la titulaba el doctor Avellaneda y Pedrito; el hijo del boticario, habia hecho ya varios viajes, para traer las monumentales sillas de cedro con asiento de baqueta labrada, de la trastienda, donde tenía su comedor la numerosa familia del apreciado boticario.

Ahí estaba lo mas granado de Tucumán. Entre otros vecinos: don José Manuel Silva, su consuegro D. Nicolás de Avellaneda y Tula, D. Lúcas y D. Benito Zavaleta, D. Arcadio Talavera, D. Pedro Rueda, D. Pedro Garmendia, D. Ignacio Murga, D. Domingo Martinez—que aunque español actuaba en politica,—D. Manuel Cainzo, D Anacleto Gramajo y su primo el Dr. Prudencio Gramajo.

Don Pedro Rueda hacía conocer la relación que su suegro y tio Don José de Frias—fallecido en Junio de 1817 en Santiago del Estero - le había hecho de una reunión que á mediados de Mayo de 1810 tuvieron en Santiago varios americanos, para tratar sobre la independencia; repitiéndoles las palabras que pronunció en ese acto su pariente D. Alonso de Araujo "Hombre de largas vistas y grandes estudios. Había estado en Europa y tratádose con los personajes de la Revolución Francesa. Pertenecía á la francmasonería y leía sin permiso los libros de Voltaire y Rousseau."

—Este señor Araujo—prisiguió don Pedro—consideraba que no estábamos preparados para la revolución; que de tanta solo opresión á una gran libertad, resultaría el caos y que solo podríamos ser felices con un gobierno fuerte, impersonal. Que era necesario tomar medidas para que no se produjeran las escenas del siglo pasado en Francia, á fin de lo que, previamente, debían preocuparse los hombres principales de la forma de gobierno que correspondía darse. Si no se estudiaba este punto facilmente seria sofocada la revolución y si vencia tendríamos la anarquía....

—Un momento mi amigo Rueda—le dijo don Nicolás de Avellaneda—quiere sacarme de la duda. ¿Cómo se portaron los hombres de Santiago en el año diez ¿Es cierto que estaban por el Rey?

—No mi amigo. Desde el primer momento se declararon por la Junta del 25 de Mayo. En Junio, dos meses antes de ser tomado Liniers y sus compañeros ya se había reunido el Cabildo y decidido apoyar á los porteños. Inmediatamente se dispuso se formase un Rejimiento y don Juan Francisco de Borjes, caballero de la Orden de Santiago—y no de San Jorge, como algunos dicen—ayudado por los vecinos, entre ellos mi suegro que donó once mil pesos de rostro – mil por cada hijo—dió comienzo á ello y como había sido militar de valía en España, fué designado como jefe del rejimiento, entre los que iban como capitanes mi cuñado el finado Pablo Gorostiaga, padre del jovencito José Benjamin, que dice su hijo ha conocido en Buenos Aires y ese bandido de Juan Felipe Ibarra. tan cobarde como bruto, sin más cualidad que el instinto del salvaje, huír cuando se ve amenazado por fuerzas que no puede resistir....

—Pero dime Pedro—dijo don Lúcas Zavaleta,

riéndose, con un dejo de sarcástico—¿quienes trajeron á ese monstruo? No fueron Udes. los unitarios, los celestes, la jente decente de Santiago, los que querían la unidad temiendo como al demonio á los porteños y se separaban de Tucumán? Unidad y segregación. Una vela á San Miguel y otra al diablo!

—No voy á defender á mis compañeros; pero quiero poner las cosas en su lugar—contestó el aludido.—Nosotros no eramos artiguistas, pero tampoco eramos unitarios. Los partidos en el año 20 eran un maremagnum, algo de incomprensible y tomamos el camino menos malo. Entre apoyar la Republiqueta, que pretendía Bernabé Araoz formar con Catamarca, Santiago y Tucumán y ser unitarios, preferimos lo último, no desmembrar la patria grande, á pesar del peligro de que mandasen de teniente gobernador á un porteño *pelao* que nos viniese á saquear y á tratarnos de arriba abajo. Si nosotros buscamos al Comandante de Abipones, á Ibarra, fué porque nadie quería cargar con la responsabilidad y eso que en la Sala había personas de gran valer, no porque estuviese yo, pués era el menos llamado para el puesto, pero cualquiera de los otros, que eran Manuel Frias, Fernando Bravo, Manuel Alcorta, Pablo Gorostiaga, Manuel Gregorio Caballero, Martín de Herrera, José Miguel Maldonado, Mariano Santillán, José Antonio Salvatierra y Dionicio Maguna, podían desempeñar el cargo mejor que Ibarra Yo fuí el primero, á pesar de ser nacido en Tucumán, en protestar contra esa segregación y en pedir fueramos al unitarismo. Y sépanlo, señores, o soy federal, pero con constitución, no soy Rosista; tengo orgullo en que me digan "Lomo negro," porque no comulgo con tiranos y menos con este, que plagiando á Nerón ni siquiera respetó á la madre y no soy unitario, por temor á la

hermana *Catorce*, que llama á las otras "los trece ranchos" y porque es una anomalía que el centro esté en un estremo. No puede haber unidad, cohesión en esta forma, recelándose, odiándose las partes y estando lejos para poder evitar inmediatamente los disturbios; no es posible así el gobierno fuerte de mi tio el señor de Araujo, sino un gobierno de fuerza, tiránico que deberá mantener gobernadores en cada provincia con atribuciones tan ámplias como las que tenían y se abrogaban los Procónsules de Roma. Nos hemos equivocado en Santiago; la tiranía de los porteños hubiera sido papel pintado, al lado de la que sufren los pobres Santiagueños bajo la férula de ese Saladino perverso y bruto.

—¿Pero es tan bruto, como se asegura?—dijo don José Manuel Silva.

—¡Ya lo creo!—dijo don Nicolás de Avellaneda.—¿Pero no se acuerda, mi amigo, del decreto prohibiendo la introducción de naranjas en Santiago, con que contestó al reclamo del Gobernador Heredia por el derecho de tránsito de $ 14 que impuso sobre cada carreta de frutos? En Córdoba ha dejado fama como estudiante! Parece que el tio que era cura de Matará quería hacerlo estudiar para la iglesia, pero lo encontraron tan estúpido que tuvieron que espulsarlo del Colegio Monserrat, en Córdoba, donde lo mandaron con ese fin. Lo último que hizo fué contestar al profesor que lo examinaba, que "*Damasus Ispanus*" significaba "Español condenado." Respecto á su maldad tiene Ud muchos ejemplos; pero basta con lo que hizo con Sauvage. Este que era un francés muy trabajador y competente había conseguido empezar una fortunita, cuando á Ibarra se le ocurre acusarlo de que "falsificaba moneda federal" y le manda dar doscientos azotes sin forma de

juicio, sin comprobar el hecho. Y ese canalla es más suertudo! Debe tener pacto con el diablo! El francés se puso furioso y juró matarlo....

—Sí, ya sabemos don Nicolás—interrumpiólo don Arcadio Talavera—y por matarlo á él mató á Garro. Diga, amigo Rueda, ¿es cierto que lo hizo envenenar á su concuñado don Pablo Gorostiaga?

—No, no es cierto—contestó don Pedro—bastante tiene ese bandido con lo que ha hecho para que se le agregue lo no acontecido. Pablo salia desterrado á los Llanos y el sirviente que llevaba—un esclavo de la casa, el mulato Francisco—nos ha asegurado que falleció en el *Tableado* de un vómito de sangre. Lo que no hay duda es que Ibarra lo mandaba para que fuera muerto por Quiroga. Pero señores, si sólo con las *enchalecadas* y las *retobadas* tiene este hombre para irse á los mas profundos infiernos, por mas iglesias que pueda fundar, ¿para qué añadirle crimenes que no ha cometido?

—¿Que es eso mi señor don Pedro Bravo de Rueda—dijo don Domingo Martínez, que á pesar de ser mas argentino que español, no aceptaba el corte republicano que á sus apellidos le habían dado los patriotas, por lo que siempre usaba el del coloniaje—de *enchalecadas* y *retobadas*?

—Don Domingo—díjole don Pedro—son dos suplicios que usa este bandido. *Enchalecar* es tomar un cuero vacuno fresco y colocarlo del lado que no tiene pelo ajustado sobre la piel del paciente, en lo que llaman la caja del cuerpo, dejándo los brazos libres; sobre este y ya tomado los brazos, otro cuero fresco bien ceñido. Ud. comprenderá el efecto que esto ha de producir, con los calores de Santiago y en medio de fogatas. Es una agonía lenta, algunos viven hasta

quince días en medio de dolores atroces y carcomido por los gusanos. Es atroz! Ahora *retobar* es cubrir con un cuero fresco al castigado, tomándole piernas, brazos y el tronco, dejando al aire la cabeza, á cuyo objeto hacen se coloque en cuchillas en medio del cuero; es como retobar plata piña. Este suplicio es por un lado menos cruel, pues mueren mas pronto; se rompen los huesos cuando el cuero....

—Señores, señores! Una grave noticia—exclamó D. José Gregorio de Araoz, que llegaba en ese momento todo jadeante; y después de mirar á todos lados, á fin de conocer los componentes de la reunión, prosiguió en voz mas baja—Anoche en un baile que se daba en lo de Aurorita, "la contra el cerco," el Gobernador Heredia ha dado dos *guantones* al Comandante Robles. ¡Santo Dios, que va á suceder!

Un silencio profundo acojió la noticia, que en verdad era grave, dado el reconocido valor y pundonor de Robles algo sonado debía seguirse. El doctor Gramajo lo rompió diciendo:

—¿Quien se lo ha dicho don Chuchi?

—Mañan contestó este.

Casi en coro se oyeron las respuestas: Es lo bastante para que no sea cierto.—¿Para qué nos viene con esas cosas don Chuchi? ¿No tenemos bastantes noticias malas, para que Ud. nos traiga mentiras?—¿Quiere enfermarnos con patrañas?

—Sin embargo, señores, nada es mas cierto—dijo el doctor Avellaneda, que había llegado sín ser sentido. —Yo he presenciado el hecho. Don Hermenejildo sino hay jente en la trastienda vamos á pasar.

Y al oir la respuesta de éste, que podían ocuparla, se dirijió con todos los asistentes á esa habitación.

Llegados á ella, Avellaneda llamó al joven Rodriguez y le dijo:

—Amigo Rodríguez, quédese en la puerta de calle y si viene alguien, sea quien sea; desde una chinita hasta el Gobernador, dé sin moverse un grito, llamando á su padre—y una vez que salió Pedro, tomando un aire grave, de solemnidad, prosiguió:—Los momentos son de espectativa. No es posible soportar mas los desmanes de este hombre; el hecho relatado por don Chuchi es perfectamente verídico, anoche dió de cachetadas el Gobernador á Robles. No sé de donde pude sacar fuerzas suficientes para detener á éste, que estaba hecho una fiera, un energumeno; despues lo he calmado y he hecho lo lleven al campo sus amigos los Comandantes Neirot y Uriarte. Robles va á matar al General; es todo un valiente y á más andan *polleras* por medio; yo ya he hecho lo posible por disuadirlo, he conseguido solamente calmarlo, pero hacerlo renunciar á su propósito no he pódido. Este acto lo ha hundido del todo al General Heredia sus amigos mas íntimos se le van segregando. Ese grupo que se componía de Robles, Neirot, Paliza, Uriarte y Casas y que era un apoyo de importancia para Heredia, por la unidad y el valor de ellos, lo ha perdido con ese acto y son elementos para nosotros, señores. Por otra parte, me consta que el Cónsul Francés Mr. Aimé Roger va á pasar ó ha pasado un *ultimatum* al General Rosas; que nuestro ilustre General Lavalle está pronto á desembarcar en las costas de Entre-Ríos y que la juventud de Buenos Aires, porteños y provincianos, en grupos, salen para Montevideo. Nosotros no podemos cruzarnos de brazos, esperar impavidos que nos regalen la libertad, es necesario decidirnos y si tomamos la actitud que nos corresponde empezar á reclutar elementos,

prepararse á la lucha, á fin de cooperar eficazmente en el momento oportuno. Yo estoy completamente á las órdenes de Uds. ¿Qué les parece debemos hacer?

Todos quedaron mudos, les había impresionado las palabras del fogoso Avellaneda, y despertó su ardor abatido por tantos desengaños. El deseo de ver la patria feliz, constituida, una, reinando la tranquilidad en los hogares, los amigos y deudos de vuelta del ostracismo, la paz y la concordia entre hermanos, poder ver flamear la bandera azul-celeste y blanca que estaba proscripta le impulsaban á tomar una resolución radical, entrar de lleno en esa nueva *patriada;* pero los desastres pasados, las calamidades incruentas soportadas, saqueos, azotainas, fusilamientos, deguellos, los hacía cavilar, los retraía.

Rompió el silencio el doctor Gramajo, quien despues de sacudir la solapa del levita—de cuyo acto, que le era sumamente habitual le provenía el sobrenombre de "polvillo"--con toda calma y pausadamente dijo:

—Es muy seria tal propuesta; es necesario darse cuenta que un movimiento en estos momentos sería facilmente sofocado y la patria no está tan rica de hombres, para que se brinde á personas como Heredia é Ibarra enemigos vencidos. ¿Es necesario recordar el comportamiento del primero con el General Javier López y sus compañeros en 1835? Nos espera el cadalso, el destierro, ó los calabozos en Buenos Aires. Respecto al segundo, ¡para que recordar "al jaguar del Salado!" Yo propongo que nos reunamos en estos dias, cuando se tengan datos mas precisos, mas ciertos, encargándose á don Arcadio Talavera y á don Ignacio Murga que busquen local apropósito; y para señalar el día que deba tener lugar ella se unan al doctor Avellaneda y á don Lúcas Zavaleta, quienes quedan encargados

de ver á Robles y hacer lo posible para que no haga-una barbaridad. ¡Bastante sangre arjentina se ha derramado en lucha fraticida desde el año 20!

Fué apoyada esta moción, un tanto razonable, puesto que satisfacía, en esos momentos, las aspiraciones de la mayoría, dando tregua á los deseos encontrados que en su interior luchaban.

Aceptadas las comisiones dadas, disolvióse la reunión; quedando en concurrir cuando fueran citados por alguno de los comisionados, sin perjuicio de buscar elementos con todo sígilo, sin comprometer á persona alguna y solo preocuparse de atraer los de primer órden.

IV

LA DECLARACIÓN

El 29 de Setiembre es día de fiesta en Tucumán, el del Santo patrono: San Miguel Arcanjel.

En el año 1838 las fiestas familiares eran raras en esa ciudad, los lutos por el contínuo combatir unido al cadalso por el delito político, la falta de garantías, los jefes del hogar desterrados ó expatriados, retraían las familias y solo en los bailes oficiales—á los que tampoco querían asistir por el mal nombre que tenía Heredia y su círculo, á causa de su comportamiento deshonesto, inmoral—que de vez en cuando se daban, podían los jovenes de distinto sexo encontrarse y tratarse.

Como una excepción, esa noche se ofrecía una tertulia de "toda confianza," en casa de don José Manuel Silva. Era esta una de las de tono en Tucumán y el señor Silva acompañado de su distinguida esposa doña Tomasa Zavaleta, sabía atender y agasajar á sus invitados, dejándolos siempre satisfechos y deseosos se repitieran sus recibos.

Esa noche se bailaba en los altos de la casa, en los salones conocidos por "el dorado" y "el azul;" llamados así, en virtud del papel de las paredes, que hacía juego con las alfombras.

El primero de ellos había sido invadido por el elemento de baile; lo encontraban mas apropósito para la juventud, con sus dos sofaes y sillas de caoba y

esterilla; con sus tres grandes espejos - ostentando cada uno, en su parte superior un bello paisaje pintado—calzados en mesitas de madera, las que á su vez, presentaban espejos mas pequeños en la parte inferior, entre el piso, las dos patas traseras — las recostadas á la pared — y la tabla horizontal, con las dos magníficas arañas de cristal para 35 velas de esperma cada una, que iluminaban el salón con cuatro artísticas lámparas de metal blanco, cuyos soportes figuraban un joven turco, con su traje nacional, sosteniendo en la mano derecha—el brazo levantado —el recipiente de vidrio, en forma de tea, para el líquido oleajinoso que debía empapar la mecha y que llamábase "grasa de potro" y los seis candelabros—dos ante cada espejo—de cinco luces que cubrían fanales á sus velas de esperma; y aún los satisfacía mas los retratos al óleo de los dueños de casa y de su pariente cercano el célebre Dean Zavaleta, que allí se veían, que la Vírgen de Mercedes y el San Miguel colocados en el otro salón.

El azul lo ocupaban las graves matronas y los ceremoniosos señores, que aún recordaban con frucción las crónicas de la célebre jura "al Sr. Fernando VII,"—ese verdadero beso de Judas, por mas que nos duela decirlo—cuando "el tirano del siglo," "el ogro de Corcega" tenía al "Deseado" preso en Valençay.

Estos tomaban ese salón—según picarescamente lo aseguraba una de las bellezas de esa época, locuas, traviesa y patriota, Panchita Gancedo—con el objeto de que no incomodaran las servidoras de mate á las bailarinas, "ó mejor dicho, nosotras á aquellas; pues así son estas señoras, una vez que se casan se olvidan de bailar por comer y no ven la hora, en estas reuniones, que venga la chinita con el mate de plata y la bandeja llena de rosquetes."

A las ocho y media, veinticinco parejas se movían acompasadamente siguiendo las figuras elegantes y serias del aristocrático minué, que ejecutaba en el rico piano inglés, perpendicular, el negro Simón Cuadra, cuya cara retinta y su frac negro, que para estos casos usaba, hacía contraste con su corbata y pechera blanca.

Una de esas parejas la formaba Isabel Oyuela y Pedro Rodríguez.

Tenía este 22 años y era un lindo muchacho. Alto, delgado, blanco, de ojos negros y muy elegante, era simpático desde el primer momento. La numerosa familia que debía sostener el padre y los pocos recursos con que contaba había impedido que Pedrito—como era jeneralmente conocido—pudiera seguir una carrera liberal, pero recibió en Tucumán el mayor número de conocimientos posibles en esa época, los que no eran numerosos ni profundos, pero que él, de su propia voluntad, bregaba sin descanso para estenderlos, procurándose libros y periódicos.

Era el primero en leer "El Instructor," periódico ilustrado, que se publicaba en Londres en español y trataba sobre ciencias, artes, literatura, política, etc., etc.

Con ello, robando horas al descanso que le correspondía por el trabajo diario que tenía en la tienda donde estaba empleado y en la cual ya gozaba de un tanto por ciento y el sueldo; había conseguido una ilustración que salía de la jeneral que se recibía en la Universidad Mayor de San Cárlos en Córdoba ó en Buenos Aires y que no abrazaba, por cierto, las materias mas indispensables para la lucha diaria.

La íntima satisfacción que lo inundaba al tener de su brazo á Isabel se le conocía desde el primer momento. Esta se notaba en su rostro, en sus movimientos,

en las disculpas que pedía, en la forma de aceptarlas y aun en las contestaciones á las bromas que al respecto le daban.

Isabel que estaba bellísima, demostraba tambien su contento y cualquiera que veia el modo de apoyarse en el brazo de él, con toda confianza, sin reato alguno, como si esperase todo de él, lo considerase suyo; que notase la manera de mirarlo, la atención que ponía á sus palabras, no podía menos de asegurar que estaba enamorada de él.

Y se amaban los muchachos, sin haber sabido, imajinado por mucho tiempo lo que les ocurría. Lo suyo era para ellos un secreto, que todo Tucumán conocía. Y esos amores en botón, en ciernes, satisfacia plenamente á sus relaciones y aún á los conocidos, no solo por la hermosura de los dos—á lo que son tan afectos y de que se pagan tanto los tucumanos—sino tambien por la desgracia y la bondad de Isabel y lo simpático y servicial que era Pedro.

Isabel había perdido la madre al nacer y el padre al poco tiempo ausentóse de Tucumán, retornando á su provincia natal, abandonando á la tierna niña á las hermanas de la extinta, que felizmente fueron casi madre (completamente, solo la propia) y no preocupándose despues de ella.

Este abandono había impresionado á la sociedad y por él se creyeron obligadas las matronas á servirle de madre; así era mimada por todas y solo su bondad injénita hizo que no fuera insoportable por su orgullo.

Su instrucción era casi nula; hacía poco tiempo que habían comprendido los padres, que era un crimen no enseñar á leer á sus hijas, que era una estupidez creer que ello solo les servía "para tener correspondencia con los novios;" pero con un poco de lectura

y escritura, las cuatro operaciones y bordados que les enseñaba doña Juana Castro y algo de música por el maestro Ortega, se daban por bien satisfechos.

Pedro había tomado gran cariño á Isabel, desde una tarde que en la calle, la madre, á quien acompañaba, hizo cariños á esta y al separarse le relató su triste y corta historia, aconsejándolo amase y protejiese á la desválida huerfanita.

Pedro tenía doce años é Isabel siete y desde ese entonces el mayor castigo que se le podía inflinjir era amenazarlo con hacer conocer su travesura á Isabel y cuando ella lo besaba, agradeciéndole sus modestos regalos, sus cuidados para con ella, él se ponía rojo, se avergonzaba tremendamente. El real cortado que podía obtener lo guardaba con todo cuidado para formar un fondo, el que por razón alguno utilizaba sino en la pascua de resurrección á fin de comprar un regalo y poder "pascuarla." Las flores mas lindas eran para ella. Nunca se le conoció novia, aunque tampoco hubiera sido atendido, pues todos lo consideraban como el futuro, el obligado esposo de Isabel.

Pedro no se dió cuenta por muchos años de su amor hacia la anjelical criatura; sentía necesidad de verla, se alegraba íntimamente cuando la tenía cerca, sufria cuando estaba enferma ó triste, le halagaba cuando oía que la recordaban con cariño, pero no se imajinaba que ello podía ser amor.

Una tarde, había ya cumplido veinte años, charlaba su padre de Isabel con un amigo y oyó que dijo:

—Es necesario pensar en casar esta niña, es una carga para estas pobres señoras.

—Pero mi amigo Rodríguez, el novio es aún muy jóven—contestóle.

—¿Ud. lo dice por Pedro? Pero, hombre, ¿qué es-

peranza puede tener esa niña con ese muchacho? Esas son cosas de chicos que deben concluir. Hoy, me dicen, que andan dos o tres mozos de posesión tras ella.

No pudo oir más, se retiró temiendo no tener fuerzas para evitar los sollozos que le ahogaban y durante su llanto, en su cuarto, tirado en la cama, comprendió que la amaba.

Era necesario tener plata, crearse una posesión, hacer fortuna; pues bien, la tendría y pronto. Con todo ardor y constancia empezó á trabajar, sin darse mas descanso que el indispensable para dormir, comer y ver un rato á Isabel. Ni los consejos del padre, ni los ruegos de Isabel, á quien se le pidió lo exhortase, hicieron que cambiase de método de vida. Trabajar y estudiar! Su ahinco le dió el galardón; al año el patrón le aumentaba el sueldo **y** le señalaba una parte en las ganancias, prometiéndole habilitarlo si seguía con esa contracción y prosperaban los negocios.

De esto había trascurrido año y medio y como la promesa de habilitación debía cumplirse en breve, Pedro buscaba hacia dos meses una oportunidad para conocer si Isabel lo amaba; pero cuando ella se le presentaba, faltábale el valor, temía una repulsa y en el momento que iba á declararse retrocedía.

Isabel y Pedro eran entusiastas por el minué y lo baílaban muy bien, así que lo siguieron con cuidado, con cariño, con entusiasmo, sin perder una figura.

Cuando lo terminaron dijo Pedro:

—Chavela ¿quieres que vamos al balcón ó nos sentemos en estas dos sillas que están desocupadas?

—Ya veo lo que quieres—dijo Isabel, mirándolo con ternura y sonriéndose picarescamente--tu prefieres el balcón y yo como siempre, ya tambien me gusta; pero ¿no me hará mal? Mira que el *sereno de la noche*

me hace daño y despues tu serás el primero en decirme que me cuide.

—Tienes razón, soy un atolondrado; pero está la noche tan linda, me encanta tanto la luna cuando el cielo está sereno, sin una nube....

—Cómo, ¿no te gustan las nubes?—le interrumpió Isabel—y sabes quedarte embobado en las tardes viendo esas que el sol al esconderse le da distintos colores, que ya has conseguido me fije en ellas, las ame, que ya les he aprendido los nombres por haberme hablado tantas veces de ellas, despues de las lecciones que me has dado.

—Las nubes en las tardes me satisfacen mucho, es uno de los espectáculos de la naturaleza que mas me atrae y aun en las noches, especialmente cuando hay tormenta y corren rápidas, semejando inmensos jinetes, inconmensurables carros de guerra, jigantescos infantes que van furiosos, ajitados. en vertijinosa carrera á medir sus fuerzas con titanes que esperan allá, en lontananza ó que parecen huyen despavoridas ante esa mole compacta, obscura que va elevándose en el horizonte, al principio pausadamente, despacio y cada momento aumentando la velocidad, abarcándolo todo y que se la ve llegar en correcta formación sin sobresalir una lídea y que solo al estar sobre uno se comprueba que el perfil no es recto, que ondula, que es mudable; pero estas noches en que la luna parece inmóvil en ese azul obscuro del fondo, por lo que hace creer que está mas luminosa, me acarrea una placidez, una languides, que creo estaría horas y horas enteras contemplándola y pensando en....

—¿En qué?—dijo Isabel. al ver que este callaba.

—En nada. Y vamos á sentarnos al lado del bal-

cón, desde ahí podrás ver la luna sin que mal alguno te produzca.

Una vez sentados, iluminados por los cariñosos rayos del astro de Diana, dijo Pedro:

—Sabes, en las últimas carretas de la casa me han traído unas novelas muy bonitas. Son de la Librería de la Independencia en Buenos Aires. Yo he leído una sola, que casi me hace llorar; si la lees tu eres capaz de sollozar tres días; se llama Pablo y Virginia y es de un francés que se apellida Bernardin de Saint Pierre. Son dos niños huérfanos que se crían casi solos, en una isla de Africa que pertenece á Francia y van queriéndose tiernamente; todo es armonía y contento entre ellos, á pesar de ser bien pobres; y es tan parecida la naturaleza exhuberante, rica de esa isla á nuestro hermoso Tucumán, que me parece, en ciertos pasajes, que no es en la isla de Francia donde se desarrolla la acción, sinó aquí, entre nosotros. Queriéndose muchísimo tienen que separarse; Virjinia se va á Europa llamada por una tia rica y Pablo se queda triste, esperándola, confiado en que volverá, vagando por los sitios que recorrieron juntos, soñando con ella; sufriendo inmensamente con su ausencia. El final es tristísimo. Pablo recibe la noticia que Virjinia vuelve á la isla y como el buque debe haber llegado corre á buscarla donde cree estará; da con el buque, pero antes de desembarcar la adorada viajera y encontrándose él aún en tierra, se desencadena una horrible tormenta que hace añicos al bajel y á pesar de la lucha heroica, tremenda de Pablo con el mar, que expone sin reato su vida por salvar á Virjinia; esta es arrastrada por las olas, muriendo con el retrato de Pablo.... ¿pero qué tienes Isabel? ¿lloras? ¿qué te pasa?

—No es nada—díjole ella con la voz entrecortada —vamos al balcón, allí me secaré las lágrimas.

Y una vez recostados en la baranda de hierro y secados sus ojos, prosiguió:

—He llorado por lo que contabas; me parecía que era á nosotros dos que eso sucedía; encontraba el principio tan igual á nuestro modo de ser, como nos tratamos, que no he podido contener las lágrimas creyendo que iban á separarme de tí....

—Isabel! Isabel! no digas eso, no nos ha de separar nadie—interrumpióle Pedro, ajitado, á borbotones—¿Tú me amas? ¿Es cierto que me amas? Dímelo, Chavelita mía!

Isabel habíase sorprendido, sintióse desvanecer, una oleada de fuego parecía que había recorrido sus venas, pero ante las vehementes palabras últimas de Pedro volvió en sí.

—Dime Pedro díjole bajando la voz, probablemente para ocultar la impresión que le había producido la interpelación ardorosa de Rodríguez—¿No es mal hecho haberte dicho lo que sentía?

—¿Porqué Isabel? Si tú me quieres debes decírmelo. Yo no tengo reparo en que sepas tu y todo el mundo que yo te amo y no es de de hoy que me he dado cuenta de que me avasalla ese sentimiento, Chavela querida, hace ya dos años, desde que dí comienzo á trabajar mucho.... pero temía decirte y que tu no me quisieras.

—No sé Pedro si te amo ó nó; que te quiero mucho, muy mucho....—y despues de una corta pausa, con tono mimoso, encojiéndose, bajando la vista prosiguió:—No sé lo que me sucede, ahora te tengo verguenza. ¿No hago mal en decirte lo que siento?; pues te lo diré todo. Ve Pedro, yo creo que á tí te quiero

mas que á nadie, porque cualquier pena que tengo con verte, con charlar contigo se me olvida; estando á tu lado no temo á nada ni á nadie, me pongo orgullosa cuando te llevo de compañero. me parece que eres el mas buen mozo de todos los que conozco, de todo el mund ; quisiera tenerte siempre, siempre á mi lado. hacerte el gusto, arreglarte, mostrarte....

—Entónces, mi alma— dijo Pedro sonriéndose afectuosamente, tomándola de la mano y mirándola con ternura, con amor—tú me amas, sí, me amas, como te amo yo y seremos felices, seremos el uno del otro por siempre—y cambiando de tono, saliendo del éxtasis, prosiguió:—Sí ya somos novios tengo derecho y obligaciones, entremos al salón, la noche está fresca y puede hacerte mal.

Y la jentil y feliz pareja, del brazo, unidas ya sus almas penetraron al salón y tan embebidos iban el uno en el otro que no oyeron que uno, que quebaba atrás de ellos, escondído en una de las puertas que daban al balcón que acababan de dejar, rechinaba los dientes y con rabia, con inquina decia:

—Felíces, el uno del otro por siempre; lo veremos!

Era Francisco Chatres que furioso, lleno de encono y de dolor había oído la íntima conversación sostenida en el balcón por los dos enam rados.

———

V

EL OFENDIDO

Desde la noche del 24 al 25 de Setiembre el Comandante Gabino Robles había sufrído una metamórfosis completa; su físico y su moral estaban trasformados y á pesar de los ocho días transcurridos la calma á su espíritu no había vuelto.

Aún le parecía que soportaba la conmoción que le produjo ver levantada, inmediata, sobre su rostro la mano derecha de Heredia; esa congoja, ese frio, ese desvanecimiento que no provenía del miedo, no; y ese calor, ese fuego que lo inundó al sentir el golpe, al oir el ruido sonoro de los cachetazos, que aún le picaban, le dolían en las mejillas y rechinando los dientes, apretando los puños, sin proferir las palabras, se oía, creía que balbuceaba "me la pagarás y bien perro borracho." Y ese juramento aún no lo había cumplido! Y cada día que pasaba en vez de morijerarse su encono, su ansia de venganza, su ardiente deseo de poder borrar con sangre el baldón recibido, este acrecía, considerando que cuanto más tiempo pasara el pago debía ser mayor, desde que creía que con el transcurso de esos días se aumentaba la deuda,

¿Porqué se dejó influir en esos momentos por las razones del doctor Avellaneda? ¿Porqué atendió á los consejos de Neirot? ¿Porqué accedió á las súplicas de Aurorita?

No lo sabía. Apenas recordaba, menos aún, tenía

conocimiento que estos intervinieron, que Neirot y Uriarte lo trajeron esa madrugada á "El Manantial"— á ese pedazo de paraíso terrenal—porque pasada la crísis se lo dijeron; había sido un autómata á los minutos de producido el hecho; una vez retirado "ese perro borracho, mal amigo, cobarde." No recordaba que pasó despues, como salió de la casa, como lo trajeron, y eso le parecía, en momentos, que muchos años antes se había producido y en otros que acababa de efectuarse, que hacía minutos, que aún no se había perdido el éco de lós golpes, que los oía, que sentía en las mejillas la mano de Heredia. No comía, no dormia y su pensamiento vagaba alrededor de ese hecho, como la mariposa alrededor de la luz, en una noche de tormenta.

De blanca que era la piel de su rostro, habiase vuelto diáfana, las venas podiánsele dibujar, su pelo crespo era una madeja enmarañada, sus magníficos ojos negros estaban empañados, agrandados por las profundas ojeras, la mirada sin brillo, sin fijeza y de su mentada hermosura solo quedaba un recuerdo vago, presentando un aspecto de enfermo grave, que lo hacía mas marcado su elevada estatura, su delgadez y su barba descuidada y crecida.

Solo las visitas de Avellaneda y de Aurora le hacían olvidar por momentos esa tremenda inquina, el hambre de la venganza que lo roía, lo irritaba, lo sacaba de sus casillas.

El uno lo dominaba con sus palabras, la otra con su hermosura.

El primero le señalaba el camino de la venganza, pero elevándola, dándole el jiro de una grandiosa epopeya, cumpliendo su deseo y sirviendo á los intereses de la patria.—"Se satisface y libra de un tirano

á esa madre espiritual á quien ha servido contento, gozoso, por la que sacrificó salud, comodidades y sus mejores horas, á la que dió en holocausto penurias y aún su sangre" -le decía el doctor Avellaneda. Y ella le prometía momentos de felicidad, de supremo gozo, que él se los tomaría íntegros, todos, en perjuicio del otro, saciándose con lo que éste creyó quitarle, cuando aún nada había obtenido.

Sí, si debía esperar el momento oportuno y encontraba razonable lo que el doctor Avellaneda le dijo esa espléndida mañana que se le presentó acompañado de Neirot. No olvidaría jamás esas palabras, llenas de dulzura, de poesía y de filosofía.

—Robles, el ser humano no tiene un momento de sociego en este valle de lágrimas. Sus deseos y temores son como las hojas de los árboles en otoño, que parece que al arrancarlas el frio é implacable cierzo de Mayo, las llevára hacia el Sud, cuando una ráfaga contraria, sin dejarla tocar el suelo la lleva hacía el Norte. Heredia ha cortado su amistad, mas, creado el ódio en Ud. hacia él; se ha formado un enemigo, procediendo de la manera más bellaca, mas villana con el hombre que se hubiera sacrificado por su buen nombre y su gloria. Todo Tucumán tiembla ante lo que se va á producir con motivo de esos bofetones dados cobardemente, á traición, porque se sabe que Ud. es un hombre de honor que no ha de dejar impugne ese hecho sin precedentes durantes las orjías y las bacanales de ese mal gobernante, de ese amigo traidor, de ese hombre estúpido.

Estaba decidido, el no le dejaría gozar en paz ni por mucho tiempo, la satisfacción que debía tener Heredia de haberlo tratado como á hijo, como á un muchacho de escuela, á él, á un jefe que siempre había

marchado al frente de su escuadrón y de su regimiento. No habrían de reirse en Tucumán sus enemigos, sus conocidos; y una sensación ardiente, en que se refundía la rabia y la verguenza, le recorría el cuerpo, haciéndolo tiritar y colorear por instantes las mejillas. Pasada esa impresión, venía el caimiento; debía tomarse la cabeza porque le pesaba, le dolía, pareciéndole que la materia encefálica se liquidaba y que pugnaba por destrozar el cráneo, consiguiendo calmarse solo con tres ó cuatro lágrimas que se le escapaban y que no alcanzaba á secarlas, se le evaporaban al instante.

Y en los dos primeros días sus congojas eran más terríbles.

Solo—en el ranchito construido en horas, en medio de ese bosque intrincado, inhabitable por las fieras, los reptiles y los insectos, lleno, sí, de poesía, pero que no estaba en condiciones de notar, de apreciar y cuyo silencio á penas era interrumpido y eso en momentos, por el susurro del viento entre las lianas y el ramaje, el canto de los pájaros, el chirrido de algún *coyuyo* adelantado ó el rujido de una leona parida, que en la noche venía á saciar su sed en el ojo de agua cercano y que ponía en tremenda algarabia á sus dos perros—soportaba una profunda tristeza y un desgano por la vida, que la hubiera jugado por el más insignificante capricho, sino deseara ardientemente vivir para poder vengarse.

Al tercer día vino Aurorita acompañada por Neirot y Uriarte, los únicos de sus íntimos amigos que conocían su paradero.

Ante el caimiento visible de Robles y las reiteradas súplicas de la enamorada chola, estos decidieron traerla; quizás su presencia levantára el espíritu de éste y siempre le haría mas soportable soledad tan completa,

desde que sus deberes cotidianos les impedia acompañarlo con frecuencia. El doctor Avellaneda, "ese doctorcito que parecía un enclenque, incapaz de tirar las boleadoras á veinte varas, de poder soportar un galope de tres leguas, de manejar el pesado sable de caballería por un minuto," que se les había impuesto, á quien no solo respetaban, sino que adoraban, cumpliendo sus mínimas insinuaciones sín discutirlas, les había dado su consentimiento, mas, aplaudió la idea: "El hombre no debe estar solo, dijo Dios en el paraíso y por eso creó á Eva para Adan" les había dicho.

Y salieron para "El Manantial" después de convencer á Aurora, que esa tarde—cuando accedieron á su pedido—no dejase su casa, pues debía en la noche ir á verla Heredia, que esperase la madrugada, que concluyese satisfactoriamente la comedia, haciéndole creer que se ausentaba por seis días á "La Puerta de San Javier," que reflexionase, que de lo contrario, podría él extrañar ausencia tan inopinada, sin recibir previo aviso y deducir la verdad, hacerla buscar y acarrear nuevos males á todos.

Llegaron al rústico alojamiento de Robles á las seis, cuando el sol rompiendo los celajes oscuros que ya van tiñiéndose de vivos colores y que parece quieren aún luchar por empañar su vívida luz—demuestra al viajero que ese matiz oscuro, que al occidente ostenta el horizonte, no es una *tormenta* que se va formando, sinó los cerros verdi-negros por los laureles, los naranjos, los cebiles, que domina el Aconguija, *"el cerro nevado."*

Y aún iba en aumento—en razón directa del convencimiento de que Aurora lo amaba intensamente—el inmenso placer que esta visita le había acarreado, cuando en esa espléndida mañana primaveral, le hiciera

salir de su éxtasis los ladridos de sus, ya desdeñados compañeros de dos días antes, "Cada cual" y "Realista."

Aurora, que de rodillas soplaba el tizón - que había cubierto de ceniza la noche anterior—por entre los intersticios que dejaban las pequeñas ramas secas que acababa de traer Robles, levantóse súbitamente y pintado el temor en su rostro dirijio á éste una mirada de interrogación.

—Debe ser un amigo—dijo Robles, después de convencerse que en el cinto se encontraban sus pistolas y que llevaba el sable al costado—los perros no torean con rabia.... es uno solo.... viene en un caballo brazeador.... es Marquito Avellaneda.... No me he equivocado, es su sílvido ¿lo sientes?

Efectivamente, un minuto despues llegaba el doctor Avellaneda al abra, que se había formado delante la casa.

—Ave María Purísima—dijo, bajándose del caballo, que lo tomó Robles—Buenos días Comandante! ¿Como le va Aurorita?

Respondiéronle casi al unísono su saludo y mientras Robles acomodaba el caballo, sin desensillarlo por indicación del recien venido y Aurora traía una silla, el doctor Avellaneda se expresaba en estos términos:

—No vayan á tomarme fastidio, vengo solo por momentos, tengo que estar temprano en la ciudad; así no tengan miedo. únicamente por minutos voy á interrumpir el atrayente idilio que se desarrolla en esta selva vírjen saturada de los embriagadores perfumes del azahar y del aromo, iluminada por nuestro brillante sol, cuyos ardores refresca la brisa agradable que acaba de liquidar los copos de nieve con que anoche se arropó el Aconquija. Vengo solo á saludarlos y ofrecérmeles

si en algo me creen útil y tambien á tomar este mate, pues tenía seguridad que me lo ofrecería Aurorita.

– Yo le agradezco mi Señor Doctor su visita—díjole sonriéndose gozosa Aurora al entregarle el mate—Ud. no nos incomoda ¿No es verdad Robles?

—¡Que va á incomodarnos el doctor Avellaneda, mujer! Si su presencia y su palabra es como encontrar "hoja del agua," Hilvera, en una travesía durante un día de calor.

—¡Mire que es adulador este Robles'—dijo satisfecho de la galantería el doctor Avellaneda—No puede negar que ha servido con La Madrid. ¡Cómo será con las mujeres!.... ¿Cuándo piensa volver á la ciudad Aurorita?

—Cuando me lo ordene Robles, señor Doctor.

—Si es así, ya podemos esperar el día del juicio. A eso tambien vengo, es necesario que se vaya mañana, sospechan que por estos alrededores está Robles y que Ud. ha venido á buscarlo. No se asuste Aurorita y Ud. no se alborote; para eso vijilamos los amigos; yo veo en esto la mano de una de las Meleras. Recuerde que la Rosa, aunque algo *machada* la noche del 24, parecía que se había apercibido, dádose cuenta de la actitud de Uds., así vuelvase y haga bien su papel, no se deje sorprender. Uriarte vendrá á buscarla esta noche y salgan mañana a esta hora.

—Doctor Avellaneda—dijo Robles—yo acepto sin discutir lo que Ud. resuelva, pero creo conveniente, de mi deber decirle que no me dejen solo, pues temo no poder cumplir mi promesa, no tener fuerzas para reprimirme y entonces me iré á la ciudad y donde encuentre á ese perro, en la calle, en su despacho, en el teatro, ya esté solo ó acompañado, yo lo mato, sin asco, como pueda, aunque sea á mordiscos.

Su rostro estaba púrpureo, su respiración fatigosa y de sus pupilas negras, fijas, que parecían rodearlas una aureola rojiza, se escapaba una mirada dura, tenaz, que hacía recordar el brillo que dá el acero al ser herido por la luz artificial.

Su imponente actitud había impresionado á los dos oyentes y comprendieron que no eran brabatas, que Robles cumpliría su decisión ó sería despedazado.

Despues de un breve silencio Robles continuó:

—Creame Avellaneda, no voy a tener fuerzas para esperar si quedo solo, tengo momentos terribles, en los que solo quiero matar y matar....

Mal hecho Robles; pues así aquilatará su venganza. Ella será pequeña y no traerá beneficio alguno para Ud., ni para la patria—madrastra muchas veces, pero adorable y adorada siempre--La hora se aproxima y Ud. como caballero, como soldado, como patriota podrá saciar esa sed tremenda que lo abraza, que le acarrea fiebre. No se impaciente. recuerde que es una verdad incontestable "que no por mucho madrugar amanece mas temprano."

—Si yo no desconozco las razones, pero tengo miedo que pueda llegar un momento en que no razone y encontrándome aislado, solo, me vea impulsado á cometer una barrabasada. Es por ello que les ruego no me abandonen.

—He pensado ya en eso, pero los medios para ello no me satisfacen aún. No tengan cuidado, creo que no me han de faltar. Mientras tanto he hecho saber á sus íntimos amigos Paliza y Casas que conozco su escondite y que mañana los pondré al habla con Ud. De esa manera, entre los cinco y de vez en cuando Aurora procuraremos no dejarlo solo un momento. Con toda esta larga letanía de encargos, consejos y

explicaciones que deden haber cansado á Uds. soberanamente, los dejo para que no desperdicien un segundo de las pocas horas que les resta estar juntos. Y yo le aseguro Robles que el día de su venganza llegará antes que se concluya este año.

VI

LA COMISIÓN

Era calurosa la tarde del jueves 18 de Octubre de 1838, en Tucumán. La mañana había sido mas bien fresca, pero pasadas las doce el sol había picado y las calles de la ciudad, hasta las cuatro, estaban casi desiertas.

Hacía un rato que Pedro Rodríguez se había levantado de la mesa—la comida, á las dos de la tarde - y sentado tras el mostrador se preocupaba de borrar cuidadosamente la palabra "Chavela" que por error se le había deslizado en el libro único de la casa, al asentar las ventas al fiado hechas en esa mañana; cuando vió entrar al criado de confianza del Doctor Avellaneda, quien le dijo:

—Niño Pedro, dice el señor doctor que si puede ir inmediatamente.

—Que ya voy—contestóle éste.

No le extrañó llamado tan á deshora - plena siesta—puesto que como liberal y amigo del doctor Avellaneda, habíase decidido por el partido que se formaba para derrocar la tiranía de Rosas y consideró que sería para recibir alguna órden ó un trabajo á este respecto.

Sín titubear, pues, guardó los libros, púsose la casaca y encaminóse á casa de este, que se encontraba á media cuadra de la plaza; ocupaba parte de la planta baja del edificio de don José Manuel Silva.

El doctor Avellaneda lo esperaba solo en su escri-

torio y una vez que cerró cuidadosamente las puertas, se expresó en este sentido:

—Anoche, en la reunión que Ud. sabe, se ha decidido mandar una persona de toda confianza á San Nicolás, en la Provincia de Buenos Aires y hemos acordado que sea Ud, siempre que no tenga algún inconveniente. Conocemos sus buenas cualidades y esperamos que el jóven entusiasta sabrá cumplir como hombre prudente. Su misión es importante y sencilla, al mismo tiempo. ¿Se anima á ir y estar Ud. de vuelta en esta el 8 de Noviembre? Debo advertirle que si el Gobernador de Santiago llega á descubrir la misión que lleva saldrá Ud. bien librado, si únicamente recibe quinientos azotes. En Santa Fe debe Ud. tener gran cuidado, pues con la muerte del General Estanislao López está esa Provincia en plena convulsión. Ni siquiera hable de esto, ni opine sobre si Mascarilla, Don Juan Pablo López, es mejor ó peor que Cúllen.

—Doctor Avellaneda, no se que misión es, pero calculo que será en bien de la patria. así estoy dispuesto á ello y algo mas, si fuese necesario. Haré lo posible por colocar mi modesto grano de arena, de manera que sea útil. Lo único que necesito, el inconveniente que tengo, es la licencia de mi patrón, don Pedro Garmendia. Sentiría tener que irme callado.

—Lo felicito mi amigo por su decisión y entereza. Ello está salvado; Garmendia va á llamarlo esta noche y sin darse por aludido, le ordenará que inmediatamente salga para la Villa de Nuestra Señora del Rosario, en Santa Féy entregue al vecino de esa don Miguel Grandoli una carta sobre un negocio de hacienda Su verdadera mision es la siguiente: tenemos necesidad de ciertos datos sobre un movimiento que debe efectuarse en Buenos Aires y ellos á su vez necesitan de otros que

debemos mandarles; Vd. dará los nuestros y recibe los de allá, ambos vervalmente. Como Vd. no puede. ni debe llevar correspondencia ó papeles comprometedores conviene que haga, para no olvidarse, anotaciones como si se tratase de negocios de hacienda y recordar con toda precisión lo que significa cada palabra. Se trata de dar cuenta de los trabajos efectuados en pró de la libertad y hacer conocer los elementos con que contamos. Le daré un ejemplo práctico. A las provincias señálelas con el nombre de una persona nacida en ella y que haya figurado en la lucha con los Godos, así, á Salta la llamará Guemes, á Santiago, Borjes. El número de infantes como si fueran bueyes, los de caballería mulas, etc., etc. Debo hacerle notar que los enemigos calculan que existe este complot, pues no se ha guardado debidamente el secreto. Los caminos están vigilados, así no se descubra á nadie y desconfíe de todos. Una vez llegado al Rosario y después de ver á Grandoli por el negocio de hacienda, pasará á ver al Sr Agapito Senturión. Procure no caer en el error y para evítar un acaso, que puede acarrear perjuicios á Vd. y á Senturión, debe decir á la persona que se insinue ó se le indique que es él, — Soy el recomendado por el Sr. Belgrano. · Si se muestra asombrado ó no contesta conforme, no es el que busca Escúsese y haga como sino hubiera comprendido la jugada. Si á sus palabras responde:—¿Es Vd. el recomendado que debía llegar en Abril?—Vd. debe contestar—No—él entónces le preguntará —¿el de Diciembre?—y Vd. debe responder:—No, el de Mayo.—Producido este diálogo, Senturión se le ha de franquear y lo pondrá en comunicacion con los que necesitamos. Vd. déjese guíar por él, sin temor alguno; pero sin darle dato de ninguna especíe de la misión oculta, pues solo tiene que hacerlo á la persona que le presente la mitad

de la hoja que corresponde á ésta, que debe Vd. guardar. En él dice "Belgrano", quedando la mitad en la parte superior y la otra en ésta como Vd. ve, así no altere el papel, para que coincidan los rasgos. No descuide un detalle, no se apresure, necesita del valor más difícil de encontrar, el prudente. No dé opinión alguna sobre política. Dinero le dará su patrón y lo vá á acompañar Hijinio Trejo, conocedor de los dos caminos, el de Sunchalito y el de las Salinas. ¿Se ha dado cuenta?

—Sí Doctor, creo haberme dado cuenta. ¿Quién me dará los datos?

—Aquí los tiene, saque copia.

Y mientras tomaba los datos le dijo:

—¿Que vá á hacer esta tarde, después que lo hable Garmendia?

—Voy á arreglar los caballos y despedirme de mis relaciones.

—¡Pero que tonto he estado! No recordaba de la Chavelita. Tiene razón, pero cuidado mi amigo, las mujeres son muy indiscretas y yo creo la vieja Saravia de Ibarra nos espía y avisa á su marido lo que puede pispar; así, ni siquiera una insinuación Su negocio de hacienda y nada más.

—No doctor, de manera alguna le avisaré lo que me lleva, aúnque creo que Isabel por nada de este mundo cometería una indiscreción.

—Pero mejor es callarse Hijinio sólo sabe que Vd. va en una misión política, pero ignora de qué género. Vd. puede tener toda confianza en él, pero que no sepa de lo que se trata, ní hablen media palabra en todo el trayecto, ya sea en el desierto ya en el poblado, que sobre generalidades; y de los objetos de su viaje, sólo del negocio de hacienda. A la tarde voy á hacer lo posible por buscarlo, seguro que ha de estar en lo de las Las-

piur, para que saque el pasaporte Voy á ir como de paso, como si casualmente lo encuentro, asi no se dé por entendido. Si no fuera, búsqueme aquí, después de la cena, que le voy á esperar. Higinio va á estar en la esquina de la tienda. Cuando haya recibido las órdenes de su patrón lo manda llamar y proyectan el viaje.

Retiróse Rodríguez y sí bien muy satisfecho, no sólo por el servicio que iba á prestar á su causa, sino también porque se hubieran acordado de él, le pesaba hacer este largo viaje, sin poder ver durante tanto tiempo á su Chavela, de quien sabía era amado, hacía tan pocos días "Aún no habían transcurrido diez y nueve!"

No, él estaría de vuelta antes del término que se le había fijado; doscientas leguas el las haría en ocho días, á 25 leguas por jornada; ¿no las habían hecho otros? Ocho de ida, ocho de vuelta y tres en su estadía en Rosario y San Nicolás, eran diez y nueve y como tenía trece días de Octubre, el 6 de noviembre á la noche, cuando más, se encontraría de vuelta.

Lo que no le satisfacía era salir viernes y volver martes; eran días nefastos. Bah! el no era superticioso, estaba bueno eso para los griegos ó para los fanáticos; el sabía que Dios no se iba á preocupar especialmente de él, insignificante parásito de uno de los astros más imperceptibles que se encuentran dentro el sistema solar, quizás el más pequeño de los ínnumerables que pueblan el universo.

Produjéronse los hechos indicados por el Dr. Avellaneda y á las cinco, concluidos sus preparativos, se dirigía á la casa de Isabel.

La encontró en la puerta de la calle, acompañada por una de sus amigas, María Montes, que hacía días habia llegado de Santiago, donde residía y á quien Pedro no conocía.

Era ésta alta, más bién gruesa, aire hombruno, tomándolo más cuando caminaba, pelo y ojos negros. Su voz algo ronca y el tono de suficiencia—*majister dixet*—que usaba hasta en las conversaciones más generales, la hacian altamente antipática desde el primer momento.

Estóicamente soportaban las fastidiosas nubes de polvo que levantaban los raros carros y las escasas cabalgaduras que transitaban por el frente.

Pedro después, de ser presentado á la forastera, avisó que esa madrugada salía para el litoral y que calculaba estaría de vuelta el 6 ó el 8 de Noviembre.

María le preguntó si había estado alguna vez en Buenos Aíres, á lo que le contestó que casi todo el mes de Abril de ese año lo había pasado en esa ciudad.

—También me encontraba ahí, en la misma época—dijo María y he visitado muchas familias de Tucumán y Santiago. Quizás nos háyamos visto. En Abril fué la Semana Santa, recuerdo muy bien, el ocho fué Domingo de Ramos y no falté á ninguno de los sermones. ¡Que bien predica el padre Francisco Majesté! Fué el que más me gustó, no por eso desconosco que sean buenos los padres Don Juan Gandasegui y Don Francisco Colldefons, que ocuparon la cátedra sagrada en la misma semana. ¿No los oyó?

—No Señorita; soy poco amigo de la iglesia y como tenia muchos quehaceres, no pude asistir á ninguna de las funciones religiosas. Veí anunciado, si, en *La Gaceta Mercantil*, que eran esos los padres que debían predicar.

—¡Jesús! Vd. no vá á la iglesia, ni en la Semana Santa? Entónces Vd. está condenado. ¿No lo cree así, Isabel?

—Señorita, yo no lo sé. Más de una vez he hablado con Pedro al respecto, pero el me dice que no le

puede suceder eso y como me parece justo, que si el no mata, si el no roba, sino hace mal á nadie, al contrario hace el bien que le es posible, mal puede irse al infierno, no lo contradigo. A más, respeto lo que me dice, tengo que creer que así piensa. Tuve miedo que fuera protestante, pero el me asegura que no lo es y no lo dudo.

—Pero si son herejes....

—No quiero entrar á discutir, pero si esos ingleses no hacen males, son religiosos, oran y recuerdan en sus preces de Dios, de nuestro Señor Jesu-Cristo y de la Virgen, como me lo aseguran, ¿por qué vamos á creer que no son nuestros semejantes, nuestros prójimos?

—¡Jesús, María y José! Pero Vd. no sabe Isabel que con sus creencias está en pecado mortal. Si esos ingleses, que ya tienen una casa en Buenos Aires, son descendientes de los que crucificaron á nuestro Señor Jesu-Cristo. Son judios, escupen la cruz, se rien de nuestra religión, insultan á nuestro Santo Padre y bautizan á sus hijos en un baño de agua fria, por qué no van á la iglesia. Con estas ideas y estas costumbres vamos derechitos al infierno. Ya hablan de libertad de cultos, esto vá á ser libertinaje. Pero Vd., Rodríguez, hijo de esta tíerra, donde sus padres han nacido, y se han criado creyendo en Dios y en nuestra Santa Madre Iglesia, ¿cómo puede renegar de ella? ¡Jesús! ¡Dios mío! ¡Qué tiempos son estos!

—No crea señorita; los protestantes que son los que han construido el templo, á que se refiere, en Buenos Aíres son muy religiosos y oran con más fervor que nosotros. Ellos no van á la iglesia á jugar á los novios, sino á rezar. Yo los he visto. No son judíos, son tan cristianos como nosotros. Por mi parte, yo desearía creer, pero no puedo y sería peor mentir. Si yo supiera

el medio de creer, tenga seguridad que lo pondría en práctica. Pero no hay tienda donde se venda eso. Ustedes se encierran en el simpático baluarte de "la religión de nuestros padres, ellos nos la han enseñado, otra cosa no puedo admitir, yo no quiero discutir" y creen lo que no ven y ven lo que no creen. Si tal teoría debía aceptarse, como lo *non plus ultra* del *modus vivendi*. yo puedo decirles, que debíamos haber seguido bajo el yugo de España, pues nuestros abuelos, nuestros padres fueron realistas. No Señorita; no tenga mala opinión de ellos, ni de mi De Isabel menos, porque ella cree y sí acepta que la gloria es para los buenos, aunque no se golpeen el pecho, es porque está convencida de que para ser respetada debe respetar. Y si mañana tiene Vd. que huir y debe asilarse en un país protestante, ¿le placería, encontraría justo que no la dejen orar como le han enseñado, como cree debe hacer?

—Bueno Pedro—le interrumpió Isabel—dejemos esa conversación, tú me lo has dicho muchas veces, que de religión y política no se debe discutir, pues que el uno no puede convencer al otro. ¿No le parece Señorita?

—Pero es lástima que un joven como Vd. esté tan pervertido....

—Perdóneme Señorita - la interrumpió Pedro—¿no le parece fuerte la palabra?

--Yo le rogaria Señorita, no prosiga con ese tema— dijo Isabel en un tono tan dulce, tan insinuante que la parlanchina, á su pesar, vióse obligada á callar.

—Yo uno los míos á lo de Isabel—dijo Pedro.—Hablaremos sobre teatros. ¿Estuvo en la función del Argentino, en Buenos Aires, en la que cantó el tenor Jzotta y la Eleonora Bigatti?

—Si, como no; pero no recuerdo bien lo que dieron.

—¿Te acuerdas tú?—dijo Isabel cerrando rápidamente un ojo y mirando picarescamente á Pedro, quién no se dió cuenta del porqué del jesto—haber dísnolo.

—A más de estos se presentó Vaccari; el programa era más ó menos el siguiente: La sinfonía de "Nitocris" de Mercadante, la escena y el dueto de Elisa y Claudio, del mismo, el aria de "Semiramis" de Rossini, y algo de "Tancredo", del mismo, la introducción de "La Extranjera", de Bellini y una parte de "Elixir de Amor" de Donizetti.

—Eso es justamente—dijo María—si, ya voy recordando. Lota, Sota, ¿cómo era el tenor? cantó la sinfonía.

Pedro quedó con la boca abierta y un nuevo gesto de Isabel le hizo comprender el porqué del primero; era esta una infeliz, atrazada, pretenciosa, que quería á toda costa darse los aires de ilustrada. Quizo palpar hasta donde llegaba su "chifladura", y le dijo:

—Señorita, dado los antecedentes que me han dado sobre la sociedad de Santiago, nunca pude creer que pudiera encontrarse una Señorita tan competente como Vd en música, porque ha de saber que muchos de los Santiagueños que he conocido me han hablado atrocidades de esa sociedad. Recordaré al Dr. Monje, el médico que decía en su media lengua: "En Santiago no se " puede hacer el médico, porque si el enfermo mue- " re, la familia dice que el médico lo mató, si sana, " que la Virgen ó el Santo lo curó " ¿Es esto verdad?

—Na caballero! ¿qué pregunta me hace? Como Vd es un infiel, que lo ha de creer. Que han de curar los médicos *A punta de misas* cantadas y promesas se levantan los enfermos.

¿Y qué obras nuevas tienes, Pedro?—dijo Isabel que á duras penas podía contener la risa y temiendo

por otra parte que María comprendiese la burla —¿No tienes alguna novedad?

—Si, me han traído una nueva de tu favorito Chateaubriand "Los Natches". No te vá á gustar mucho, hay demasiadas muertes, guerras, venganzas; pero tiene también partes muy lindas, en que te presentan la naturaleza virgen de las grandiosas selvas de la América del Norte. También be recibido "Numa Pompilio", la que aún no la he leido.

—¿No la cónoce Vd. María?—dijo Isabel y dirigiéndose á Pedro prosiguió.—Porque has de saber Pedro que la Señorita lee muchisimo y aún escribe muy bien.

—Sí, si la conozco—contestó María con un dejo de desprecio, como sí se tratase de algo de insignificante —es como todas las novelas, al fin se casan Numa con Pompilio.

Esto era ya demasiado y Pedro se quedó extático ante tan solemne barbaridad. No estaba en sus libros esa salida; nunca pudo imaginarse que se le presentaría demostración tan gráfica del ridículo en que caen las personas, que no conociendo de lo que se trata, quieren saberlo todo.

No supo que hacer, si reir, corregir ó tomarlo á mal. ¿Era una estúpida? ¿Se quería burlar de él?

Lo sacó de ese embarazoso silencio la llegada de dos señoras que venían á buscar á las tías de Isabel. Eran estas las Sras. Tomasa Zavaleta de Silva y Apolinaria Frías de Rueda.

Decidieron quedarse en la puerta y formando ancha rueda con las sillas y sillones que colocaron en la vereda y la calle, dieron comienso á una charla, que en un principio se hizo general, hasta que se retiró María —que lo fué á los pocos momentos—con gran satisfacción de Pedro, desde que se encontraba nervioso ante

las atrocidades de la adocenada literata y deseaba poder sostener una conversación íntima con Isabel.

Así, una vez que esta se encontró á alguna distancia, cuando no podía ser oido, dijo:

—Puff! *¡Deo gratias!* Ya se fué esta mujer. ¡Qué cataplasma! ¿De dónde has sacado esta doctora? ¡Pero que desparpajo para largar tanta estupidez! ¡Yo estaba hervido!

—No seas así Pedro—díjole Isabel sonriente por el efecto producido.—¿Qué te importa que sea pretenciosa? ¿Qué mal te hace?

-Ninguno, mi alma; pero yo temía fuera una burla y más que todo, lo que me hacía mal era su presencia. Yo quería conversar contigo. ¿Por qué no se iba á contar á su mamita las mentiras y las estupideces que nos ha indilgado? Es necesario ser muy bruta y muy sinverguenza, para hablar sobre hechos y obras que no conoce, sin ton ni son alguno, dando palos de ciego; pero dejemos el punto que bastante tiempo he perdído por ella. Ya sabe mi mujercita que me voy dentro de unas horas. Si puedes escribirme, hazlo, que yo voy á llevar un diario y así que me sea posible, cuando encuentre alguna proporcion te mando lo escrito. Si me va bien en el negocio que me lleva, á la vuelta te hago pedir y entónces eres ya mi novia oficial.

Y prosiguieron, hasta las ocho, uno de esos diálogos insustanciales de todos los enamorados, que los siguen sin hilacion, durante los que no podría distraerlos un trueno unas veces y en otras los interrumpe el *tun-tun* de una mariposa que pugna por pasar al travez de un vidrio; que tratan sobre cientos de puntos, sin profundizar ninguno y al concluir no recuerdan de lo que hablaron.

Fueron interrumpidos por las Señoras que deseaban

retirarse, desde que era la hora de rezar el Rosario y de la cena, después de haber tratado sobre las atrocidades de Quiroga en 1831, "el lujo que se había desarrollado, las costumbres depravadas y las inmoralidades de la época."

No ven—decía una de ellas—las niñas de ahora han sacado la moda "de la pasión". Para todo lo usan. "Es una pasion la que tiene esta por ese, ó él por ella". Yo he sido y soy muy feliz con mi marido, sin necesidad de pasión. En mis tiempos no se conocía más pasion que la de nuestro Señor Jesu-Cristo.

Tambien habían tratado sobre la sequía, que hacía estragos en la Provincia, por lo que en esos días se hacía una procesión, después de las rogativas que sin resultado se habían efectuado; fiesta que se presentaba con todo lujo, sacando las imágines de los Santos Apóstoles San Simón y San Judas Tadeo; Santos Semi-patrones, declarados así por la defensa, que dícese, hicieron de Tucumán al principio de la conquista, en una invasión de indios.

—Pero no ha de ser como la del último Corpus—dijo una de las Señoritas Laspiur.—Fué magnífica esa función. Eran espléndidos los cuatro sitiales; pero es innegable, Apolinaria, que el mejor fué el de su hermana Ignacita. no por eso eran feos los de la Dorotea Teran de Paz, Domitila de Cainzo y las Romeros, pero el de ella imitando el riquísimo tabernáculo de la Catedral de Córdoba, era espléndido y qué elegante! Presentaba un lindó golpe de vista, todo blanco de filigrana; si hasta el cura Colombres se quedó extaciado ante él. ¡Qué cantidad de perlas finas! El de las Romeros era original con su pelicano en el cuartito, "la glorieta" y que al llegar el Santísimo abrió el pico y arrojó flores del tiempo en cantidad.

—Lo que es la procesión de los Santos Patrones es ya necesaria; todos se quejan de la seca y son tan milagrosos que cuando los sacan, indudablemente tenemos agua. ¡Cuantas veces ha sido necesario suspender la salida, pues antes de ponerlos en andas empezaba á llover!

—Pero no ven lo que dice el desalmado de Vicente Torres—el loco Torres - que no contento con burlarse de Quiroga, ¡de buena se escapó! no teme jugarse con lo divino, pues asegura que solo cuando la tormenta está formada se resuelve hacer la procesión!

Y vino "la postdata", que se hizo larga, con gran contento de Pedro, que no tenía noción del tiempo encontrándose al lado de Isabel, aúnque una vez separado, se diese cuenta que tenía que quedarse sin cenar, pues lo esperaba el Dr. Avellaneda, para allanarle cualquier dificultad que pudiera presentarse para sacar el pasaporte en la policía.

VII

PRIMERAS NOTICIAS

Habían pasado ocho días desde que salió Pedro; y Chavela, de vuelta de la misa de la Virgen, cumpliendo *la promesa* que hizo de asistir á ella, si llovía antes del lunes, para que su Pedro llevase fresco en el viaje, encontró al frente de su casa á un individuo vestido á la usansa de los campesinos—*ozota*, pantalon corto de picota, poncho grueso tejido en el país y sombrero de lana, también del país—que tirando su cabalgadura—una mula con recado, guardamonte y estribos baul, de madera—miraba los frentes de las casas, como si buscase alguna para él desconocida.

Ocurriósele que la Virgen en pago de la misa oida le mandaba un mensajero de Pedro y acercándose al paisano le preguntó á quien buscaba.

—Buscando niña Chavela *llamacum*—díjole éste, en su media lengua, quichua españolizada; y al ver que la mula no estaba quieta gritó: —¡mulita!

—Vd. busca á una niña Chavela, que le manda una carta Pedro Rodríguez.

—*¡Chaimí!* Carta entregando niño Pedro, quien viajar Sur con Ñor Hijinio. ¿Conoces Vd. casa?

—Yo soy la Isabel que Vd busca; quiere darme la carta?

El santiagueño la miró de arriba abajo, demostrando desconfianza, que la perdió después de un rápido examen á su interlocutora; por lo que sacándose el som-

brero, tomó de su interior una ancha sobrecubierta de papel que se la entregó diciéndole.

—Velay! Sí, vos ser niña Chavela "Niña *sumaj*, virgencita ***huya***", dijo niño Pedro.

—Gracias amigo—dijo Isabel, satisfecha, contenta con las galanterías y tanto más cuando se convencio que era carta de su Pedro—pase á casa para que lo sirvan con algo. Ya voy á mandar quien le tenga la mula.

Y entró rápidamente, corriendo cuando llegó al zaguan, que lo cruzó gritando: "¡Carta de Pedro, tías, carta de Pedro!" y después de ordenar agasajasen al mensajero, con todo cuidado rompió la oblea y empezó á leer lo siguiente:

Salavina, Domingo 21.

Mi alma: Dos dias que no te veo y no sé, me parece que acabo de dejar Tucumán! Yo atribuyo al cambio radical de vida. En medio de la naturaleza virgen, sin tener ninguna otra obligación que caminar y caminar, ni pensar en nada que sea urgente, ineludible; preocuparme si debe venir algún marchante, si estarán arreglados los estantes, si habrán mandado los pedidos, solo me ocupo de tí, al travez del cuadro que tengo á la vista, tan diferente del que nos presenta nuestra Provincia.

Y mi imaginación me ha transportado en un segundo á tu lado, á esa noche del 29 de Septiembre, durante la cual se ha cumplido la aspiración más exigente que tenía: ser amado por tí.

Si, Chavela mía, ámame sin la más pequeña reserva, sin el menor dejo, sé completa, exclusivamente mía! Sino, sino me amas con toda intensidad, sino sientes que te soy necesario, indispensable en tu vida, que te satisface mi moral y mi físico, es menester que me lo digas ya, para no alimentar mis ilusiones, para que pueda

morir menos desesperado; pero si me amas, si crees que puedo hacerte feliz, que nunca te pesará unir tu destino al mío, no escatimes un solo recuerdo, una sola gracia, la más pequeña caricia en pró de que mi sentimiento se espanda, se profundice, fije las riveras eternas entre las que se ha de deslizar cariñoso, compensador y benefico.

No receles en presentarte como eres, en halagarme, en satisfacerme en absorverte en mí, pues te amo con todo el alma y no será, entónces, tiempo perdido, no sembrarás en un salitral; no, no, la planta del sentimiento ha de nacer lozana, atrayente y ante sus invidiables frutos, se nos presentará como ejemplos palpitantes del sentimiento más espandido en la naturaleza: el amor.

Ámame, ámame, Chavela mía.

Pero vamos á mi viaje, que tu ya sabes bien lo intensamente que te amo

A las cuatro de la mañana me recordaba Hijinio y después de unos mates, al clarear, cuando el cielo presentaba ese color intermediario entre el gris y el celeste, con nubes verdes y rosas, como si un muchacho travieso hubiera tomado jigantescos pinceles y palotado en la boveda celeste rayas horizontales, largas y angostas, paralelas á la línea del horizonte, atravesábamos el Salí y tomábamos dirección al Sud.

Uno se da cuenta de la exhuberancia de naturaleza de nuestra Provincia, de su feracidad, cuando entra á la de Santiago. En vez de esos magníficos y atrayentes árboles, cuyas hojas se ocultan por las lianas y las enredaderas cubiertas de flores azules, blancas, rosas, amarillas; tu encuentras árboles inmensos, altos, desairados, apenas cubiertos de hojas verdinegras, raleadas, que parecen mustias, ya muertas. El suelo está cubierto con raquíticas plantitas, que crecen paradas, duras, fastidio-

sas, dejando manchones en que el salitre ha agostado el humus y el polvo del camino obscurece el verde esmeralda de las hojas, haciendo pensar en las cabezas de las viudas judías, empolvadas con ceniza por la muerte del esposo.

Pero tienen, también, sus encantos estos quebrachales.

Al ver ese árbol jigantesco con su tronco derecho, que parece ha crecido mediante la mano del hombre, sin una joroba, sin una torcedura hasta llegar al ramaje, sostenido por varas que merecen el título de troncos, uno se da cuenta, comprende que la naturaleza ha sido sabia y que si á algunas rejiones les dió el elegante y monono naranjo, haciéndolo pequeño para que el hombre con comodidad recojiese el sabroso fruto, ha dado en otras el majestuoso y fuerte quebracho, de donde sacará el material que lo ha de cobijar de las lluvias y los fríos.

No me dijas poetrasto, ya no voy á pecar, en adelante solo te he de hablar sobre mi viaje, ni siquiera he de esplicarte el porqué me ha hecho divagar la espléndida mañana que acaba de nacer y que dentro de pocas horas habrá muerto, enseñando diariamente que esa es la vida del hombre en este valle de lágrimas.

Tú no conoces á Hijinio, "mi guía", según el convenio hecho, mi cicerone, mi compañero, mi padre y aún mi madre, según su comportamiento hasta hoy.

Y no exajero, aún actos de madre cariñosa ha tenido para mi antenoche, cuando dormimos frente á Santiago, al razo, pues preferimos ello á cruzar dos veces el Dulce ó acercarnos á poblados, cuyos moradores no conocíamos

A la entrada de una pequeña pampa natural, bajo un grupo de algarrobos, al que llegamos al caer la tarde,

hicimos nuestro modesto campamento. Después de arreglar los caballos, ví á Hijinio que tomaba un lazo y desarrollado lo colocó formando un círculo dentro del cual quedaba un trecho suficiente para estar cómodamente nosotros dos acostados Como empezara á revisar la superficie comprendida en él, le pregunté que hacía. Parece que las víboras si en su camino encuentran un lazo no lo atraviesan, temen al sentir que este se mueve; así, colocando el suyo no había temor que llegasen á nuestras camas y para mayor seguridad buscaba si existía, dentro de la superficie encerrada, alguna cueva, puesto que si ello acontecía el lazo evitaba solo á medias el peligro, teniendo dentro nuestra especial *habitación* al enemigo.

Hijinio es Santiagueño, y como la mayoría de sus paisanos, cuando salen de su provincia, no quieren ser tales ó por lo menos evitan decirlo y sus vestimentas, sus hábitos y aún su pronunciación pretenden cambiar. Un solo viaje á Buenos Aires ó á Santa-Fé, aúnque dure tres meses, hacen que no puedan usar sino bota de potro, chiripá y saco de paño. Hasta de la quichúa hacen que se olvidan Eso si, de chupar algarroba, no y cuan - el coyuyo empieza su tremendo chillido, solo la fortuna puede detener su vuelta á los bosques donde es seguro "amarillea" la dulce y cálida vaina.

Representa cuarenta años, pero debe tener más, desde que contestó, al preguntarle su edad, que no la sabía, que "en la del año 12, con el Sr. Belgrano, en la cancha de las carreras, fuí de la caballería al mando del Comandante Balcarce que lanzeó á los coyas y godos y yo ya era mocetón hecho"; solterón "nunca fuí *casao*", delgado, alto, moreno, con un bosque de cabellos y casi lampiño, sobrío, callado, al punto de parecer tonto, es todo un tipo de estudio. Se ríe del peligro y tiem-

bla ante el recuerdo de las ánimas; no teme pasar á nado un río durante una creciente, ni embestir un león y se horroriza, se amilana del "gualicho"; confía ciegamente en el Señor Crucificado de Mailin y muestra sus dientes blancos, sarcásticamente, cuando le hablo de Dios, omnipotente y justo; cree en las adivinas y no he podido hacerle comprender lo que es el telégrafo ideado por el Norte Americano Morse, el autor de la memoria que leimos días pasados; apenas si sabe donde está situada la Matriz y no hay árbol, arbusto, ni recodo que no conozca en las sesenta y tantas leguas que hemos hecho Sabe para que sirve cada yuyo que crece en nuestros bosques y en los de Santiago y se queda con la boca abierta cuando le digo que sé la hora por el reloj, que no me guío por el Sol ó las estrellas

Charlando sobre estas cosas, recordándote, enseñándole y aprendiendo (¿quién aprovechará de los dos? ¿quién llamará con justicia al otro, atrazado?) hemos viajado hasta ayer que llegamos á Atamisqui, apenas pasado medio día.

Yo estaba sumamente cansado; el tirón había sido tremendo y deseaba apoltronarme durante dos horas. Nos fuimos á casa de un amigo de Hijinio, fuera del pueblo y caí en una blanda cama como muerto. Hijinio me recordó pasadas las cuatro, era necesario hacer diez leguas para llegar á Salavina, donde quería pasar la noche y "los caballos están ensillados" me hacía notar Hijinio alcanzándome un mate. Había una novedad Este quería ir á Mailin á rezarle al Señor, pero tenía que desviarse, es cierto que era un paso (después resultó 3 ó 4 leguas) y el estaría hoy en esta (ha cumplido, ya llegó); á mi me acompañaría un pariente de él y otros compañeros que hacían el viaje juntos con nosotros hasta Santa-Fé. Era tan compunjida la espresión de su

rostro, un deseo tan ardiente demostraba en su mirada y actitud, que no me pareció prudente ni humano negarle el permiso tan ansiado.

Así le acordé la licencia, recomendándole puntualidad en la cita, después de hacerme esplicar algo sobre el tan mentado Señor, que resulta ser una imajen de Jesús en la Cruz, que fué encontrada en un monte á las orillas del Salado, no habiéndose podido descubrir quien la trajo á ese paraje, ni quien era su dueño.

Es sumamente milagrosa según Hijinio y tiene infinidad de hechos perfectamente verídicos—según él—que son los que le han dado la gran fama que justamente goza en la Provincia de Santiago. ¿Qué jugarreta habrá por medio? comprenderás me he dicho.

Van á ser dos horas que te escribo y ya debemos salir. Tengo tanto que decirte, que no se que elegir para significarte que te amo con todo el alma. Yo dejo que tu pienses todo lo que te parezca y te comprobaré, que han sido pálidas las espresiones que has usado, para convencerte que nadie te puede amar más tierna é intensamente que yo.

Ya dos veces ha asomado la cabeza Hijinio. El que te lleva esta es el dueño de la casa donde he dormido. ¿Quiéres tratarlo bien? A casa no escribo, hazme el favor de avisarles que voy bien, así como al Dr. Avellaneda. Recuerdos á las tías. ¿Se puede un beso ideal en las yemas de esos dedos de cuajada y arrebol? Te ama tu

PEDRO.

Isabel leyó íntegra la estensa epístola, sin levantar la vista, sin atender á nada. En su fisonomía se retrataba el intenso placer que soportaba al verse tan amada por el adorado viajero. No se hubiera dudado, que

correspondía á la pasión que se desbordaba en la carta, al ver que sin titubear, sin dejarse amilanar por el pudor de doncella, imprimiese ardorosos besos en ese "Pedro" que él había escrito

Volvió á leerla y cuando la terminó púsose á pensar; á considerar lo oportuna que era esa carta, que había llegado cuando la necesitaba, pues la tristeza que le produjo la separación de Pedro se agravó con una novedad, que más bien d-bía causarle satisfacción contento y le producía efecto contrario

El día antes había recibido una carta de su padre, la primera en los 17 años pasados desde que se ausentó, haciéndole saber que dentro de breves días iría á verla.

¿Porqué le produjo congoja esa nueva? ¿Era una hija desnaturalizada? Deseaba estar alegre, iba á conocer á su padre, pero no podía, el temor era más fuerte y temblaba, tenía miedo, sí, miedo de verlo. No se explicaba de donde nacía ese temor pueril, sin razón de ser, que la avasallaba, que hacía se despreciase.

Sus tías nunca le hablaron en contra de él y si bien es verdad, que notó en ellas cierto disgusto con la noticia, ni una sola observación, ni la más mínima insinuación le hicieron para agostar el cariño y aprecio que debía guardarle; pero era más fuerte que ella; sus sentimientos no le eran favorables, temía su presencia y gustosa hubiera hecho algo para impedir esa visita

Horrorizada de esa idea, acudió á las plegarias, invocó á su madre, á la que no había conocido, pero de la que tanto le hablaron y uniendo su recuerdo á la de la Virgen María, la madre amantísima, fervoro amente les pedia que transformase sus sentimientos, que pudiese amar tiernamente á su padre que se le perdiese el temor que tenía por él.

La carta de Pedro la entonó é hizo desaparecer todo

temor, consideraba que teniendo á él, mal alguno podía acontecerle

Y para imponerse más á su espíritu, hizo lo que los niños, que para evitar el miedo en las noches, cuando están en la cama, se tapan la cabeza con las sábanas, pretendiendo que así salvan el peligro; se puso á escribir á Rodríguez, produciendo lo siguiente:

Tucuman, Sabado.

Querido Pedro: He recibido tu carta, que la he leido dos veces; tenía necesidad de empezarla nuevamente, como le sucede á uno cuando aspira la esquisita fragancia de un ramo, maquinalmente se vuelve á llevarlo á la cara.

¡Cuanto contento he tenido! y eso que estaba triste, muy triste.

Yo no se como decirte Me vas á creer una mujer sin corazón, sin sentimientos; yo veo que hago mal, yo misma me desprecio, pero Pedro no puedo, tengo temor de no se que, de algo desconocido, que parece va á producirse y que me hará mal.

¡Por favor, Pedro mío, no me creas mala!; yo creo ser buena, yo lo quiero, yo te amo, yo he sentido tu separación, me ha dolido tu viaje, veo que si, que puedo sentir; pero yo tengo miedo de que venga mi padre, me parece que su presencia me traerá desgracias.

Ayer he recibido una carta de mi tata en que me anuncia su próxima llegada.

¿No es justo que yo esté satisfecha, contenta con esa noticia?

Y bien, no lo estoy. Tengo presentimientos que esa llegada me traerá una desgracia.

Esto no es razonable, es una obsecación sin motivo alguno, pero no puedo dominarme: ¿Seré mala Pedro?

Sino fuera por tu carta—que me la ha traído la Virgen, aúnque te rías, ella me la ha mandado, porqué oí hoy su misa creo que hubiera llorado todo el día, como me ha sucedido anoche Ella me ha dado fuerzas, vida nueva, me ha quitado el peso que tenía sobre mí corazón.

Es que también me ha encantado; es tan cariñosa, retratas de tal manera á Hijinio que me parece verlo, ya lo quiero. Cuando Vds. vuelvan deseo conocerlo; voy á ver si me he equivocado

En este momento siento grandes carcajadas y gritos alterados, como de tremendo enojo.

Salgo á ver lo que es y á la verdad que yo hice coro á las risueñas, por más que sentía el destrozo.

Creo te acordarás del muchacho José, de ese que nos mandaron de Tafí y de los seis platos espléndidos, de porcelana pintada, que dicen los compró mi abuelo Laspiur el siglo pasado, y que mis tías guardan como el tesoro más preciado; pues bien, José estaba haciendo la limpieza y se le cae uno de esos platos; al ruido se presenta tía Cesaria y aflijida, sintiendo intimamente, pero sin mayor alteración, ya que la desgracia se había producido, y conforme con su carácter le dice: – ¡Muchacho! ¿Qué has hecho? ¿Cómo lo has roto? —Velay, así,—contestó José tomando otro y dejándolo caer En ese momento entraba tía Seferina quien con su genio ligero y autoritario, por poco no golpea al aturdido muchacho, produciendo la alharaca que me sacó del grato entretenimiento de escribirte.

Ahora para que no seas malo y no receles de tu Chavela, te mando estos jazmincitos, son de la planta de mi ventana, acabo de arrancarlos, ¡con tal que se conserve el aroma! Así te acordarás de Tucumán y también de.... mí. ¿Es verdad? Dime, ¿no habrá muchachas

muy lindas en los pueblos donde vas? ¿no te enamorarás de alguna de ellas y olvidarás á tu Chavela?

No lo hagas Pedro; yo ya tengo miedo, me duele, me pongo triste sólo al pensarlo y lloro.

No, la Virgen no lo vá á permitir y tú que eres bueno y me quieres no me vás á olvidar. Ya estoy tranquila, veo que son tonterías.... pero eres tan buen mozo que todas se han de enamorar de tí. ¿Por que te has ido?

Perdóname! Tú tienes razón al fastidiarte con los celos, ellos no hacen más que enfriar el cariño, y en vez de ser una demostración de amor, lo es de desconfianza, denigrante para los dos. Te prometo no hacerlo más.

Novedades en esta no hay. Cuando pasé por tu casa, de vuelta de la Matriz, lo ví en la puerta á Don Hermenegildo, parecía muy bien, le dí los buenos días y como siempre me dijo "Adios hijita". ¡Cuánto me ha hecho que te recuerde el pasar por tu casa! Instintivamente miré hacia adentro, creyendo, ó mejor dicho, deseando que estuvieras y pudiera verte.

Luego mandaré á la Manuela á tu casa para que dé tu mensaje; á lo del Dr. Avellaneda es más difícil, pero ya buscaré un medio.

A tus amigos los he visto. Miguel pasó anteayer y me preguntó si habia tenido notícias tuyas ¡Has de creer! me dió verguenza y no supe que contestarle.

Sabe Dios si recibirás ésta, que te la mando con el mismo *Shishi*. Mis tías me encargan te dé sus recuerdos y no te olvides de tu

CHAVELITA.

———

VIII

EL PADRE

Al anochecer del miércoles 31 de Octubre de 1838, entraban á la ciudad de Tucumán dos hombres, el uno ya entrado en años, había pasado de los cincuenta, era el padre de Chavela: Don Policarpo Oyuela; Francisco Chatres era el otro.

El polvo que los cubría y el estado de sus cabalgaduras, dos espléndidas mulas, hacía presajiar que era largo el trayecto que habían recorrido.

—Al fin llegamos -dijo Oyuela, dejando escapar un suspiro de satisfacción—yo voy directamente á casa de las muchachas y me pongo á descansar, estoy rendido. Mañana nos veremos; cuente conque Isabel será suya, pero Vd. se compromete á entregar esos documentos

—Sí señor, yo los tengo y antes de casarme se los entregaré á Vd., más la suma convenida. Yo soy de una palabra, lo convenido, convenido; no he de faltar. Adviértole que no se le haga tan fácil que Chavela acepte, pues anda por medio un mequetrefe y las niñas de ahora no son como las de antes; esas novelas las han pervertido y el cariño y el respeto á padres los han perdido. Es muy capaz de desobedecerle.

—No tenga recelo jóven, ya verá Vd. que ha de quedar más mansa que un cordero. Si las conoceré á las muchachas Laspiur!; mucho lloro, pero al fin hacen lo que quiero Así, hasta mañana, que yo iré á buscarlo á la tienda.

Oyuela se dirigió á la casa de las de Laspiur.

Era este bajo, grueso, cargado de espaldas, las piernas cortas y algo patizambo. Su cabeza, que era desproporcionada á su cuerpo, ostentaba una abundante cabellera gris, que la llevaba larga; sus ojos eran pequeños y redondos, concluyendo de hacerlo semejar más á los Enanos del Rhin, la larga barba blanquisca y su movimiento continuo de brazos y cabeza, al andar y más al hablar.

Encontró á Chavela en el primer patio y sin preocuparse mayormente de las caricias, que ésta --algo cortada—le hacía, díjole con la voz melíflua que poseía y que predisponía á formar la idea de la falsedad de espíritu, que le era innata:

—A la verdad que eres bellísima. Son pálidas las mentas que hasta mi soledad han llegado. No me pesa el viaje ya que sólo por tí y tu felicidad lo he hecho. ¡Qué viaje tan tremendo! Vengo muerto de hambre y de cansancio

—Entre Oyuela—díjo una de sus cuñadas—en un momento se le preparará algo.

Isabel sufrió una congoja, sintió oprimido su corazón y un deseo loco de llorar. Fué completa su desilución y comprendió que el temor que abrigaba por la llegada de su padre no nacía de ser desnaturalizada, sinó de un presentimiento, que él no debía parecerse al que ella se había forjado en sus ensueños y en sus momentos de decaimiento, de tristeza, cuando veía á sus amigas que acariciaban á sus padres ó eran mimadas por éstos.

¡Qué desengaño tan atroz! Apenas unas palabras respecto á su belleza y un beso en la frente, para lo que tuvo ella que agacharse, con disgusto, corriéndole un escalofrío, fruto de un sentimiento de repulsión y de temor.

Mas que antipático, feo, lo encontraba desamorado,

apático. No la conocía y ni una sola pregunta sobre su infancia, sobre su adolecencia, ni un recuerdo para la madre, ni siquiera una caricia

No, no debía ser su padre, ella se hubiera preocupado más de uno de los antiguos sirvientes de la casa. Y esos sentimientos se le fijaron más cuando vió que durante la comida, solo se concretó á darse ese placer y hacer preguntas sobre los pocos bienes quedados, sin preocuparse de ella, diciéndole solamente, al retirarse: "Hasta mañana que tenemos que hablar serio."

¿Qué tendrá que hablar serio? Deseaba y temía que llegase el momento y su terror iba en aumento.

No podía conciliar el sueño y en ese tremendo combate, entre la repugnacia hacia él y su moral que le reprochaba cruelmente ese antinatural sentimiento, pensó que solo le quedaba el recurso de orar, por lo que se arrodilló ante su cómoda, sobre la que se encontraba una tela pintada al óleo, representando á Santa Rosa de Lima, esa tremenda enamorada del hermoso Galileo, digna representante de las ardorosas peruanas, que los especialistas en enfermedades nerviosas, no trepidarían en clasificarla como histérica y que Balzac, si la ha tenido en cuenta, debe haberla colocado entre "*les nevroses classiques*".

Era su santa predilecta, tenía fe plena en la buena voluntad de su tocaya: "Si, Santa Rosa era Isabel, como yo, con ese nombre fuí bautizada y ella atiende mis ruegos"—decía—y por eso las primeras y las más lindas rosas del tiempo que recojía Isabel, le pertenecían.

Después de una fervorosa plegaria, que más fué una conversación íntima, la relacion de sus cuitas, tratando—en poético ruego—de los dos viajeros: del recién llegado y del ausente, se sintió calmada y acostóse

nuevamente, quedando dormida ó mejor dicho aletargada, por el supremo esfuerzo moral hecho.

Levantóse apurada, pues eran las nueve pasadas y fué á buscar á su padre. Este la esperaba en la huerta, habiéndose hecho llevar una silla bajo un naranjo y cómodamente sorbía el vijécimo mate masticando entre uno y otro el riquísimo pan dulce "de Santa Ana", regalo de Don Chepa Collantes.

— Buenos días, hijita—contestó Oyuela al cariñoso saludo que le hizo Isabel.—Que te traigan una silla, porque tenemos que hablar. A ver, vos, chinita—dijo á la mulatilla que le servía el mate—trae una silla y no quiero más mate

Una vez sentada Isabel—que se sintió turbada, ajitada, sufriendo el mismo fenómeno que en la tarde última, sin poder pronunciar una palabra, pues sentía como si se le hubiera secado, apergaminado la garganta—díjole su padre:

—Mi venida es por tu bien. Sólo por tu porvenir me he decidido, en los últimos años de mi vida, á hacer un viaje tan largo y tan penoso. Tú ya estas en la edad de casarte y yo debo, ahora, preocuparme de ti, ya que en tu infancia, dados mis trabajos, no he podido hacerlo como deseaba, ¿no te parece razonable lo que te digo?

Isabel no contestó; desde el primer momento dióse cuenta que su padre traía un proyecto sobre su persona, quizás más, habría decidido su suerte Si así no fuera, le hubiera preguntado, ante todo, sobre su vida anterior; si amaba á alguno, si se le había presentado algún candidato; si, tenía seguridad, era eso el presentimiento de desgracia que le perseguía; la querían separar de su Pedro; no, ella lucharía antes, no les sucedería lo que á Pablo y Virginia.

Oyuela interrumpió sus reflexiones. diciéndola:

—Pero contesta á mi pregunta, niña. ¿Qué tienes?

—Nada tatita pudo balbucear.

—Me pareció que mi proposicion te fastidiaba. Bueno, yo, como te he dicho, debo preocuparme de tí y he cumplido con mi deber. Un joven excelente, trabajador y rico quiere casarse contigo y yo he consentido. Me dice que tú lo conoces es Francisco Chatres.

Isabel se había levantado, el riesgo remoto la había enervado, pero encontrándose con la realidad, en el peligro, diose plena cuenta del mal que la amenazaba y ante la importancia de él, que significaba la muerte de sus más caras esperanzas y el más atroz de los martirios que podíanle inflinjir. pues despreciaba y sentía horror por Chatres, síntiose con suficientes fuerzas para luchar y con tono decidido, con ardor, levantando la cabeza, con la mirada fija sobre su padre, le dijo:

—Señor, no estoy dispuesta á aceptar un marido que se me quiera imponer y mucho menos que él sea Chatres. Yo lo agradezco infinitamente que Vd. se preocupe de mi, pero no debo....—y dejando escapar los sollozos, cayéndosele las lágrimas prosiguió—no puedo, padre, querer á ese hombre, le tengo pavor.

Oyuela apenas la deja concluir; se levanta y con ademanes aparatosos, con voz alterada, le dice:

—Esas son niñerías, ya se te pasará ese temor ridículo; tú debes obedecerme, yo me he comprometido y te casarás con él. Déjate de llorisqueos de niña mimada; eso me sucede por haberte dejado con las solteronas....

—¡Tía!—gritó Isabel, bamboléandose y hubiera dado con el suelo, si Oyuela no la recibe en los brazos.

Este llamó y se llevaron á acostar á Isabel, que estaba pálida, los ojos cerrados, las extremidades frías,

apareciendo entre sus labios una pequeña mancha roja: una gota de sangre

Los cuidados de las tías hicieron que no tardara en volver de su síncope, pero todo ese día soportó espamos nerviosos y durante estos se le escapaban frases incoherentes y entre ellas se oía claramente los nombres de Pedro y Chatres.

Al día siguiente sintiose algo mejorada y relató á sus tías la conversación que había tenido con su padre. Estas pusieron el grito en el cielo, querían á Pedro y más que todo adoraban á Isabel, así cuando Oyuela, de vuelta de charlar con Chatres, quizo ver á ésta, con toda tranquilidad y energía se lo prohibieron; haciéndole saber saber que en el acto debía salir de la casa, buscando otro alojamiento y que estaban decididas á impedir fuera obligada Isabel á casarse con quien no quería.

Quizo convencerlas, insinuándose, atraerlas con melifluidad, en la forma que se comportaba en los tiempos "de la finadita", pero estos se habian ya pasado, más el método era conocido, "bastante habían sufrido con él" y el tiro no dio en el blanco. Convencido de ello pretendió usar la fuerza, pero fué llamado el liberto Benito, que adoraba á sus amas y que no quizo salir de la casa, cuando se le dio la libertad: "Adonde iría que estuviera mejor tratado" y ante los puños de éste y su actitud resuelta desistió Oyuela de su pretensión

Al retirarse amenazó con la justicia; él era el padre de Isabel y "la muy mimada y cócora de la niñita sabrá quien soy yo y si no se casa á las buenas, por medio del Juez vendré á sacarla, aúnque sea á la fuerza y la he de llevar de la *simpa* á casarla con quien se me antoje".

La menor de las hermanas Laspiur, de carácter más enérjico que la mayor, á quién tenía supeditada, no se amilanó ante las amenazas de Oyuela, al contrario, la

irritaron, por lo que adelantándose y poniéndose en jarras, le dijo:

—¿Se ha creido su viejo inservible, traza de sapo orillero, que Vd. va á incomodar á nuestra niña? Mándese mudar inmediatamente sino quiere que lo saque á *pichanasos* ¿Se ha creido que somos las de antes? Yo le voy á dar antojos y jueces, su viejo hambriento y condenado, así como á ese perdido y tiñoso de Chatres. ¡Vean que yunta!

—Señora, Vd. me insulta....

—Mándese mudar; sácalo, negro, sácalo.

Oyuela no esperó la llegada de Benito y apresuradamente salió á la calle, dirigiéndose á lo de Chatres.

Llegó á la tienda de éste todo rojo, atufado, furioso y á sus preguntas, contóle lo que acababa de pasar.

—Ya se lo anuncié Sr. Oyuela—dijo Chatres.—Hay por medio los amores de Isabel con Pedro Rodríguez Es menester que Vd. vea al Gobernador y le haga presente que es una iniquidad lo que hacen esas viejas, queriéndolo malquistar con su hija; aúnque no, mejor es que veamos primero al Jefe de Policía, es amigo mío, yo se lo presentaré sino lo conoce, es Don Octavio Paz.

—Si lo conozco, pero iremos juntos; esta misma tarde haremos la diligencia.

En efecto, después de la siesta, dirigiéronse al despacho del Jefe de Policía.

Era Octavio Paz una excelente persona. Amigo de sus amigos, se desvivía por ellos. Campechano, amable, siempre pronto á prestar un servicio, no representaba la edad que tenía—44 años—á pesar de no haberse ahorrado un minuto para gozar de la vida en su juventud y haber soportado penurias en varias campañas militares (guerras civiles) donde actuó como oficial superior con toda corrección y valentía. Bajo, empezando á engro-

sar, apenas se le notaban las canas en su abundante cabellera castaño-obscura y en su bigote y pera roja, á lo mosquetero. Siempre sonriendo y procurando el medio de pasar el rato agradablemente no parecía fuera tan tenaz en sus opiniones. Enemigo decidido de lo que no fuera recto, sin cábulas, sin embajes, lo atraía la juventud, de la que se rodeaba, gozando inmensamente cuando veía "á los muchachos" contentos.

Entre estos se encontraba Pedro, á quien distinguía por su seriedad y amor al estudio.

Pasaban largos ratos juntos y Paz le esplicaba muchos hechos, sacándolo de errores sobre ciertos lugares —había viajado algún tiempo por Europa—en que caía á causa de las deficientes relaciones que había leido.

Pedro habíale hecho saber su amor hacia Isabel y el compromiso contraído en la tertulia que dió D José Manuel Silva, lo que no fué novedad para Paz El compromiso le satisfiso completamente, pues le placía y mucho la pareja.

Así, cuando Oyuela le hizo conocer el objeto de su visita, lo miró fijamente, frente á frente, por sobre los anteojos, que solo usaba para leer ó escribir y cuando concluyó de hablar, díjole:

—Vea Señor, yo en esas cosas no puedo tomar participación; ello es de resorte de de la justicia. Cuando sea su oportunidad yo cumpliré las órdenes que se me den, pero no debo entrar en jurisdicción ajena Puede acudir Vd. al Señor Juez.

—Pero Señor Jefe. vea Vd. que se trata de una hija desnaturalizada....

—Ya le he dicho Señor—lo interrumpió Octavio levantándose—que yo no puedo entrar en ese terreno; compruebe ante quien corresponda su carácter de padre. El Juez sabrá lo que ha de ordenarme.

—Yo veré al Señor Gobernador....

—Vea Vd. á quien quiera, pero ya se lo he dicho y se lo repito, que en este caso yo no puedo proceder.

Ante tan categórica negativa, no pudieron menos que retirarse, saliendo furioso Oyuela. Chatres no se inmutó, parecía que no le había hecho impresión la decepción sufrida y le insinuó la idea de ver al siguiente día al Gobernador Heredia.

Efectivamente, en la mañana siguiente se presentaron en la casa particular del General.

Lo encontraron de pésimo humor.

Acababa de recibir comunicaciones del litoral y solo malas noticias encontraba en ellas; hasta la muerte de Doña Encarnación Escurra de Rosas, la esposa del Gobernador de Buenos Aires, lo había impresionado.

A más en ese día debía efectuarse la elección de Gobernador y Capitán General de la Provincia por la Sala de Representantes—cuyo Presidente era el Doctor Marco M. de Avellaneda y Secretario el Diputado Doctor Bríjido Silva—y por otra parte necesitaba ir á su establecimiento en Lules "La Arcadia", pero deseaba hacerlo conociendo el resultado del acto electivo con sus mínimos detalles.

Estaba seguro de ser reelecto, contaba con los Diputados, mejor dicho, con el terror que reinaba, pero quería saber si era cierto lo que se le aseguraba, que muchos de ellos estaban en su contra, pues los había irritado la orden del 26 de Setiembre último, que por razón de la guerra con Bolívia cesase en sus funciones la asamblea; motivo baladí, desde que cometia mayores arbitrariedades, sin que ellos protestasen en forma alguna.

Estos rumores y de que se tramaba su asesinato, según declaración de Felipe Leguizamón en 6 del pa-

sado Octubre, aumentaban su irritabilidad y mal humor, tanto más que no le llegaban noticias sobre el resultado de la eleccion, á pesar de haber dado ya las once.

A las primeras palabras interrumpió á Oyuela y mientras recorría una carta que el Comandante Celedonio Gutierrez le había escrito desde Graneros, con tono duro le dijo:

—Sí, ya sé de lo que se trata.... Octavio me lo ha dicho.... De manera alguna voy á cooperar á que se produzca esta iníquidad.... No Señor, no he de permitir.... La Chavela se ha de casar con quien quiera y no con el que á Vd. se le antoje.... ¿Ha oido?—y levantando el tono, con enojo, probablemente enardecido, fuera de sí por las frecuentes libaciones prosiguió: —Aqui mando yo; y no es Vd. quien va á llamar á esa niña, que es un angel, hija desnaturalizada; es Vd. el mal padre que la abandonó en su tierna edad—y dirigiéndose á Chatres—y vos, gran sinverguenza, ¿que negocio quieres hacer? No das puntada sin nudo. A ver contesta. ¿Que vas ganando?

---Yo, Señor Gobernador, nada; estoy enamorado de Isabel; al contrario, pago una deuda de Don Policarpo y....

—¡Ah, sinverguenzas! Con que esas tenemos. Mándense mudar inmediatamente, antes que ordene les den cien azotes á cada uno. Miren que atrevidos, pillos y se han creido que los voy á apañar! Lijerito, afuera, afuera.

Las últimas palabras eran inútiles, los dos degradados habían tomado ya el portante, no parando hasta encontrarse en la trastienda de Chatres, cabisbajos, aflijidos; no por verguenza, sino por la decepción sufrida.

El primero en reaccionar fué Chatres. Aunque más interesado que Oyuela en salir bien en la de-

manda—lo alentaba el amor inmenso que sentía por Chavela, su inquina contra Pedro, á quíen odiaba aun antes de saber que era amado por ésta y el temor al ridículo, pues ios hechos eran de pública notoriedad—era más dueño de sí mismo, tenía mayor fortaleza de ánimo, así que rompió el silencio diciendo:

—No se amilane don Policarpo, aún hay mucho que andar para declararnos vencidos. Veamos lo que se puede hacer.

—Mi amigo—dijo Oyuela Yo estoy cansado, desesperado, no soy para estas cosas. Yo voy á desistir.

—Haga lo que quiera, pero sépalo bien, yo usaré su pagaré y van á salir á relucir sus manejos......

—No; no—interrumpióle Oyuela—Estoy á sus órdenes. ¿Que puedo hacer?

—Bueno, así está bien. Hay dos medios; presentarse al Juez de 1ª Jnstancia ó traer una carta de recomendación del general Benavidez.

—¿Irme á San Juan?

—Si señor, irse á San Juan, porque el primero es de dudoso resultado. El Juez doctor Martinez es un corbobés más cuerpeador que *suri*, lleno de camándulas y recobecos. Tiene miedo de todo; cuanto se le presenta lo cree difícil y al final hace mal á las dos partes. Si contáramos con el apoyo del Gobernador sería fácil obtener lo que quisiéramos, porque tiene terror á que le quiten el puesto y pasaría por el aro del diablo por ello; pero teniendo la influencia del General en contra nuestra sería inútil demostrarle la justicia que asiste á Vd.; de todas maneras el resultado sería tardío sino resulta desfavorable. La recomendación me parece mejor. Váyase á San Juan, mañana mismo; al fin el viaje no es tan largo; y Vd. que es amigo del General Benavidez y más de la familia puede conseguir que

él le dé una carta magnífica para el Gobernador de esta. Toque el amor filial; ¿el general tiene híjas? Lo que es el Indio Heredia no va á quedar mal con su compañero y aunque no le guste va á atenderlo. Veremos si el muy borracho se anima á desairar al General Nazario Benavidez.

IX

SANTA FE

Chavela había tenido que guardar cama.

El médico —Doctor Faustino Salvatto—había hecho mala cara al saber el pequeño esgarro sanguinolento que había tenido y entró en averiguaciones sobre su salud anterior, el método de vida que llevaba, concluyendo por recomendar descanso material y moral.

—Poca charla, en estos dias. buena alimentación, sana y fuerte—recetó.

El viernes no tenía ya fiebre y en la cama recibía sus visitas, las que protestaban de todas maneras y en todos los tonos por «el atrevimiento del viejo Oyuela», que salía con tanto amor después de diez y siete años de completo abandono. No hubo una discorde, todas aprobaban decididamente el procedimiento empleado, llegando algunas hasta considerar que hubiera sido conveniente que el negro Benito le hubiese dado unos *guantones.*

El sábado levantóse, quedando en acostarse á las nueve de la noche.

Eran las siete de la tarde y se encontraba rodeada de personas de su relación, entre ellas el Doctor Avellaneda y su esposa.

Este sólo hacía horas que conocía el disgusto, y la dolencia que había ocasionado á Isabel la inusitada pretensión de Oyuela, porque el jueves temprano había salido al campo á ver á Robles, que habíase trasladado á la casa de Paliza, en Lules y seguía irritado, furioso

deseando vengar la ofensa recíbida; pero como este acto no traería bien alguno á la causa, por lo contrario cualquier evolucion se malograría y una revolucion no era oportuna, Avellaneda, que veía esto, que se daba cuenta que la muerte víolenta de Heredia era mas bien un inconveniente que una ayuda á los intereses generales del partído. se propuso ver á Robles y aconsejarle prudencía. Consiguió calmarlo algo, en mucha parte, mediante la promesa de que en esos días iría Aurorita á visitarlo; y al mismo tiempo convenció á los amigos de Robles del peligro y de los males que podían acarrear si exaltaban á este; que por lo contrario, debían apaciguarlo, procurar hacerlo olvidar, ó á lo menos, que aplacase una ansiada venganza.

El doctor Avellaneda también aprobó el medio adoptado por las hermanas Laspiur, para impedir se cumpliera el deseo de Oyuela y ofrecióse sin reservas á servirlas en cuanto lo considerasen útil. Recordaba la promesa hecha á Rodriguez el día que salió, y debía cumplirla plenamente; era su deber y al mismo tiempo se satisfacía: era idéntico su sentimiento al de todo Tucumán. Le placía plenamente la pareja.

Hablaba con Isabel de Pedro, acordándose de él con cariño y estimación, cuando una criada, la mulatilla Dolores, entró casi corriendo á la sala y colocando las manos—donde traía una carta—en el espaldar de la sílla que ocupaba Isabel, inclinándose hácía el costado izquierdo de esta, la chuchoteó, toda anhelante, en la oreja:

—Niña Chavela. ....carta..:...carta del niño Pedro; me la acaba de entregar. ....

—¡Carta de Pedro! ¿Dónde está? ¿dónde está?—le interrumpió Isabel y sóló al tenerla. se dío cuenta

donde se encontraba, así que toda ruborosa, sin abrirla, se la pasó á una de las tías

Avellaneda sonrióse y recordando, probablemente, lo satisfactorias que son esas misivas y el pesar que acarrea al enamorado no poder leer inmediatamente la de la dueña de sus pensamientos, dijo:

—Sería maldad no dejar gozar á nuestra querida Chavela, con la lectura de esa carta. Yo me permito insinuar se le de permíso para que se retire y la lea, sín apresurarse; en caso contrario nos retiramos.

La idea fué apoyada calurosa y unánimemente, así Isabel, después de unos momentos de resistencia, se retiró y pudo leer lo siguiente:

Santa Fé, Jueves 25 de Octubre, 8 de la mañana.

Mi Chavela querida: Anoche, pasadas las diez, hemos llegado á esta. ¡Siete días que no te veo! Aunque no, en sueños se te me apareces y aun hoy, me ha dado un vuelco el corazón, me he quedado frío y tembloroso al ver una niña que iba por la calle y me pareció que eras tú. Desgraciadamente me habia equívocado. Qué no hubiera dado por haberte encontrado en esta, tenídote cerca, podido hablarte, mirarte....yo soy loco, como podías venir, si yo te dejé en esa, he tomado el camino más corto y lo he hecho rápidamente. ¡Solo á mi puede ocurrírsele tal cosa! Pero es natural, Don Quijote veía en todas partes enemigos y yo debo verte siempre á tí, porque estoy loco, perdidamente enamorado de tus encantos.

Bueno no te rias de mis *novedades*, no digas, que para decirte esto, que ya lo sabes muy bien, no debia preocuparme de escribirte.

Voy, pues, á contarte de Santa Fé.

Con el día me levanté y acompañado de un jóven

Maciel, á cuyo padre vine recomendado, fuí á conocer la "alameda", á orillas del brazo del Paraná,—que va comiendo á Santa Fe,—paseo que es bien insignificante; sólo tiene las vistas, la mano del hombre brilla....por su ausencia.

Vamos por partes

Yo quiero mucho esta Provincia porque es donde se produjo el primer movimiento de los criollos bregando por la independencia de la Metrópoli; eran nacidos en esta, pero de sangre española ó mezcla con indíjena.

No creas que fué ayer; esto se produjo en 1580, triunfando en un principio el movimiento, que es conocido con el nombre de: "Revolución de los siete Jefes". Para los tucumanos tiene esta *patriada* un otro aliciente: parece que los Siete Jefes tenían inteligencias con el entónces Gobernador de nuestra ciudad, Don Gonzalo de Abreu.

Deseaba también conocer el edificio, que se le llama la Aduana, donde permaneció preso más de cuatro años, el íntimo amigo de mi padre, Don José María Paz.

Yo me he guardado muy bien de hacer saber mis sentimientos hacia este benemérito jefe, preso aún en la Villa de Lujan, en la Provincia de Buenos Aires. ¿Sabes lo que dicen de este? que toma, que se ha aficionado desmedidamente á la bebida. Debe ser una mentira infame. Un hombre de tan gran entereza y de tanto talento, no puede dejarse dominar por tan repugnante vicio, ¡pero que hay que extrañar, si á todos nuestros grandes hombres les han imputado inmoralidades! ¿No han dicho que el general San Martin estaba borracho cuando se dió la batalla de Maipú, en Chile?

He visitado, también, el Cabildo, donde se han reu-

nido dos asambleas nacionales, en 1828 y 1831; el templo de San Francisco (anexo al convento de la orden de éste) donde se encuentra una imágen de Jesús Nazareno, que me ha parecido una obra de arte, pues aunque yo no entiendo de escultura y pintura, creo que nada más se puede pedir que una copía exacta, fiel de la naturaleza y la cara de Jesús espresa tal dolor y congoja, sin encontrarse en ella nada que manifieste encono, rabia ó desesperación por sus males, que considero no pueden haber muchas que la superen. Segun se me ha dicho, parece que esta imágen fué regalo de una Reina de España, hecho hace más ó menos dos siglos.

En este templo fué donde, hace unos años, creo en 1825, entró un tigre, que vino en un *camalote*; pero tú no has de saber lo que es esto. Se llama camalote á unos pequeños islotes flotantes, de los que, durante las grandes crecientes, se llena el Río Paraná y son formados por plantas acuáticas y de las orillas, que se desprenden de las islas y aún de la costa firme. Estas que están unidas sólidamente, viniendo sobre ellos, tigres, víboras y otras alimañas, van navegando con la corriente, que algunas veces las llevan á la otra costa, como sucedió con el camalote que trajo el incómodo y peligroso huésped en cuestión.

Parece que el *uturungo* traía un hambre atrasada, porque no sólo se comió la cena de los padres, sino que á la madrugada mató al lego Curali, haciendo presa de parte de él, é hirió gravemente al Padre Guardian Magallanes. Después de estos estragos refujióse en el altar mayor, entre un grupo de plantas, que para adorno alli se encontraban.

Sin saber que en ese sitio se habia refugiado la fiera —probablemente para hacer descansada y cómodamensu dijestion—uno de los padres, creo se llamaba Patron,

salió á decir misa y cuando estaba por consagrar, sintióse el bramido del tigre, que parece se enfureció al ver su figura en el espejo del altar, considerando que era un conjénere.

Creo inútil decirte que fué desastroso el efecto que esto produjo entre los concurrentes; fué una desbandada jeneral; el padre se encontraba entre la espada y la pared: consagrar ó morir y tuvo el valor de concluir el acto y recién escapó.

Mientras tanto el tigre huyó; no quiso aceptar la lucha con su fantasmagórico contrario,—"estómago lleno corazón contento"—y en uno de los corredores del convento fué á dar con una de las emboscadas que se le habian hecho, siendo muerto de un tiro por Don Bernardino Rodríguez.

Por ello se les da bromas á los santafecinos, diciéndoseles que hacen una vida tan salvaje, que los tigres han llegado hasta aprender á oir misa.

Estaba en esta parte cuando me traen dos buenas noticias. La primera fué la de Hijinio; que acaba de encontrarse con el "niño Lucho", un paisano y amigo suyo, que va de *chasque* á Córdoba, Santiago y esa; debiendo salir dentro dos horas. Ya tengo quíen me lleve esta y pueda hablarte de mí, pronto. Luego iré á verlo, ahora no puedo, porque no sé donde ha parado; Hijinio fué á charlar con él, sin decirme donde podría encontrarlo.

La segunda me la ha dado mi amigo el señor Maciel. Se ha venido con el patrón de un barco que hoy sale para el Rosario, al medio día.

Me dice el dueño del buque: que es genoves y conocido por "Patron Bernardo"; que el barco se llama "Buenaventura" y estaremos mañana temprano en el

Rosario, porque el tiempo es bueno, el viento favorable y se podrá navegar de noche

He decidido hacer el viaje por agua, por más que deseaba pasar por el pueblo de San Lorenzo – que está cinco leguas antes de llegar á Rosario —y ver la planicie donde el general San Martin, entonces Coronel, derrotó á los españoles la madrugada del 3 de Febrero del año 13; así como el convento de donde salió el escuadrón de granaderos á sus órdenes y el pino donde se cobijó; tanto más que no me doy cuenta como efectuaron el desembarco los españoles, desde que me dicen, que al frente del convento se encuentra la barranca á pique y que al píe de esta es completa playa.

El viaje por agua me ahorra un día, pues por tierra debo dormir esta noche en Coronda y recién mañana á la noche llegaré á Rosario; por otra parte estoy muy cansado y á bordo podré descansar completamente; me van á dar la cama del patrón, quien no duerme cuando navega. Higinio se irá por tierra.

Vengo de ver al "niño Lucho", que es un santiagueño ladino y *pa pior* (como dicen por aquí tuerto; av de correo con la noticia que ha fallecído la esposa del Gobernador de Buenos Aíres, Don Juan Manuel de Rozas.

Esta Señora que pertenece á una respetable y antigua familia de Buenos Aires, parece era una mártir, tanto la disgustaba ver á su esposo mezclado en tan tenebrosa política, siendo mayor su disgusto por los medios coercitivos que este pone en práctica. Ha muerto el sábado 20 de este mes, aún joven, sólo tenía 43 años. Aquí dicen que ella era muy buena y como son muy poco amigos de Rozas, por algo que te contaré en mi carta de mañana y le dan duro, llamándolo tirano, asesino y otras lindezas, considero debe haber sido así.

No puedo escribirte más, va á ser medio día, pero si el tiempo lo permite, lo haré á bordo, hablándote algo de política, por si quieres mostrarla á tata ó al Doctor Avellaneda, á quien no le escribo, porque no tengo suficiente confianza en Lucho.

Me olvidaba avisarte de una nueva moda en Buenos Aires; parece que van á llevar por la muerte de doña Encarnación Escurra, la Señora de Rozas, un "luto federal", que es un cintillo rojo alrededor del kepí ó sombrero. ¡Hasta dónde llega la pasión política!

Sino pongo punto final de un golpe, nunca me encontraré en condiciones de concluir, me satisface tanto escribirte! Así, recibe el alma enamorada de tu

PEDRO.

N. B.—Dile al Doctor Avellaneda que hable con Lucho, pero que no se descuide, que es muy pillo.

Isabel estaba contentísima con las noticias de su Pedro; que quizás ya vendría de vuelta, pronto lo vería y junto á él no tendría recelo alguno de su padre. ¡Que bueno su Pedro y qué inteligente! Estaba deseosa de verlo, pero no pudiendo ello, leería nuevamente su carta. ¿Y las visitas? ¡Que esperasen, la habían de disculpar!

Llegaba á la mitad, cuando una de sus tias la llamó para que se despidiese del Doctor Avellaneda y su Señora que se retiraban.

—Que no se vaya el Doctor Avellaneda, que pase, que le tengo noticias—gritó Isabel, recordando recién que él se encontraba allí y podía cumplir inmediatamente el encargo.

Cuando Avellaneda vió á Isabel díjola:

—¡Qué buen médico es esa carta, Isabelita! Es maravilloso el efecto producido. Los colores de sus meji-

llas y la viveza de su mírada, han cambiado notablemente, en los pocos minutos transcurridos desde que trajeron la obra de mi buen amigo Pedro ¿Que dice ese hombre? ¿Se acuerda de mí?

—Si Doctor. Estoy buscando los párrafos que se refieren á Vd.; aquí están, al último.

—¿Y no se puede leer toda?—dijo Avellaneda sonriéndose y estirando el brazo en dirección á ella.

—Como no Doctor—contestóle Isabel, poniéndose roja y entregándosela.

—No, no Isabelita; es una broma. Lea Vd ; sería una profanacion, que yo penetrase en ese recinto sacrosanto, donde debe encontrarse la insignia roja y blanca, colores que simbolizan los sentimientos más caros para el hombre en la mujer amada, la pasíon y la pureza. Lea Vd.

—Me dice que al día siguiente del 25 del mes pasado me escribiría sobre política, para que le mostrase la carta á Vd., que la Señora del Gobernador Rozas ha muerto......

—¡Qué me dice!....¿Misia Encarnación? ¿Cómo lo sabe?

—Por el chasque que manda el Gobernador, un tal «niño Lucho», que calculo debe ser sobrenombre y también me dice que hable Vd. con él, pero que no se descuide, porque es muy diablo.

—No, no, ya lo conozco al tuerto. Con su permiso Isabel, voy á verlo y hágame el bien de no decir nada del mensaje; si le preguntan cual era este, conteste que la respuesta de un encargo que hice á Pedro. No se olvide de esta prevención. Me puede hacer mal y también á Pedro. Que se mejore Isabelita; aunque con la carta está ya bien.

El Doctor Avellaneda dejó á Isabel ajitada, esta

había visto que lo impresionó fuertemente el mensaje y entró en sospechas, que el viaje de Pedro no era por negocios, sinó por política.

¿Otros y nuevos disgustos tendría que soportar? ¿No eran suficientes los pasados? Se corroboró su idea cuando vió los descuidos que el Doctor Avellaneda cometia al despedirse, cumpliendo con todo apuro.

Este dejó á su esposa en la plaza, en la esquina del Cabildo, advirtiéndola que siguiese hasta en su casa y no lo esperasen á comer; y siguió calle derecha con dirección al Bajo.

Pasadas tres cuadras, paróse ante un rancho y golpeó en la puerta.

—Entre -se oyó desde el interior; era voz de hombre.

Avellaneda empujó y una vez que pudo distinguir entre la humareda, dijo, dirijiéndose á un hombre alto, delgado, rubio, que se había levantado del recado, donde estaba recostado,

—¿Cómo le va Lucío?

—¡Doctor Avellaneda! ¿Cómo está mi Salvador? ¿Qué se le ofrece?

—Lo necesíto. ¿Quiere venirse conmigo un momento?

—Si señor, pero espereme guardaré esta correspondencia.

Avellaneda que buscaba un medio propicio para hacer charlar á "niño Lucho" á quien salvó con su talento é influencia de una acusación injusta, librándolo de doscientos azotes á que fué condenado—pero sin hacerle comprender que tenía gran interés en sus noticias, vio el cielo abierto, la ocasión esperada y le dijo:

—¡Correspondencia! ¿Pero no ha llegado esta tarde? ¿Ya lo mandan de nuevo?

—Si señor. He llegado esta mañana y me ordenan vuelva á Buenos Aires. De llegada á esa, sobre el pucho, no más, me dieron correspondencia para esta, Santiago, Córdoba y Santa Fé y aquí me hacen lo mismo; pero me acaban de avisar suspenda la salida, porque deben darme otras notas.

—¿Porqué tanto apuro? ¿Hay algo de nuevo en Buenos Aires? Hombre no se si lo comprometo. No diga nada, si puede ello acarrearle un mal.

—No mi doctor, mi Salvador. Mande y ordene. Que mal mayor puede acarrearme que el asunto con Juanillo Pillo, mal cristiano y tan sinverguenza. ¿Qué profesión? le preguntó el Juez y se acuerda Doctor, que contestó. "La vil industria". ¿Cuál? "La vil industria, señor Juez, robar" y al ser increpado por su desverguenza, con todo cinismo aseguró: que la profesion no era mala, sino fuera porque no lo dejaban trabajar tranquilo. ¡Oh! si no es por Vd., no me libro de la soba.

El doctor Avellaneda estaba nervioso con la charla inoportuna de "niño Lucho" por lo que aun á riesgo de hacerle entrar en sospechas le dijo:

—Bueno, bueno, olvide eso, cuente lo que hay de nuevo.

—La señora de Don Juan Manuel—nuestro ilustre Restaurador—ha muerto. Le han hecho un entierro espléndido. ¿Se acuerda de Gregorio Araoz de la Madrid?

—Sí, el que derrotó Quiroga en 1831.

—El mismo, pues está en Buenos Aires y fué uno de los que acompañó el cadáver. ¡Se ha dado vuelta y feo, el hombre! Dícen que está de panadero. En Santa Fé hay una punta de barullos; el godo Cullen quiso ser Gobernador y como era ministro consiguió hacerse nombrar por la Sala; pero don Juan Pablo López, Mas-

carilla. hermano del otro López, el Estanislao, lo ha hecho renunciar y al sucesor, un Galisteo, lo ha derrotado. Parece que Cullen está en Santiago. ¡Bonito refugio! Alguna trastada le va á hacer el viejo Ibarra. ¡Lindo árbol para sombra! Si ni á su hermano don Pancho le tiene consideracion, ni lo quiere, cuanto mas á un Godo. Sabe que los franceses han tomado á la isla de Martin Garcia; parece que estos se han unido á Rivera, el pardejon y á Lavalle que manda los emigrados. Se dice que el Gobernador de Corrientes se va con ellos y que el General Oribe, el Presidente de Montevideo viene á Buenos Aires. ¡Viera que crecientes en la Provincia de Buenos Aires, es un mar! En Setiembre ha llovido tremendamente. El 24 de ese mes se inundó Lujan, tuvieron que sacarlo al General Paz de la prision; lindo aniversario de la del año 12. Algo sospechoso, me dice un paisano, que ha notado al Sud de la provincia de Buenos Aires; no quise entrar en averiguaciones, al contrario, le dije se callase, no sea le armen un caramillo por meterse en cosas que no le importan. Pero vamos, Doctor, estoy á sus ordenes

—No Lucío, he pensado....mejor es....buscar á un otro, Vd. está ocupado....

—Pero Doctor, para mi primero es Vd. que nadie.

—No desocúpese y hablaremos. Si lo necesitase con urgencia no trepidaría en incomodarlo; para lo que lo necesito, se puede hacer lo mismo hoy, mañana ó el lunes; una advertencia, cuando tenga orden de salir de aquí avísemelo sin demora y vea como puede hacer para ponerse en marcha, á lo menos, dos horas despues de haberme visto.

X

ROSARIO

Pedro Rodriguez estaba encantado con su viaje. Sentado en la borda de la esbelta y pequeña goleta del Patrón Bernardo, se había quedado contemplando los alrededores de Santa Fé, mientras navegaban por el riacho, debiendo pasar costeando las islas, cubiertas de árboles, verdes por las hojas y las lianas, que semejaban sutiles serpientes,

De cuando en cuando el ruido que producía una nutria ó un carpincho al arrojarse al agua, sorprendidos tomando el sol, ó el estruendo del mosquetaso de un isleño que veia á tiro la caza, lo sacaban del éxtasis.

Cuando entraron al Paraná—que sin habérselo señalado lo supo, por el fuerte oleaje,—se ensimismó ante la enormidad de su cauce y la elegancia de sus ondas.

Durante la hora que guardó su puesto, no dejó pasar ni la más pequeña ondulación, al alcance de su vista, que no fuera motivo de un deseo ó de una idea, ya que alcanzara ella al barco, ya que muriese antes de llegar, ó bien pasase á otra que venía mas adelante. Todo ello era objeto de apuesta ó le daba un caracter de pronóstico, de augurio sobre sus deseos.

Una gaviota que pasó le sugirió la idea de escribir á Isabel; pero se encontraba tan á gusto en la borda, pensando en ella, proyectando hacer juntos ese viaje, jugando al oráculo con las ondas, que le faltaba fuerza de voluntad para levantarse y hacer traer lo necesario para escribir.

Decidió dejarse guiar por las olas, seguiría su juego lo que ellas indicasen aceptaría; y viendo que venía una pequeña, como queriendo chocar con la goleta, se dijo: "si llega hecha al casco, escribo; sinó, no". Parecía ágil, fuerte, era difícil no llegase hasta él, apesar de su pequeñez, pero empezó á morijerar la marcha, á deshacerse; era ya claro, estaba palpaple; no llegaría; pero es alcanzada por otra mas poderosa, que se le une, toma mas poder y formando una, como si fuera agua hirviendo, á borbotones, echando espuma, semejando gusanos blancos que saltan y se retuercen, viene á volcarse en sentido contrario al casco, formando una figura cóncava, al lado de Rodriguez.

—No hay duda—dijo este que había seguido palpitante, lleno de interés la marcha de las olas—debo escribir.

Hízose poner sobre cubierta la pequeña mesa de tijera y sentado en un banquito con asiento de lona para velas. púsose á escribir lo siguiente:

Jueves 25.

Chavela mia: Estoy á bordo, gozando inmensamente con el azul turquesa del cielo y el terroso del agua del encantador Paraná, encausado en un costado por la isla, baja, que parece va á inundarla, cubierta de árboles verdes, que ostentan flores violáceas, amarillas y blancas y en el otro por altas barrancas, peladas, á pique, presentando un color amaríllo obscuro, tirando á café.

Si á estos marcos tan dístintos, colocas la tela, las innumerables ondulaciones que la corriente y el viento forman, de diferentes dimensiones y hechuras, ya juguetonas, dando saltos y cabriolas; ya perfectamente serias, como si fueran deslizándose, cansadas de la larga

carrera efectuada, iluminada con un magnífico sol, que va trasponiendo aun rubicundo, no me llamarás exajerado y comprenderás lo justo del ardiente deseo que me domina: hacer este viaje juntos.

Pero admirando la naturaleza, me olvido de las promesas hechas, hablarte algo de la sociabilidad de Santa Fé para ti y de política para mi tata y el Dr. Avellaneda; es que al extasiarme en ella la confundo en un solo goce con tu recuerdo y eso me saca de la tierra....

Bueno, promesa obliga y ella me es grata desde que es tiempo que completamente te lo dedico.

Sobre sociabilidad será muy corto, no he tenido tiempo de visitar y solo he conocido la familia del señor Maciel, excelente persona, adusta, el prototipo del hidalgo español, el señor, el omnipotente del hogar.

Por otra parte, en Santa Fé sucede lo que en esa, la moda del luto es llevada á la exajeración y por el pariente más lejano se impone un año de retraimiento monacal; cuando más la asistencia á la Iglesia; y como hace meses, solamente, que ha fallecido el Gobernador, Don Estanislao López, que era pariente de *todo* Santa Fé, resulta que son raras, rarísimas las niñas y señoras que se ven por las calles.

Este Don Estanislao López es el tipo más discutido. Unos dicen que es un bandido, un facineroso, un cobarde, esos que en medio de sus defectos no era del todo malo y por fin otros quieren glorificarlo, ponerlo en las condiciones de un héroe, levantarle una estatua.

De lo que oído fuera y en Santa Fé me he formado idea distinta de las tres anteriores; estoy entre la primera y la segunda; ni lo considero un bandido, pero tampoco bueno, creo ha sido un mal gobernante, teniendo

si algunos hechos que merecen un recuerdo, pero nunca, de manera alguna su glorificación: una estatua.

Quizás se pretenda alguna vez ello, pues deja numerosa familia y Santa Fé no tiene hijos que hayan tomado parte lucida en nuestra epopeya del año 10 al 25, pero tiene hechos tan desdorosos. como gobernante y como hombre en su vida pública, que borran completamente los escasos méritos que puede presentar para ser juzgado favorablemente por la posteridad.

Si pudiera corresponderle un estatua, con tanta razon se la merecen el Fraile Aldao y con más Quiroga, que al fin y al cabo tuvo una acción heroica en la lucha por la Independencia: su actitud, y con todo estando preso, ante el levantamiento. en 1819 de los españoles confinados en San Luis, que vale tanto y aun más, que la de López frente á Montevideo.

Bueno, ya me voy á la otra alforja, á filosofar sobre futura historia patria, cuando debo ser mero cronista, pero dá fastidio, grima, que para estos tiranuelos, gobernantes—capataces, que no tienen siquiera las condiciones de valor y enteresa de los barones—bandidos de la Edad Media, se pretenda una estatua; y más ante este, porque tal idea puede ser viable, dadas las causas que he apuntado de parentecos, alianzas y carencia de hombres de figura y significacion—hasta el día—en esta Provincia.

Fuera de su heroico acto de escapar de un buque de guerra español, donde se encontraba prisionero y que estaba anclado frente á Montevideo, todossus hechos han sido de salvaje: desde Paraguarí, donde fué tomado prisionero por los Paraguayos realistas, mientras saqueaba, hasta la *boleada* del General Paz en 1831. Siempre con doblez, lleno de ambiciones desmedidas y com-

pletamente materiales, sino tiene los incruentos crimenes de Fray Felix Aldao, tampoco tiene sus glorias.

Lo que más me altera en la vida pública de este hombre son sus alianzas con los salvajes y las matanzas que hacía de estos, después de torturarlos inhumanamente.

Vamos á un poco sobre Iglesia.

Aquí también se pelean los Dominicos con los Franciscanos Los Seraficos no les dan cuartel á los Nobles y consideran que el milagro de la Imposicion de las Llagas no puede compararse con ninguno de los del aristócrata Guzman.

En esta también existe una imagen milagrosa, que se venera ardientemente: es la Vírgen de Guadalupe, pero aun no es muy poderosa, porqué la influencia de la de Lujan llega hasta estos mundos catolicos.

He podido encontrar un frasco de esencia, traido de Francia.

Estos artículos, con motivo del bloqueo, estan muy escasos; el extracto es "*Eau du roi de Rome*". He preguntado el significado y me dicen es en honor del hijo de Napoleon Bonaparte y de Maria Luisa; que llaman "El Aguilucho" (L'Aiglon y que hace seis ó siete años murió en Viena, según unos, envenenado y otros, tísico.

Ahora que digo envenenado, dile al Dr. Avellaneda á que corre en Santa Fé que el General Lopez no ha fallecido de muerte natural, sino por efectos de un veneno propinado en un racimo de uvas (¿?) á las que era muy afecto.

Indican que el autor es el de Buenos Aires y los enemigos de Lopez dicen: recordando Barranca yaco, pues le imputan complicidad con los Reinafé) que si asi fuera se cumpliria lo de la Escritura: "que quien á hierro mata á hierro muere".

La razón que dan los partidarios del Gobernador para achacar á Rozas el crímen, es que se han peleado los compadres, porque López exijia la libre navegación de los Rios. para así librar á las provincias del Litoral del oneroso tributo á la de Buenos Aires, que es la única que adelanta á costa de las trece hermanas, pues tiene monopolizado todo el comercio exterior, tanto de importación como de exportación.

Si así fuere (lo que no creo, ni tampoco en el crimen) me convenceria que López es menos malo de lo que lo supongo.

De los tres pretendientes á la *herencia* de Don Estanislao su hermano D. Juan Pablo López (a) Mascarilla, Don Domingo Cullen—español, ministro é íntimo amigo de Lopez, sobre el que tenia gran influencia, asegurándose que lo instigaba á romper con Rozas —y José Maria Echague, apoyado por su hermano el General Pascual Echague, gobernador de Entre Rios) resultó vencedor Mascarilla, por más que Cullen fué nombrado Gobernador por la Sala de Representantes.

Don Juan Pablo, cuando conoció la decisión de la Sala se lanzó á la revolución y se hizo dueño de la situación con el combate del Tala—el dos del corriente—en el que derrotó al Gobernador Prosorio, Don José Elias Galisteo, por renuncia de Cullen en 15 de Setiembre, pues este se dió cuenta que estaba perdido y ausentóse á Cordoba.

En este momento se me acerca el Patrón Bernardo; le pido dos minutos para estar con él

Voy á charlar y veré de sacarle algo de interesante para relatártelo.

Hemos conversado con el Patron Bernardo, ó mejor dicho, el me ha charlado una hora larga sobre sus viajes y especialmente sobre las cosas de esta tierra.

Yo lo he oído entretenido, pues ignoraba mucho de lo que me ha contado y por otra parte era tan agradable la temperatura, ni frio ni calor, un término medio aparente para el más sibarita y que me hacía recordar la impresión que se soporta en invierno al darse un baño tibio de inmersión.

Me parecía estar más liviano, incapaz de creer en el delito ó de cometerlo. con suficiente enerjia para hacer una heroicidad; y para mayor satisfacción la entrada del Sol era magnífica.

Tu no conoces la entrada del Astro—rey en estos parajes sin montañas, ni aun colinas, que lo ves esconderse poco á poco, rojo, sin rayos, como si fuera un disco inmenso de llamas, tornasolando las nubes.

Esta es más grandiosa, más imponente, cuando es en el horizonte del rio donde se efectua. Parece que el disco va sumerjiéndose en el líquido y que apesar de sus dimenciones no es suficiente ese caudal de agua para apagarlo, pues el rojo de la parte superior riela sobre ella y hace creer que este reflejo proviene de la parte sumerjida

Pero vamos á la conversación sostenida con, en estos momentos, mi Señor: El Patrón Bernardo.

Este asegura no importarle nada de política ni meterse ella; pero, por lo que he colejido de su conversación, no ignora el menor acontecimiento y es acerrimo partidario de los Unitarios.

Asegura que "La Gaceta Mercantil" atacando á los franceses y diciendo que ellos quieren conquistar la República hace una estupides, más, una maldad y que estos "negros de gauchos" se lo creen y gastan gustosos su sangre en favor de ese bandido de Rozas.

Por supuesto que esto lo decía en voz baja, co-

mo temeroso y me hizo la salvedad, de tener tales confianzas en vista de mi porte, de que yo no podia ser de "esos perros mashorqueros, sedientos de sangre de jente decente".

—Los Franceses—me decía—quieren que este tirano trate bien á los extranjeros, que venimos á esta prodiga tierra á trabajar, á poblar sus campos inmensos, plenos de riqueza y completamente abandonados. Si Vd. conociera Europa, veria que se llama propietario y es rico quien tiene, en el campo, un cuadrado de cien varas por costado y que los grandes ducados soberanos no tienen mayor extención, que lo que aquí se llama una estancia. Quieren, los Europeos, que sea libre la navegación de los rios, pues este Paraná y ese Uruguay pueden recibir los buques de mayor calado y así no habia necesidad de mandar los frutos á Buenos Aires para que vayan á Europa. Usted va á ver la villa del Rosario, mañana; el barco más grande que navegue á las Indias Orientales puede atracar, sin peligro alguno, á las barrancas donde está situada y las mercaderias se pueden cargar por planchones, á hombro de los estivadores. Si es una cosa maravillosa y solo por el capricho de ese "gaucho" que no entiende más que de bolear avestruces, es menester carros y carretas en el puerto de Buenos Aires para desembarcar la mercaderia de los botes de trasbordo, no del buque de ultramar. ¡Tres operaciones, Señor, costosas y llenas de peligros! Pero no sabe con quienes se ha metido. Ya han empezado. Lo que siento es la sangre que se va á derramar, porque sus paisanos son de arrojo. ¿No es una lástima las pérdidas producidas en Martin Garcia?

—¿Como se ha producido el combate?—le dije—¿tiene noticias fidedignas?

—Sí me contestó Los franceses y orientales bloqueaban Martin García con cuatro grandes buques "Bordelaise", "Vigilant", "Expeditive" y "Ana" y 16 lanchones de los primeros; tres goletas "Loba", "Eufrasia" y "Estrella del Sur", un falucho "Despacho" y siete menores, pertenecientes á los orientales. La isla, al mando del Teniente Coronel Gerónimo Costa, como jefe y como segundo al Inglés Juan B. Thorne, Sargento Mayor, tenia ciento veinticinco hombres de guarnicion, con un cañon de á 24 y dos de á 12. El 11 de este mes hicieron los franceses y orientales un desembarco de 550 hombres; la resistencia fué inútil, el valor y la pericia no suple al número, á la falta de armamento, tanto más cuanto el enemigo no es manco, ni cobarde y es justa su causa. Tuvieron que rendirse, es cierto que en buenas condiciones.

Para que se convensan que los Franceses no hacen la guerra á los Americanos, sino á ese tirano maldito, no pusieron al frente de las tropas de desembarco á franceses, sino á paisanos: á Susviela y Soriano.

Pero estas noticias no las saben la jente del interior; Rozas las hace fabricar á su gusto y condimentadas con "Salvajes Unitarios", "Lomos negros", "Vendidos al oro del francés", "Traidor y asesino Lavalle", "Pardejon Rivera", "Rey guarda chanchos Luis Felipe", "Traidor inmundo Santa Cruz", hace circular falsedades, repartiendo ó haciendo leer la "Gaceta Mercantil" en las postas, cuando llegan los chasques.

Me llaman para comer, prosiguiré esta en el Rosario, si es que llegamos, porque á pesar de las seguridades de Patrón Bernardo no las tengo todas conmigo.

Rosario Jueves 29.

Ayer, poco antes de las doce, he llegado á esta, no

pudiendo escribirte inmediatamente por falta absoluta de tiempo.

¡Que jente tan buena la de este pueblo! ¡Como les estoy de agradecido! No podía haber recibido una acojida mejor.

Don Miguel Grandoli, para quien traia recomendación, me ha llenado de atenciones y para no dejarme nada que desear me ha hecho quedar en su casa; y como es bastante mayor que yo, ya con hijos grandes, me ha presentado á un jóven de mi edad, más ó menos, con quien nos hemos hecho amigos íntimos; se llama Fermin Rodriguez y pertenece á una antigua y respetable familia de esta. Nos tratamos de "tocayo".

Lo que es simpatizar; en dos días hemos intimado, le he hecho conocer nuestro compromiso y te he descrito á él. Te advierto que ello me ha acarreado (hasta cierto punto ¡eh!) un mal; sus hermanas y sus numerosas primas no se preocupan de mí, me tratan como á casado y con toda malicia me han preguntado que tales son las tucumanas y sí hay muchas con el nombre de Isabel.

Con Rodriguez hemos dado vuelta el pueblo, que es mucho más grande y está más adelantado de lo que me imaginaba; me ha nombrado muchas de las niñas que hemos visto y también de Señoras.

Como comprenderás, esos nombres se me han quedado grabados en la mente, pero sin darles la debida ubicación, asi podria decir la Sta de Bayo y resultar que ese nombre correspondía á un Señor, ó vice versa.

Recuerdo, si, los siguientes apellidos, como de familias honestas y que figuran en este pequeño mundo: Rodriguez (el de Fermín, cuyo padre es ciego, siendo huérfano de madre) D. Marcelino Bayo (el Juez de Paz, primera autoridad civil y militar) Carbonell, Ibar-

lucea, López (Español soldado de Waterloo, donde fué derrotado Napoleon Bonaparte. Liberal, fué uno de los sublevados en la expedición que venia contra Chile en 1818 y que se presentaron en Buenos Aires con el buque "Trinidad") Correa, Nicklison, Benegas, Ruiz, Nicolorich, Zamora, Vidal, Esquivel, Ojeda y tantos otros que no recuerdo.

La Villa del Rosario me ha gustado, me ha satisfecho el pueblo en si y la laboriosidad de sus habitantes; se nota más vida, más movimiento, más empeño en prosperar, que entre nosotros. Yo creo que ello proviene de que hay mucho elemento extranjero, que vienen á trabajar y no á vejetar. Las colonias más numerosas son la de españoles, jenoveses y austriacos.

Esta población es de reciente creación; apenas hace algo más de un siglo (en 1725) era esto, campos completamente abandonados por el hombre, solo lo recorrian el ganado vacuno y yeguarizo *alzado*, que se multiplicaba enormenente y los animales de la fauna americana.

En 1725 don Francisco de Godoy con el fin de impedir que un grupo de indios *mansos* de la tribu Calchaqui, fuese exterminada por sus enemigos, – los Guaycurúes—los trasladó al punto donde esta Villa está fundada, bautizando la aldehuela con el nombre de "Concepcíon de Paraná". Su nombre oficial era el de "El pago de los Arroyos", por los muchos que la rodean, entre ellos el de Carcarañál, San Lorenzo, Arroyito, de Frias, Seco, Pavón y del Medio.

Unos años más tarde el cura de la modesta capilla (un rancho más grande que los otros, con dos ombús á su frente) Don Ambrosio de Alzugaray (el primer cura) sabiendo que existia en otro nucleo de población cercana, una imajen de la Virgen del Rosario, hizo la tro-

casen por la de la Concepción, que los Calchaquies poseían y desde que consiguieron trasladar la Virjen, empezo á llamársele "Capilla de Nuestra Señora del Rosario de los Arroyos".

Esto aconteció en 1735 más o menos; pero la imajen que hoy se venera —que encuentro se te parece mucho, es tu cara—no es la de los indios, sino una que fué remitida de Cadiz y que llegó á Buenos Aires en 1773. Su cara es preciosa.

Como siempre, esta imagen ha hecho milagros; no es de los generales: que los bueyes de la carreta no querian arrancar estando la Virjen sobre el vehiculo ó que se quitó del nicho para curar á la poseedora de ella, viejita, encontrandosele, al día siguiente, el ruedo del vestido—no el de la vieja, sino el de la imajen—sucio con el polvo de la habitación; no, aquí han cambiado.

Parece que los Domínicos de Buenos Aires, por el mismo tiempo que el Cura del Rosario, habían encargado una otra Vírgen del Rosario á España y las dos llegaron por el mismo velero y consignadas al Convento. Los Padres—poco quehacer tendrian—quisieron comparar las dos Vírjenes, pero al cajon, de la que se encuentra en esta, no pudieron abrirlo, mientras tanto, llegado aquí fué descubierto sin esfuerzo.

La capilla ha llevado una vida vejetativa, por más que su situación para el comercio es envidiable; así en 1801, según cálculos, tenia 400 habitantes y en el censo de 1815 dió 763. En Enero de 1819 fué incendiado el pueblo por las tropas de Buenos Aires al mando del General Balcarce.

Estas se encontraban sítiadas por las fuerzas del Gobernador López y habiéndose decidido la retirada, en junta de guerra, la soldadesca desbordada dió co-

mienzo al saqueo y para coronar la obra pusieron fuego á los pocos ranchos que formaban el nucleo de la población

Este acto aun lo recuerdan los santafecinos con rencor y no es probable lo olviden en poco tiempo.

Fuera de la iglesia—pequeña, pero muy bonita, estilo griego, con sus columnas doricas, imitando el Paternon, que hace poco se ha concluido bajo la dirección del Arquitecto Norte Americano, Don Timoteo Guillon y situada en la acera Este de la Plaza, en el rincon del Rio, pues el Paraná forma un recodo en esta parte—los demás edificios son de ninguna importancia La casa del Juzgado, con su *mangrullo* (un mirador para poder vigilar á los salvajes y que puede soportar un cañon) y una ó dos casas de dos pisos no tienen particularidad alguna. Lo verdaderamente poblado esta reducido alrededor de la plaza, estendiéndose al Sud una cuadra y al oeste tres, fuera de ese perimetro solo se encuentran ranchos de barro y paja

La población se puede calcular en mil doscientas almas.

A espaldas de la Iglesia, á las dos ó tres cuadras hacia el Este, se encuentran las ruinas de la Bateria "Libertad" que mandó levantar el General D. Manuel Belgrano (el nuestro) por orden de la Junta, para impedir desembarcos de los Españoles que dominaban en Montevideo y hacían escursiones por los Rios Paraná y Uruguay, con el principal fin de conseguir víveres frescos.

Esta bateria tiene la gloria de ser el primer punto al que dió sombra nuestra bandera azul-celeste y blanca.

El 27 de Febrero de 1812 el General Belgrano, que como te he dicho, estaba en comisión para defender

las costas del Paraná de la escuadrilla española, enarboló la bandera patria en ese paraje. teniendo que arrearla días después. por orden de la Junta.

A Don Cosme Maciel, el que me hospedó en Santa Fé, le cupo el honor de producir el primer acto.

Yo deseaba conocer ese sitio—me acompañó el Sr. Grandoli—notandose apenas las señales del fuerte, entre los innumerables sauces, que allí se encuentran.

Esta noche estoy de baile en casa del Receptor de Rentas. D. Fernando Carbonell, pariente de Fermin Rodriguez; ya tengo dos compromisos; con una hermana de Fermin, Maria de los Angeles y con una prima Tomasa Gomez. Con todo, ¡como te voy á extrañar!

¡Que no daria por poder bailar contigo un minué, ese tan esplendipo del Dr. Salustiano Zavalia, tocado por su hermana Cornelia!

Y ahora que recuerdo de nuestro compositor; me he hecho de otro amigo, un jóven músico, oriundo de la bella Napoles, que me tiene encantado. Se llama Manuel Oparzo y no solo es eximio ejecutante en el piano, es tambien compositor. Bajo, regordete, cabellera negra y bigote castaño, mano pequeña, vestido siempre á la ultima, lleno de dijes y amuetos, no le falta el brillante en el meñique, ni el cuernito de coral á que son tan afectos los napolitanos.

Entre las innumerables *chachas* que le cuelgan del reloj, la que más me llamó la atencion, me encantó, es una pequeñísima calavera, que moviéndola saca una lengua delgadita de color rojo fuego, es una miniatura.

Inquieto y ardiente como buen meridional es el don Precíso en todos los bailes.

Sumamente amable ha tenido la esquisita galantería de componer en mi honor una gabota, que es la siguiente:

Chavela

Piccola Gavotta

MANUEL OPARSO

Tempo di Gavotta

Arpeggio largo

Tempo Giusto

rall

ped. × ped. × ped. ×

Adagio

1º Tempo

tre...

largo

1ª Volta

Come prima

2ª Volta

ff. Brillante

tre. Adagio

tri

ff. Brillante

tre

Adagio

tri

1º Tempo

tri.

Adagio

tri.

1º Tempo

tri.

cres.

ff

ff

Come Primo

Tempo Giusto

1º Tempo

cres. ff

ff

La he denominado "Chavela".

Espero la tocarás cuando llegue á esa y ve de hacerla popular sacando copias.

Dice mi buen amigo Oparso que es fácil; lo que yo puedo decir, desde que solo soy "un ciego admirador de la música" es que la encuentro muy bonita.

Se me hace tarde, ha transcurrido mas de una hora, cerca de dos, desde que empese á escribirte y como espero á Rodriguez debo poner punto final.

Manda la adjunta carta al Doctor Avellaneda ó mejor hazlo llamar y se la entregas. Tambien le dices que mañana, sin falta, salgo al aparte, á la estancia de Don Agapito Senturión.

Mis saludos á tus tias y recibe el alma enamorada de tu

PEDRO.

Al día siguiente, á las seis de la mañana, Pedro Rodríguez atravesaba la pequeña y desmantelada plaza del Rosario, jinete en un malacara marca "la parrilla", de don Agap ito Senturion, con el fin de estar à medio día en la estancia de este último, situada en la Provincia de Santa Fé, entre el Arroyo Pavon y el del Medio, al Sud de Puerto Piedras (Santa Fé) y al Norte de San Nicolás (Buenos Aires).

Había dicho en Rosario que el objetívo de su viaje era ver una hacienda, pero el verdadero era cumplir con su misión; verse con un representante de los hacendados del Sud, que conspiraban contra Rozas.

Cuando llegaron aun no se había presentado el enviado de esos, asi, que despues de almorzar y de "hacer una siesta" de dos horas largas, se pusieron bajo el frondoso ombú, que da sombra á la casa, á tomar mate y tratar sobre la vida de campo.

Senturion le hacia conocer los sinsabores, los pelí-

gros y los optimos resultados en ciertas ocasiones de esa vida media nómade y un tanto salvaje; la seca ó las lluvias les hacían cambiar de domicilio y la única ley, el amparo mas seguro, era el trabuco y el puñal.

—Es esa nuestra vida—decía—temiendo los furores de la naturaleza, recelando del vecino, del peon y temblando por la próxima irrupción de los indios. No se puede uno quejar de lo que produce la tierra, pero para obtener resultado no solo es preciso tener capital, trabajar con constancia, sin descanso, personalmente, sino que también lo es tener suerte. Desde el cuatrero que mata una vaca—utilizando únicamente la lengua—ó un potro—á fin de hacer botas—y abandona el resto para solaz de los caranchos y chimangos, hasta los malones de los infieles que arrean con todas las haciendas, saquean é incendian las casas, arrazan las pocas sementeras, cautivan las mujeres y niños, matan los adultos y ancianos, tiene Vd. un rosario de calamidades que acobardan al estanciero, no siendo de las menores, la que podremos llamar *legal*, la que aportan los ejércitos en marcha.... ¿pero que mira con tanta insistencia? ¿Es esa nube de pajarracos que van dando grandes vueltas y formando con su vuelo una figura cónica, como un remolino un embudo alto, cuya parte mas angosta da en la tierra? No se asuste, es algo de muy natural, son caranchos y chimangos que vienen á algún festin: seguramente hay un animal muerto.

—No señor, no es eso—dijo Pedro. Soy entusiasta por las nubes y son tan bellas esas que se ven en el ocaso, de todas dimensiones, con figuras tan raras y con matices tan distintos. Y esto último es lo principal, ¡que colores! ¡qué cambiantes ¿qué pincel podrá copiar ese fondo verdoso, perfectamente marcado, entre esas nubes rojas, púrpura, sangre de toro? No se ve un to-

no azul, ni uno ante, todo verde claro. Y esas opalinas, ese blanco lechoso que ya se le ocurre á uno que es rojo, ya azul. ¡Qué tornasol más espléndido! No me canso, señor, en admirar el cielo; vea esa faja violacea, ¿no parece un lagarto enorme, que va a tragarse esa nubecilla opalina que semeja un pedazo de cuajada, cubierta á medias por el suero y herida por los rayos del sol de la mañana?

—Mi amigo, me ha tocado la parte sensible, soy tambien apasionado por los cambiantes de nuestro cielo en las tardes. ¡Qué tantas veces, al caer ella, cuando me dirijo al *rodeo*, abatido por el silencio de nuestra Pampa, apenas ínterrumpido por los gritos de los teros ó de las lechuzas, la charla de las vizcachas ó el balido de los ovejas, calenturienta mi cabeza; he hecho parar mi caballo y sacándome el sombrero para que el viento fresco disipe en algo ese sopor, me he quedado estático ante el Sol poniente! Vd. lo verá luego; cuando el sol esté ya cubierto, si no hay nubes, tendrá la lucha entre la luz y las tínieblas. La parte del naciente, hasta mas allá del zénit, presentará ya el azul obscuro, casi negro de la noche: siguiendo, tendremos como una faja—imperceptible para nuestra vista donde empieza y donde acaba—azul de prusia, casi morada; despues el azul claro, el celeste y enseguida el verde, el amarillo el naranjado y el rojo. Vd. no puede precisar donde empieza y donde concluyen esos colores, los distingue pero le será imposible marcar, separar un color de otro. Van pasando los momentos y poco á poco, paulatinamente, sín la debida concepcíon del tiempo, Vd. notará que van palideciendo esos matices, que se van obscureciendo y perdiéndose los intermediarios, hasta que de pronto lo hiere la vivísima luz de Venus, la Estrella del Pastor. Ya no se encuentran los colores medios, los compuestos,

solo queda el azul obscuro, que ha triunfado, en parte el verde, tambien obscuro y ya al morir el horizonte una franja grana, que sigue la redondes del sol; son sus últímos destellos, Pero se hace tarde y deseo vea el rodeo; los caballos están ensillados.

Dirigiéronse hacia el palenque; "esa estacada de madera dura, rollisos plantados, que no tienen Vds.— decía Senturion, mientras seguian su camino – y que nos sirve para atar nuestras cabalgaduras y de defensa contra los indíos".

Al montar, Pedro fijóse en la riqueza del *recado*, las riendas con birolas de plata, los estribos del mismo metal, asi como el chapeado de la silla y de las estriberas.

Llamóle la atención las copas del freno, parecíale que no eran solo adornos los dibujos que tenia esculpidos, creía ver letras y acercóse para comprobar, ver si existía alguna inscripción entre las hojas, las rosas y racimos que notaba en la parte exterior, como si fuera una guirnalda de relieve.

Senturion lo notó y le dijo:

--¿Va á ver lo que dice en la copa? Es preciso hacerlo, en caso contrario peligra mi hacienda y mi vida; es el grito fratricida de ese salvaje: ¡Viva la Federacion! ¡Mueran los Unitarios!

A las treinta cuadras *de las casas* se encontraba *el rodeo*.

Era el mas grande del establecimiento y el círculo (mas ó menos perfecto) pisoteado por los animales vacunos con toda frecuencia, por lo que no nacía pasto dentro de él, abarcaba una superficie de algo mas de dos cuadras cuadradas.

—Vds. no tienen esto—dijo Senturion al llegar— por lo que calculo que no debe saber para que sirve.

—No señor, no lo sé—contestó Pedro—á lo menos

yo no recuerdo haber visto algo igual.

—Este es el lugar para recojer la hacienda vacuna y tiene por objeto amansarla, acostumbrarla á ser arreada; impedir se torne bravía, *alzada* y sean animales perdidos. Por otra parte sirve para ver si se encuentran animales enfermos, si faltan algunos, porque los peones notan en medío de los miles de cabezas la ausencia de uno.

Pedro se había quedado absorto contemplando el magnífico cuadro que se le presentaba, cuya figura principal eran esos dos mil animales, de diferentes tamaños y colores; los había blancos, overos, cenisientos, negros, bayos, colorados, que se movian, remolinaban, buscando mayor comodidad.

Los unos bufando, escarban el suelo con sus pezuñas levantando una compacta nube de polvo; otros allí, testus contra testus, los cuernos cruzados, procurando mutuamente hacerse retroceder, dejan colgar hasta el suelo las babas blancas, como delgados copos de algodon; en el medio, unos, que son apretados, sofocados, montan á horcajadas sobre el que tienen delante; y mas acá una vaca, fastidiada, encolerizada con el impertinente y constante ladrido de un perro amarillo, largo, escuálido, de hocico puntiagudo, que por momento parece lobo y en otros perro, con la cabeza gacha lo embiste para enhastarlo y al errar el golpe, dirije el hocico al cielo y llama á su cría, con mujidos lastimosos, que hacen creer son suspiros ciclopeos.

A este maremagnun se agrega la carrera de los caballos, montados por los *mensuales* de la estancia, "gauchos" con su pintoresco traje: *botas de potro* —el cuero de las patas de un animal yeguarizo, sin curtir, apenas sobado, con una sola costura que dá en la planta del pie— atadas bajo la rodilla con un pedazo de cuero de oveja,

sin medias, saliéndole el dedo gordo, por una hendidura dejada á propósito, para calzar en el estribo; su calzoncillo blanco, con fleco, bien almidonado y planchado; su *chiripá*—una manta de colores chillones, cuyas cuatro puntas están sujetas á la cintura, dos adelante y dos atrás, con un tirador de cuero ó una faja, como si fuera una bolsa abierta por los costados—su camiseta de color y en la cabeza una vincha—un gran pañuelo de algodon, atado sobre la frente. un *panzaburro*—sombrero de lana hilada, hecho en el pais, que se desforma al poco tiempo de usarlo, tomando la figura de un cono, como un "apagavelas"—ó una gorra de manga. Y estos gritan, aullan como energúmenos y aun se golpean la boca, al producir en la garganta el fuerte y gutural sonido "gagagagaaa"; para impedir que se separen del grupo un animal mas *bagual* y si ello no es suficiente, uno de estos lanza su corcel en desenfrenada carrera, hasta tomar al toro por la parte posterior con el encuentro del caballo y pechándole lo trae á su puesto; ó si está *curtido*, toma su largo lazo y le echa un *pial*, que que hace hocicar al obsecado.

Y en esas carreras no falta la nota cómica, que algunas veces se transforma en trájica: una rodada.

El caballo ha encajado una de las patas delanteras en una cueva de *quírquincho* y cae apretando al jinete sino es hábil; pero casi siempre este, acostumbrado á tales percances, sale corriendo por sobre las orejas del bruto, hasta terminado el ímpulso que le ha dado la fuerza de la ínercia, en medio de los aplausos, vivas y "ya lo mató" sarcásticos de los espectadores.

La voz de Senturion lo sacó de su contemplación.

—Lo buscan mi amigo Rodriguez—le dijo—es el vendedor de hacienda que espera. Está en las casas.

—Vamos—díjo Pedro—no quiero hacerlo esperar.

Cuando llegaron al poblado Senturion babló en voz baja con la *peona*—la mujer del capataz, la que tambien servía en la estancia—y terminado dijo á Pedro:

—Es su hombre, se halla en el cuarto de material; es mejor estén solos. No olvide el santo y seña; no vaya a confundir con el que trajo de Tucuman.

Pedro penetró en la habitación y se encontró con un joven, un adolescente, representaba de díeciocho á veinte años.

Era mas bien bajo, de ojos claros, vivos, frente ancha y cabellera abundante y castaña, tirando á rubio. Su fisonomía era atrayente y denotaba íntelígencia.

Cubria su traje un *poncho* de vicuña, blanco, dejando ver únicamente sus altas botas de cuero negro.

Este se había puesto de pie y colocado sus manos en la posición que Pedro puso las suyas al entrar; la derecha, abierta, sobre el pecho, á la altura del corazon y la izquierda apoyada sobre la parte externa del muslo izquierdo.

—Es Vd. -dijo Pedro—el recomendado que debía llegar en Abril?

—No—cóntestó el desconocido.

—¿El de Diciembre?

—No, el de Mayo. Libertad....

—O Muerte—y dejando Pedro su actitud, prosiguió acercándose á su interlocutor y estirándole la mano—Un servidor de Vd : Pedro Rodriguez, ¿Quiere sentarse?

—Gracias—contestó el recien llegado, estrechando la mano que se le estendía--Soy José Marmol.

XI

LA VUELTA

Pedro hizo rápidamente su viaje de retorno.

Volvía contento, satisfecho; habia cumplido con su deber y traia una palabra de aliento y un mundo de esperanzas para sus compañeros de causa.

Y mientras galopaba el alazan que montaba, adelantando á Hijínio—que resongaba porque asi iba á "despiar los parejeros", de los que estaba tan orgulloso y eran regalados por Senturion—Pedro imaginaba la patria libre, constituida, una, homojenea, olvidando por un instante el relato de Marmol, que le produjo pavor, pánico, que se sintió achatado, cohibido, incapaz para contrarrestar la influencia de ese Rozas, que habia llegado á aventajar á los tiranos de la antíguedad, alucinando á la hez del pueblo, la que lo rodeaba y amílanando, aterrorizando á las clases elevadas

En esos momentos se encontraba con fuerzas, se creia capaz de ayudar, cooperar al derrocamíento de ese hombre funesto, que sin respeto alguno á todo aquello que el ser humano tiene en mas: su religion, su familia, su nombre, dejaba y ordenaba azotar "damas de estrado", fusilar á impuberes, degollar á sexagenarios, proscribir el color patrio: el azul-celeste.

Marmol le había hecho conocer, con su palabra fácil, galana, llena de colorido, el estado de esa Buenos Aires, que:

"........mas crimenes ha visto.
Que hay vientos en la Pampa y arenas en el mar".

y si en el primer momento lo impresionó y lo hizo desesperar de la suerte de la patria; fuera de esa habitación —casi desmantelada, con su techo bajo y sus paredes blanquedas, donde un candil humeante no alumbraba, apenas si evitaba la lobregues de esa noche tormentosa, en que reunidos con Senturion charlaban sobre los males de la patria—comprendió que unidas las Provincias del Norte y convulsionada Corrientes y Buenos Aires, el derrocamiento del tírano era indudable,

Dominado por tan placenteros ensueños, llegó á Tucuman en la mañana del miércoles 7 de Noviembre y despues de dar cuenta de sus cometidos.—el comercial á su patron y el político al Doctor Avellaneda,—á las once estaba en casa de su Chavela, donde quedó en almorzar, cuando, por un minuto, la saludó y cambió algunas palabras, antes de desensillar.

Pedro la notó mas delgada y ella á él "muy quemado".

Empezó Isabel á relatarle, al pié de la letra, lo acontecido con su padre, haciéndolo sufrir y desesperar por haberse encontrado ausente. "Ese Chatres va á pagar bien los disgustos que has soportado; él es el único culpable y se llevará su correctivo. ¡Veremos si lo libran sus mañas de lós palos que va á recibirse!",

Isabel, entre cuyos sentímientos no se contaba el de la venganza, había ya perdonado y quiso que Pedro procediese de idéntica manera; por ello le rogó encarecidamente olvidase su resentimiento, desde que era mas digno, mas grande el perdon de las injurías; que á lo menos por ella hiciese el sacrificio, "bastante castigado está con el desprecio general".

—Amor mio—dijo Pedro—bastaba que me hubieses insinuado tal deseo para que complacido accediese á tu pedido. No me preocupare de castigar á ese, pero

le haré saber que en adelante se guarde bien de tomar medida alguna que signifique un disgusto pequeño, infimo para tí, porqué de lo contrario yo arreglaré toda la cuenta. Ya es necesario, tambien, que tomemos una decision, es menester que nos casemos, que seamos el uno del otro y por siempre. ¿Que te parece, alma mia?

Isabel había bajado el rostro —para ocultar así su rubor—desde que Pedro dió comienzo á tratar sobre su propósito de pronto enlace.

—Haz lo que quieras Pedro —le contestó—tu voluntad es la mia.

—Gracías vida mia; mañana hablaré á mi padre á fin te pida y señale con tus tias la fecha. Mientras tanto toma este anillo, que para tí compré en el Rosario; que él sea el distintivo de que me perteneces y la prueba de que tengo para ti deberes.

Y tomándole la mano izquierda, en el dedo del corazon le colocó una sortija de oro, ancha, algo pesada, cuya parte superior abarcaba casi toda la falanje.

Figuraba dos ramas de palma arqueadas, que iban gradualmente enanchándose hasta abarcar un ramito redondo, con una flor en el medio que sobresalía; las flores eran díamantes y las hojas de oro. Cerraba el círculo una cinta líza, que tomaba á cada uno de los dos tronquitos con un pequeño moño, de los llamados rosa. En la parte que figuraba cinta, en su exterior, se veian las letras I. O.

—¡Qué lindo Pedro! ¡Cuánto me gusta!—dijo Isabel—pero porqué te has puesto en esto, era bastante regalo el que tu vinieses, que pudiera verte, que estuvieses cerca de mi, para que á más pensaras en traerme un otro presente y tan precioso. Nunca me lo voy á sacar, siempre, siempre lo tendre conmigo. Será mi consuelo, mi compañero, si viajas otra vez.

—Me alegro te haya gustado. Desde el momento que lo ví, pensé traertelo y cuando de vuelta á Rosario, de la estancia del señor Senturion, lo vió un nuevo amigo que tengo—hecho en este viaje; José Marmol aprobó mí proyecto de comprarlo para ti.

—Pero por hablar de mi, no me has contado tu viaje de vuelta. Despues de la carta del Rosario en la que me decias ibas á un baile y al dia siguiente á la estancia, nada sé de lo que te ha acontecido. ¿Quién es ese José Marmol?

Pedró comenzó su relato, hízole conocer su viaje á la estancia de Senturion, sus impresiones—ocultándole únicamente lo que se refería á política—su íntima amistad con Marmol—producida y desarrollada en dos dias—ese poeta en cuya lira vibraba con mas intensidad la cuerda patriótica.

—Es un joven—prosiguió Pedro—tendrá veinte años, cuando mas y ya su alma templada en las desgracias de la patria, ha saturado de entereza su materia, pronta a recibir el martirio ó á afrontar los golpes del combatiente. Es un alma ateníense dentro un cuerpo espartano. Me ha resitado algunas composiciones suyas. Tiene tiernos versos donde campea el mas puro amor y otros tremendos, verdaderos anatemas contra los enemigos de la patria. Va á ser un gran poeta, porque es inteligente y estudioso, sino pierde su vida en estas luchas fratricidas que ensangrientan nuestro pais. Su autor favorito, entre los modernos, en literatura, es Lamartine; me decía que cuando se encontraba aburrido lo primero que tomaba era "Las Meditaciones" de este.

La felicidad sonreia á los dos amantes, asi, no se dieron cuenta de las horas que habían transcurrido, hasta que la tía Seferina les hizo conocer que era necesa-

rio que Pedro se retirase, pues había llegado el momento de la siesta.

Este fuese á su casa y durmió hasta las cinco, dirigiéndose desde allí á la tienda.

En ella encontró que lo esperaban muchos de sus amigos, jóvenes de su edad, entre otros Pedro Alcorta, Miguel Rueda, Domingo Palacio, (estos tres santiagueños) Antonio Maria Juares, Eusebio Rodriguez, Federico Helguera y Benjamin Villafañe.

Venían á felicitarlo y tomar datos sobre los pueblos que había visítado

—Como Vds. han visto—dijo Pedro—mi viaje ha sido rapidísimo. En Santa Fé he estado casi de paso, asi pocas referencias puedo darles, lo que mas he recorrido es la campaña. Vale la pena de ir á trabajar en los alrededores de la Villa del Rosario, que es donde mas me he detenido. Una estancia allí, bien atendida, dará en pocos años una fortuna. Con poca plata se puede empezar. El Rosario tiene mucho porvenir, es magnífico su puerto; allí pueden desembarcarse los productos europeos para las Provincias del Norte y embarcar los nuestros; son sesenta leguas por tierra que nos evitamos. La sociedad es bastante buena; no creia estuviesen tan adelantados. He estado en un baile y me ha satisfecho una costumbre allí existente. No hacen lo que aquí; despues de bailar—entre una y otra pieza—los jóvenes se pasean con las niñas, porque á la verdad, que eso de saltar, hacer las mudanzas y que uno debe sentar á la señorita, sin poder charlarla un rato, es altamente ridículo y tonto. Otra costumbre que debía implantarse aquí, es que las muchachas anden solas por la calle. Allí en las horas de paseo, se juntan dos, tres ó mas niñas y sin empacho alguno dan su vuelta por el recinto edificado.

—Sabes que es magníflca idea dijo Helguera—Ya el otro día hablamos en casa, con mis hermanas, sobre esta ridiculez. Una hermana nuestra puede irse tres ó cuatro leguas, acompañada solamente de un capataz ó un peon; mientras tanto, en la ciudad, no puede ir con una hermana ó una amiga soltera á una cuadra. Es menester hacer correr la voz, para que nos libremos de esa carga, que las hace asemejar - como decía uno de los muchachos, un hermano mio, fastidiado porque debía acompañar á una de las primas—"á las calesas, desde que hay que llevarlas y traerlas".

—Si, es menester concluir con esta antígualla y no es difícil si las muchachas tienen un poco de coraje y se complotan; saliendo tres ó cuatro grupos, la moda se impone y en adelante nadie parará mientes en ello Me han preguntado mucho de aquí. Un señor me habló de la etimología del nombre de nuestra ciudad. Vds saben que entre nosotros corre que este proviene del cacique Tucumanao, muy amigo de los españoles; tambien de las palabras quichuas *tucuiman*, que quiere decir frontera, pues hasta esta provincia llegó el imperio de los incas, *tacomana*, no hay algarroba, ó *tucu-man*, pais de los tucu-tucu. De los dos prímeros parece ser difícil que provengan, pues en ningun otro paraje tenemos un pueblo que haya recibido el nombre de un indio y la frontera del Imperio Incasico, ha llegado hasta el centro de lo que hoy es Provincia de Santa Fé, al Rio Carcarañal — que es el Tercero de Córdoba—y que parece quiere decir: tierra de los Caracaras, *Carcarañaá*. Tanto es así que en las sierras de Córdoba hay innumerables parajes que tienen nombres quichuas como Intihuasi....

—De Inti, Sol y huasi, casa—interrumpiólo Miguel Rueda.

—Pucará: fortaleza ó tierra colorada—prosiguió Pedro

—¡Yo tambien sé quichua! Cosquin: Cuzco nuevo; Ascochingas: perro perdido....

—¿Y porqué no, cueva del perro?—interrumpiólo nuevamente Miguel.

—Aceptado, por no discutir. Los dos segundos son mas probables, desde que en el Norte y en el Sud abunda la algarroba y en los alrededores de esta no se encuentra. Y lo que es pais de nuestra luciérnaga—el tucu-tucu—le viene como de encargo; si aun exísten inmensidades en los bosques, cuando esto estaba despoblado debe haber sido un enjambre, como para impresionar.

—Un momento Pedro—dijo Alcorta—todo lo que has dicho es muy razonable, pero lo de Carcarañal, como dices tu y que otros pronuncian Carcarañá, creo que no. Yo he oido decir que el nombre de ese Rio viene de una tribu de indios que habitaban en sus orillas en la época de la conquista, llamados *Caracaras* y á otras personas que es la contracción de dos palabras guaranies: *Caracará-Añá*, que quiere decir en romance: "Carancho diablo".

—Yo no sé *cumpa*, si es ó no verdad lo que me han dicho, "yo no comento, como me lo contaron cuento".

—La discusion es muy interesante -dijo el Doctor Avellaneda, que hacía rato, sin ser visto por los del grupo, escuchaba la relacion de Pedro—¿Puedo tomar parte?

—¡Como no Doctor!—dijo Rodriguez—así nos ilustrará.

—Gracias por la lisonja—dijo Avellaneda - Deben saber Vds. que el Reverendo Padre Jesuita Pedro Lozano, que visitó estas regiones á mediados del siglo pasado, no opinaba y en muchos puntos con Vd., mi ami.

go Rodriguez. Segun él en Tucuman no dominaron los Peruanos. su nombre lo hace deribar del cacique *Tucma* que era muy poderoso en el Valle de Calchaqui y amigo del Capitan Don Diego de Rojas, que fué el descubridor de esta Provincia en 1543. Finalmente, que era general dar á ciertos parajes el nombre de caciques, añadiéndole la partícula *ahaho*, que quiere decir pueblo en la lengua *kakana*, propia de los calchaquies; asi, señala á Colalahaho, Jaymallaahó. Trae otra versión—que no la acepta—que viene del quichua, de las voces *tucui*, todo; y *mana*, negacion, no, nada; y que se le dió tal nombre porqué el Inca mandó exploradores á estas regiones y como no encontraron metales, usaron esas dos palabras para significar "que todo el pais era napa". Otros dicen que Tucuman viene, tambien del quichua de la palabra compuesta *Tutuc human*, Gobierno del Sud, nombre que dió el Inca Yupanqui, conquistador de estos parajes, á la tribu y su curaca, que los habitaban.

—¿Y Vd. Doctor, cual cree es la mas probable?—dijo Pedro

—Dados los datos del Padre Lozano, que dice que ello consta en los autos, que á mediados del siglo XVI se produjeron, recibos, poderes. testamentos y otros documentos de esa época, opto por la versión del nombre del Cacique, por mas que otros autores aseguran que el cacique *Tucma* ó *Tucumanao* fué posterior á la conquista española y por tanto mal pudo dar su nombre. Debo advertirles que el mismo Padre Lozano, asevera que el Rio Tercero se llama *Carcarañal* por un cacique Timbú, famoso por su poder en esa comarca. ¿Vds. saben que nombre dieron los conquistadores á esta Provincia? El de Nueva Andalucia, pero no pudo conservarse. Diga Rodriguez ¿Santa Fé siempre muy reli-

giosa? ¿Pueden sus hombres asegurar, como en 1825 al primer nuncio apostólico, que en el territorio no existía un solo filósofo impío?

—No he averiguado nada al respecto Doctor. Vd. conoce mis ideas y como Santa Fé tiene nombre de ultramontana, no quise entrar á tratar ese punto.

—Bien hecho, bien hecho Rodriguez—dijo el Doctor Avellaneda—Tengo que ir á casa y como es lástima deshacer la reunión, me permito rogarles que nos dirijamos á ella, donde podremos tomar un sorbete de mora y proseguir nuestra interesante charla.

XII

LOS CONSPIRADORES

En la noche del domingo 11 de Noviembre de 1838, se veia en la sala azul de Don José Manuel Silva, un grupo numeroso de hombres.

Se había reunido de lo mas espectable de Tucuman.

Citados por el Doctor Avellaneda y Don Lucas Zavaleta, á mas de las personas que se hallaron en la botica de Rodriguez la noche del 25 de Setiembre último, habian acudido varios miembros de la Lejislatura, que estaban en desacuerdo con la política del Gobernador Heredia y aun con su vida privada; pero que habian votado pocos dias antes, por su reeleccion durante otro bienio, por no haber madurado un plan y temerosos de dar un paso en falso, desde que carecían de la fuerza bruta.

Los concurrentes habían formado diferentes grupos Aquí tres, trataban sobre el porvenir de la plantación de la caña de azucar. si reinase la paz; allí otros, en el sofá, oían á uno, que de pié, relataba los hechos horrorosos que había acarreado el pánico en el pueblo de Buenos Aires. mas profundo que el soportado en Francia el 93 y en un rincon, apoyados contra los muros, fumando cigarrillos en chala, se discutía sobre el plan mas práctico que se les podia presentar á los emigrados en su cruzada contra Rozas: *salvaban la patria!*

El Doctor Avellaneda, que conversaba con el dueño de casa—su suegro—y con un padre dominico, de hermosa y atrayente presencia, ya entrado en años—había

cumplido cincuenta y uno—y en cuyos grandes ojos negros se notaba la bondad de su alma y la fuerza de su inteligencia: Fray Manuel Pérez, diputado á la Lejislatura; de pronto dijo:

—No les parece suficiente el número, podríamos empezar á tratar sobre el objeto de la reunion.

—Creo muy conveniente—dijo Fray Manuel—tanto más que yo debo retirarme cuanto antes Vd. sabe Doctor, que estoy sujeto á una Regla.

—Señores!—dijo el Doctor Avellaneda, levantando la voz - les ruego quieran sentarse....al rededor de la mesa; vamos á entrar á sesionar. Para Presidente es aparente don Pedro Garmendia y como Secretario el Doctor Brijido Silva.

Aceptadas las proposiciones y hecho el silencio, dijo el Presidente:

—Señores: esta reunion tiene por objeto tomar una resolución respecto á nuestra actitud colectiva en los negocios de la Patria, una vez conocidos los datos que ha recogido el Doctor Avellaneda, encargado en la última reunion para entenderse con el joven Rodriguez, á quien se designó como el mas aparente por su edad y aptitudes para ir al litoral. Así tiene la palabra el Doctor Avellaneda.

—Señores:--díjo Avellaneda—Ante todo es un deber hacer constar que las esperanzas que hemos cifrado en el joven Rodriguez. no han sido defraudadas, ha cumplido debidamente con su mision, pues sin un tropieso, sin despertar sospechas, antes del tiempo que se le fijó, ha estado de vuelta con los datos que necesitábamos. Nuestros temores y aun nuestras aspiraciones son menores que la realidad. Los hechos producidos por el Dictador Rozas son mas atroces de lo que nos hemos imaginado, pero

en compensación la actitud de los pueblos en contra de la ignominiosa tiranía es mas decidida de lo que creiamos. Me es satisfactorio poderos asegurar, señores, que el fuego sagrado que encendió el pueblo de Mayo, aun hace chisporrotear en nuestros hermanos del Sud, el amor á la libertad.

Buenos Aires, la cuna de nuestra índependencia, está dispuesta, pronta para dar el grito que ha de romper las ligaduras de cuero sobado que le ha ceñido el potro alzado, pampeano, como supo hacer trizas las ferreas cadenas que le remachó el leon ibero No son sueños, no son ilusiones, como se ha tachado ser lo único que abrigo, son hechos reales. partes fidedignos, es la palabra que ha traido nuestro enviado.

Está próxima la hora en que se produzca un levantamiento casi general y es menester que las Provincias del Norte cooperen á que ese movimiento tenga el éxito ansiado: espulsar al tirano que ha tomado por asalto la gobernacion de Buenos Aires y la representacion de las Provincias de la Confederacion. Es sabida la actitud del Rey de los Franceses, el bloqueo es un hecho, ha sido tomada á viva fuerza Martin Garcia La Banda Oriental es ya líbre, *sui juris*, ha podido, mas feliz que nuestra patria. sacudir el yugo del tiranuelo que la desprestigiaba: Manuel Oribe ha desembarcado el 25 del mes pasado en Buenos Aires, corrido por los líbertadores de Montevideo. No son menos halagueñas las noticias que se han recibido de Buenos Aires, Corrientes y Córdoba. En la primera los jóvenes de la *Asociacion de Mayo* han decidido tomar participacion directa y activa contra el Dictador; un jefe de valór, con vinculaciones estrechas á un magnate, está dispuesto á responder al primer llamado con la tropa á su mando y varios hacendados del Sud de esa Provincia preparados para

coadyuvar á este movimiento, que debe estallar una vez que nuestro ínclito campeon, el General Lavalle, píse tierra en la campaña de Buenos Aires, al frente de su ejército. La Comision Argentina en Montevideo prepara el plan y va acaparando, dia á dia, mayores elementos para que esta cruzada libertadora nos traiga, sin mayores perturbaciones, con el menor derramamíento de sangre, la ansiada libertad que nos corresponde. En Corrientes todo está preparado, solo falta que se dé la orden y el Gobernador, Don Genaro Beron de Astrada, está dispuesto á retirar los poderes á Rozas y ponerse al frente de la reacción. Las cintas de la máscara que debe usar, para mayor seguridad del acto, están desprendidas, solo falta abrir la mano que las sostiene. En Cordoba, un ex-gobernador, hombre de talla; enemigo declarado de Rozas prepara elementos para arrojar á Manuel López —Quebracho—y permitir que siga la huella de tan loable propósito, ese pueblo que supo castigar la osadía de los tiranuelos del interior en Oncativo y La Tablada. ¿Es posible, que impávidos, sin que un músculo se nos mueva, sín que un hombre empuñe un arma, esperemos nos regalen la libertad? ¿Preferiremos la sibarítica esclavitud á los halagos de la libertad, aunque ellos sean turbulentos? ¿Podremos, sin rubor, sin hacer el menor sacrificío, con todo egoismo, recibir la limosna que nos van á dar nuestros hermanos, á costa de su sangre y de sus bienes? No, no y mil veces no! Debemos y hemos de cooperar á que el Sol Argentino, con sus vividos rayos, el de medio dia, ilumine la faja blanca y las dos azul-celeste de nuestra bandera, e pulsando la ilegal, la clandestina, que nos ha impuesto subrepticiamente ese tirano y que se puede señalarla como la alegoria de su alma, negra, tenebrosa, inhumana: el sol rojo del oca-

so, que va escondiéndose rodeado de nubes tormentosas

Fué un murmullo, pero tan unánime, que semejó un estruendo y sorprendió á sus autores:

—Bien, muy bien!—se oyó.

—Si, si señores, que no tengamos que avergonzarnos mañana; Tucuman debe tomar su puesto: á la vanguardia, pero ello no podrá acontecer, si se encuentra á su frente, un gobernante como el General Heredia.

Sintióse un movimiento rumoroso, que interrumpió al orador, eran muchos de los cercanos al gobernador, que aun no deseaban romper ostensiblemente con él. Terminado éste, que fué pasajero, prosiguió el Doctor Avellaneda.

—Es menester hablar claro, si no hoy, cuanto antes posible debemos decirlo alto, á gritos, para que lo oiga el pueblo, que ya está desengañado con este mandon inaguantable y tambien, si se quiere, irresponsable, no es su voluntad la que dirije sus actos, es la bebida.

No es ya el ilustre ciudadano, al que hemos rodeado ayer, porque se preocupaba de la cosa pública, del bien y del adelanto de su pueblo, que se aconsejaba de sus amigos; hoy solo ansia el derecho de alcabala, los bienes mostrencos y los impuestos, para poder revolcarse, como el mas desgraciado de nuestros cholos, por los efectos del alcohol. Ese militar de nuestra independencia, ese caballero galante, ese hombre educado se presenta hoy en nuestros bailes ébrio, hace á un lado todas las conveniencias sociales y no trepida en faltar á una dama ó en abofetear á un soldado de la patria! No podemos, no debemos soportarlo mas. Es menester, señores, darse cuenta que aun tiene supeditadas á tres provincias—Salta, Jujuy y Catamarca—que anhelan librarse de él y de ese aborto de la naturaleza, de ese ser

con figura humana, que ha renegado hasta de su nombre, que tiene aterrorizado á Buenos Aires, que castiga, que proscribe, que confisca y que mata por capricho, para hacerse respetar, de ese Neron Argentino, cuyos crímenes han llegado á espantar á las naciones europeas y se llama Juan Manuel Rozas. En las provincias hermanas se encuentran hombres de corazon que están dispuestos á sacrificar sus vidas y haciendas en pró de la libertad, para que tengamos Constitucion y que sea ella respetada!

He concluido la misión que se me confió y solo pido que se atienda mi ruego, que se discuta mi propuesta: obtener nuestra libertad, usando de todos los medios á nuestro alcance, que no estén en pugna con la humanidad y el derecho de jentes. He dicho.

—Bien, muy bien - fué la respuesta que casi unánimemente recibió, oyéndose aplausos apagados, pero que se prolongaron.

Reinó un momento de silencio; el Doctor Prudencio J. Gramajo se levantó del sofá y haciendo como un saludo, doblando la espina dorsal y adelantando algo la cabeza dijo:

—Señor Presidente, solicito la palabra.

—Puede hablar Doctor. Quédese con comodídad, siéntese.

—Señores: He oido las inspiradas palabras de nuestro amigo el ilustrado Doctor Avellaneda y su discurso me ha satisfecho plenamente como pieza literaria y patriótica, pero es de mi deber hacer constar que fatalmente no me ha convencido de la necesidad ineludible de embarcarnos en una débil barca, mal construida, sin timonel reconocido y en un día de tormenta deshecha. El asegura que lo han tíldado de poeta, de soñador; no no lo sé, pero declaro que no me halaga hacer de Quijo-

te, entrar y comprometer á mis amigos en una revolución ó en una rebelion, por solo tener la vanidad de decir, que no me regalaron la libertad! Pido escusas al Doctor Avellaneda, pero mi norma es la verdad, por dura que sea ella, ¡Un levantamiento! ¿Qué nos resultará de ello? Una revolucion si triunfamos; un motin si somos vencidos. ¿Qué nos acarreará? La anarquía en el primer caso, el cadalso en el segundo. No, no señores, antes de dar paso tan trascendental es menester madurarlo, pesarlo, alambicarlo; de lo contrario iremos de mal en peor, en vez de adelantar, retrocederemos, sea cual sea el resultado; triunfando tendremos el año 20, vencidos el 31. No es posible tomar medida tan radical sin saber á ciencia cierta cuales son los elementos con que contamos: ¿cuántos jefes, cuántos soldados, cuántas armas, cuántos cartuchos? ¿Qué gobierno tendremos? ¿Quién será ó quienes serán los hombres que han de estar al frente de la República en el primer momento? Son estas, cuestiones complejas que de previo conocimiento deben resolverse, mientras tanto el ilustre doctor Avellaneda no nos las ha hecho conocer. Levantarse porqué sí, porqué han venido partes o cuentos en ese sentido, no es acto de hombres formales; es de muchachos de veinte años, en cuyas cabezas solo se anidan sueños color de rosa, que se desvanecen como el colorido de las finas y pintadas alas de esas lindas mariposas, al contacto de los dedos de sus admiradores, bastante crédul s para no ver que solo libre, no teniendo reatos, puede conservar esa riqueza la transformada oruga. Tales sueños, estos proyectos, son muy viables, perfectamente factibles, por otra parte, no teniendo oposición, no existiendo fuerzas que puedan ahogar el movimiento en sus primeras manífestaciones. Yo lo he

dicho en otras ocasiones, es un crimen levantarnos hoy, sin tener completa seguridad de triunfar en toda linea, pues una revolucion reprimida afianza en el poder al tirano Mi opinion es que por hoy no se dé paso alguno en el sentido de convulsionar el pais, tanto mas que nada de seguro hay de lo que nos ha hecho conocer el Doctor Avellaneda. He dicho.

Como acontecía siempre, con los discursos del Dr. Gramajo—pronunciado con toda frialdad, como si estuviese dictando una clase, recalcando las palabras en rebusca de efecto y con ademanes teatrales este impresionó á los oyentes, desvaneciéndose el ardor que había dejado el del Doctor Avellaneda.

El grupo que dirijían los Doctores Gramajo y Zavalía dejaron conocer en sus rostros la satisfaccion que les había producido estas sensatas, aunque camanduleras frases y contaron con seguridad que triunfaría la idea que en ellas se propiciaba.

Los indecisos, que formaban la mayoría,daban muestras de inclinarse á este lado, lo que alarmó al Doctor Avellaneda y más cuando noto que los de su bando se encontraban abatidos, cariacontecidos, como si vieran segura la derrota; asi decidió tomar nuevamente la palabra, irse al fondo del asunto, dar plena luz en todas las cuestiones que había dejado en la penumbra y sin mayores preámbulos, á raíz de su peroración, pedir la votación, pero fué aventajado por el Coronel Don Ignacio Murga, quien -una vez que le fué concedida la palabra—dijo·

—Señores: Cálculo que nos hemos reunido para que cada uno dé su opinion, sino está conforme con las ideas que han presentado los que hablaron antes. Yo no soy orador; no se manejar la palabra como los Doctores Avellaneda y Gramajo, ni cosa que se le pa-

rezca, pero en estas cuestiones me parece que no solo vale el consejo presentado con flores de retórica y debido á estudios concienzudos, sino que tambien es preciso mostrar lo que quiere el pueblo y lo que él puede. Modesto soldado de la patria, solo me es dado ofrecer mi brazo y mi espada en el momento de operar contra el enemigo, pero como parte de ese todo-nadie que es el pueblo-soberano, debo tomar parte en el debate, no á terciar, pues no me encuentro competente para ello, sino a dar datos, quizás interesantes y aun necesarios para los mas competentes, que han de dirijir la opinion y resolver sobre la actitud que vamos á guardar.

Yo creo, señores, que el momento oportuno para obrar ha llegado; es difícil se presente ocasion mas favorable. Hemos oido que la reacción contra Rozas se presenta en todas partes; que una nacion poderosa como es el Reino de Francia, no solo propicia el movimiento, sino que coadyuva con su influencia, con sus elementos de guerra, con la sangre de sus hijos; que los Orientales están con nosotros; que en el Sud todo está preparado; entonces, ¿qué esperamos? ¿Que sean sacrificados esos por falta de nuestra cooperacion? Si se encierra al enemigo, si se le acosa por todas partes, es mas fácil el triunfo; pero si lo dejamos que se bata parcialmente, es brindarle la victoria. El desideratum en la guerra es impedir la reconcentración del contrario; poder dar la batalla ó el combate en detalle, antes que pueda presentar grandes unidades. Entonces es el momento oportuno para acudir á las armas y Tucuman, señores, pesa mucho en la balanza, no solo porque cuenta como aliadas á Salta, Jujuy y Catamarca, sino porque tiene el armamento del ejército de operaciones contra Santa Cruz y los batallones ya formados con el mismo fin. Yo voy á ser mas franco que el Doctor

Avellaneda, voy á dar luz en los puntos que él ha dejado obscuros. Ese jefe de valor, con vinculaciones á un magnate, es el Coronel Ramon Maza, hijo del Presidente de la Lejislatura de Buenos Aires, el Doctor Manuel Maza: los estancieros del Sur, es la mayoria de los potentados de esa parte de la misma Provincia y entre ellos se encuentran los Ramos Mejía, Castelli, Cramer, Gandara, Rico, Lastra y Miguens. Don Domingo Cullen es el ex-gobernador que prepara la revolucion en Córdoba. Es el Doctor Elias Bedoya, quien va á propagar el alzamiento en Salta y Jujuy, ayudado por el coronel Miguel Puch. No son niños, no son poetas, entonces, los que están al frente de estos trabajos, son hombres de corazon, que tienen mucho que perder en caso adverso! Que se separen los que tienen miedo y adelante los que quieran: "Libertad ó muerte".

Un tumulto se produjo, aun antes de que Murga pronunciase las tres últimas palabras, el lema de la cruzada contra Rozas. Los conservadores protestaban, los radicales aplaudian. nadie se entendía, ni se escuchaba al Presidente; la escena tomaba un mal cariz, parecía ínminente lo de siempre, cuando se reunían los contrarios de Rozas. Aquello se hubiera tornado en un campo de Agramante, sin la oportuna y prudente intervención de Fray Manuel Pérez.

Habíase parado y su figura gallarda, parecía mas imponente por su amplio traje sacerdotal, blanco y negro, y las mangas anchas, que semejaban las alas de un ángel al tener levantados sus brazos en señal de pedir silencio.

—¡Paz y concordia! exclamó con fuerte voz.

El efecto fué inmediato; se hizo el silencio y el presidente, rápidamente, notando la oportunidad de traer la calma y valido de la tregua, consideró prudente decir:

—Tiene la palabra Fray Manuel Pérez.

Este no objetó tal decision y sin escitar dijo:

—Señores: La ley mosaica, dictada casi á raiz de la injuria hecha por Adan y Eva á su Creador, aceptaba la venganza, la devolucion de la ínjuria por la injuria, prescribia "ojo por ojo y diente por diente". Vino nuestro Salvador á sufrír por nosotros, á morir en, hasta ese entonces, ignominioso cadalso para redimirnos, solo por amor á la humanidad y proscribió el rencor, alentó el amor y el perdon y al borrar con su divino acto esa frase, que respira la pasion del odio feroz, donde predomina el instinto animal; en letras de oro, de díamantes, de luz imperecedera, colocó á su vez las divinas palabras: "A tu prójimo como á ti mismo", que es el himno mas grandioso que pueda darse en aras del amor, la concordia y la paz que debe reinar en este valle de lágrimas, pasajera morada del hombre. He oido, señores, á los que me han precedido en la palabra, conceptos mas ó menos lógicos en pró de una revolucion, que ha de librarnos de este hermano descarriado, obsecado, en cuya alma—perdida en manos de Satan—no tiene eco la voz divina de su Creador y de su Salvador y solo da oído á los fatales consejos del Angel Caido. Yo nada voy á observar respecto á los medios, soy Soldado de Paz; la consigna en mis filas es: perdona á tu enemigo; "Si alguien te hiriera en la mejilla izquierda, pon la derecha"; pero si nuestro Amado Jesús nos ha dejado en la tierra la mision de cuidar sus muy queridas ovejas, es menester que como pastores las preservemos del lobo y del incendio, de Satanás y de los malos gobernantes; porqué los actos de estos pueden enloquecerlas y hacerlas que huyan del redil para no volver, quizás, jamás. Es esto lo que me ha traido á esta reunion, mas que mi cargo de diputado y por ello voy á dar, á grandes ras-

gos, mi opinion. Ese hermano descarriado, Rozas, encontrandose aislado se verá obligado á renunciar, no ha de pretender moverse en el vacio; entonces, busquemos al General Heredia, hablémosle del deseo de los pueblos, procuremos convencerlo y que él se retire de Rozas No es, señores, un ensueño esta insinuación, ya he hablado algo, muy por encima, es cíerto, con el Señor Gobernador y creo firmemente que no será tiempo perdido. Propongo, así, se nombre una comisíon para que se apersone al Gobernador y se le haga conocer estos propositos. He dicho.

Fué unánime la exclamacion: Apoyado! Apoyado!

--Señores—dijo el Presidente—Veo con inmenso placer que ha satisfecho la proposicion de Fray Manuel Pérez; mas de uno sabe que el General Heredia hace tiempo fluctúa; si se le lleva de frente un ataque de este jenero, creo lo tendremos á nuestro favor y el......

—Que se le vea antes que se *mache*—se oyó; quedando en el misterio quien fué el interruptor.

—Calma, señores, con insultos no ganaremos la partida - prosiguió el Presidente—Bien, como esta medida llena las aspiraciones de todos, no hay discusion al respecto, es menester se nombre la comision que ha de ver al General Heredia y se decida cuando procederá èlla á su cometido.

—Mañana temprano sale el Gobernador para su finca "La Arcadia"—dijo el Doctor Zavalía—asi es difícil verlo antes de 10 ó 15 dias.

—Es esto mejor—dijo el Doctor Avellaneda—Se lo verá en Lules—y deteniéndose un instante, prosiguió con tono agitado, dirigiéndose á Zavalía—¿Estás seguro Salustiano, que sale mañana? ¿A qué hora?

—Completamente seguro; saldrá á las 8 de la mañana.

—Entonces, señores, me perdonarán que los deje, debo hacer algo muy urgente, ineludible, á fin de evitar una catástrofe.

—Puede retirarse; mientras tanto se procederá á designar las personas que han de apersonarse al General Heredia—dijo el Presidente.

Reino un momento de silencio; pensaban respecto á la inesperada salida de Avellaneda.

¿Qué habrá? El señor Sílva averiguó á su hijo, este le contestó que no sabia, que no pudo entender bien lo que dijo Avellaneda, pues no quiso detenerse, pero que le oyo les nombres de Heredia y Robles.

Momentos despues dijo el Doctor Gramajo:

—Lo mas prudente es que el señor Presidente los designe; yo creo que cinco personas bastarían y que ese nombramiento se haga en el dia de mañana. El llanto sobre el difunto.

Aceptada esa propuesta, se dio por terminada la reunion; y á la media hora no quedaba persona extraña en casa del Señor Silva.

Mientras tanto el Doctor Avellaneda habíase dirigido á la casa donde paraba Paliza, que había llegado esa tarde trayéndole un mensaje de Robles: le daba cita para el día siguiente en "El Manantial".

Como no lo encontrase fué á buscar á Casas. Ordenó á este que á la mañana siguiente, bien temprano, saliese para Lules, á casa de Paliza y dijese á Robles que no viniese ese dia, que se escondiese, pues Heredia salia temprano para "La Arcadia"; que prorrogase su entrevista por unos dias.

—Doctor—dijo Casas estoy á pie, justamente hoy he prestado el caballo.

—Por eso no deje de ir, vaya á casa y que le den el mio. El negro no se lo va á negar y en último caso que

me hable. Aunque esté muriendose no deje de hacer lo que le digo, mire que corre inminente peligro la vida de Robles.

Cuando se retiró Avellaneda, Casas fuése en busca de Palíza, lo encontró en casa de Aurorita.

Le hizo conocer la orden que había recibido y convinieron en ir juntos, para lo que dórmirían en la misma casa.

A las cinco de la mañana estaban en pie los amígos y despues de tomar unos mates, fuése Palíza á buscar su caballo y Casas el del Doctor Avellaneda, quedando en juntarse en casa del segundo.

A la media hora estaba de vuelta Paliza, á pie, su caballo se había enfermado; Casas aun no habia vuelto, esperó otra media y recien llegó este, furioso, echando maldiciones; el negro no quería entregar el caballo, porque el Doctor Avellaneda le había encargado, en la tarde anterior, lo tuviese preparado para las ocho, que debía salir para "El Manantial" y tampoco quería recordarlo. Ni súplicas, ni amenazas habían surtido efecto. Paliza le insinuó fuesen juntos y procurasen ver una persona de la familia que recordase al Doctor Avellaneda.

Hecho ello consiguieron la entrega del caballo; eran cerca de las siete; habían perdido un tiempo precioso y bien podía tomar Robles el camino menos concurrido, así era preciso que fueran los dos, para seguir uno el general y otro el atravieso.

¿Dónde sacar caballo para Paliza?

Finalmente resolvieron el problema.

—Me sacará del apuro Agustín Sal; mi parientito no me ha de negar su colorado—dijo Paliza.

Allí se les presentó otro inconveniente. Agustin

Sal no se había levantado y la madre no quería entregar el caballo.

Fué necesario sendos discursos para conseguirlo, á las ocho recien podían ponerse en marcha.

Pasaron por frente de la casa de Heredia, allí se encontraba la galera que usaba el Gobernador para sus viajes al campo.

Pusieron sus caballos al galope y á las tres leguas encontráronse con Robles y Uriarte.

Casas dió al primero el mensaje del Doctor Avellaneda, haciéndole saber que había visto el carruaje de Heredia, como si estuviese preparado para hacer un viaje al campo.

—¿Es decir, que dentro unos momentos puedo tener en mis manos al indio Heredia?—dijo con rabia, sonriéndose ferozmente Robles—¿Y el doctor Avellaneda me encarga que me esconda? No, no y no; hoy se cumple mi venganza. Vamos en direccion á la ciudad.

Y despues de comprobar el estado de su trabuco. de los llamados naranjeros, que llevaba á un costado y ver si corría bien la espada, sin hacer caso de los consejos y las objecciones de sus amigos, dirigióse hacia la ciudad al paso natural de su cabalgadura, "para no cansar el pasajero, por sí acaso".

Habrían andado diez cuadras y debían entrar al Monte del Cerro, cuando de improviso detúvose Robles y dijo:

—Aquí quiero esperarlo, por este camino debe pasar. Hoy va á saber quien es el Comandante Gabino Robles. ¡Que espere! ¿Pero no saben esos señores de pluma, que todavía me duele? ¡Canalla! ¡Cobarde! Perro, perro!

Y al oir que sus amigos le aconsejaban prudencia; que podía ser inútil todo, dada la escolta numerosa que

pudíera traer; con inquina, como con desprecio les dijo:

--Si tienen miedo, déjenme solo, pueden esconderse, les garanto que hoy lo mato, aunque despues me hagan *chatasca*.

—Comandante Robles—dijo Uriarte--es una ofensa la que Vd. nos hace. Nunca nos vió cobardes. Los compañeros hacen una observacíon; si Vd. está decidido, no quiere oir razones, se empeña en vengarse hoy, no lo abandonaremos Le hemos prometido acompañarlo. ¡Ordene y cumpliremos! ¿No es verdad señores?

—Acepto compañeros; gracias y perdónenme, No esperaba menos de Vds. Mi plan es sencillo. Vds. dos, Paliza y Uriarse, detienen la galera; no pueden ser mas de cuatro los postillones, los dos de atras que sean amenazados por el primero, á los dos de adelante el segundo; si fueran tres, Paliza se ocupa solo de uno. Vd Casas avanza sobre la portezuela que dá al Naciente y á boca de jarro, para no errar, hace fuego sobre la persona que ocupa el asiento de ese costado, yo me encargo de la que va en el del poniente, en el de honor debe venir el indio. Hay que matar á Heredia, el que lo consiga, debe dar el grito: ¡Ya sucumbió el tirano! Si viene con escolta, despues de muerto, pelear en retirada. Ahora Casas, va.a en descubierta, fijese bien y traiga noticias ciertas.

Fuese el indicado; á los pocos minutos estaba de vuelta.

--Vienen pisándome los garrones—dijo con voz rápida, baja.--¿O en el ruido de las ruedas? Cuatro postillones. Sin escolta.

No pudo proseguir; Robles agitado, nervioso, le cortó la palabra

—Cada uno á su puesto –dijo—y á no errar Casas

XIII

LA TRAJEDIA DE LULES

El General Heredia había pasado un día de fastidio; ese Domingo fué eterno para él, no quería beber, pues decidió irse á "La Arcadia" al dia siguiente y deseaba tener bien su estómago.

Quedó solo y púsose á revísar su cuenta corriente con don Juan B. Bergeire, con quien tenía sus mayores negocios.

No estaba contento como seguían estos; veia claramente que su cacareada fortuna no solo no era grande ni siquiera era fortuna; una desgracia y dejaba en la calle á su familia.

Era menester preocuparse de esos "otros yo", que faltando él debian empezar la lucha por la vida y en condicíones desventajosas.

¡Se crean, aun sín culpa, tantos odios los gobernantes! Razonando veia que tomaba mal rumbo, debía, una vez por todas, dejar ese vicio denigrante, que lo ponía á merced del mas infeliz y de cualquier pasion.

Y el alcohol lo transformaba en guarango, soez, lo hacia irascible, pendenciero y recordando de hechos históricos, causados por la ebriedad, venia á su mente la injusta muerte que dio Alejandro el Grande á Clito

El tambien había cometido torpeza tan crasa!

Y se le presentaba el hecho producido mes y medio antes, cuyo recuerdo no conservaba bien, como si fuera un sueño ó lo hubiese visto á través de un velo.

—¿Porqué injurié tan gravemente á Robles?—se decia

Le pesaba íntimamente ese acto. Si era hombre de él; Robles se hubiera hecho matar defendiéndolo y en un rato de ira, dominado por el alcohol le dió de cachetadas! "¡Qué bárbaro! ¡qué bárbaro he sido! He cometido la torpeza mas incomprensible, me he enajenado un amigo, sin motivo, sin objeto alguno Y es de agallas! no debo descuidarme con él. Si pudiera hacerlo amigo haria un sacrificío. Le daría lo que me pidiese".

Y al recordar el poder omnímodo que tenía, su imaginacion fué á revolotear al rededor de la cosa pública.

Estaba cansado de Rozas.

"Soy federal neto—se decia—y este solo tiene como bandera, para sus propósitos, el nombre de Federación, es unitario en el hecho; hace y deshace á su antojo los negocios de las provincias, á las que sitia por hambre".

El no dudaba. Rozas había tenido parte directa activa en la muerte de Quiroga; le incomodaba ese Riojano tremendo, que lo insultó personalmente, frente á frente y que exigia constitucion. Lo que es á Cullen en Santa Fé, fué él quien lo eliminó; Mascarilla era incapaz de hacer algo que sirviera; el *godo* le hacia sombra, roncha.

¿No le tocaría el turno? ¿No vendría mañana un Santos Pérez ó una revuelta?

Si lo acompañase el pueblo en esos momentos, en que Rozas temblaba, él se pondría gustoso al frente de la reaccion y secaba en una cárcel—no quería mas sangre, bastante, demasiado se había derramado—á ese gaucho cobarde, *cuerpeador* y sanguinario. No podía trepidar entre Lavalle y Rozas. Mil veces el primero,

sí venia, como prometia, con el propósito de dejar libres á los pueblos para que se díeran la constitución que deseasen Aunque era el asesino de Dorrego—su compañero del año XII, quizas el verdadero vencedor en la batalla del 24 de Setiembre—y le dolia aliarse á él, debía aceptarlo, desde que "á grandes males, grandes remedios", tanto mas que el uno declaraba haber errado, que se equivocó, que estaba arrepentido; mientras que el otro seguia con sus crímenes.

Oyó que golpeaban la puerta y malhumorado con la interrupcion dijo:

—¿Qué hay? ¿No he dicho que no me incomoden?

—Exmo. Señor—dijo desde afuera su edecan, el comandante Neirot, quien se había atufado con la contestacion—es el Señor Jefe de Policia, que desea hablar con urgencia á V. E.

—Que pase—contestó Heredía.

—Buenas noches Señor Gobernador—dijo Octavio Paz, entrando—Escúseme lo haya incomodado, pero tengo dos noticias ímportantes y urgentes que darle y no quiero pase esta noche sin que V. E. las conozca. Una de ellas la relata este anónimo, que dice: "Señor jefe de Policia: Procure que el Gobernador no salga mañana para su finca, corre peligro su vida ".

—¿Quiere pasármelo?—dijo Heredia y así que lo tuvo en sus manos y lo leyó dos veces, prosiguió—¿Cree Vd. sério esto? ¿Quién calcula sea su autor?

Yo no le doy mayor importancia; hay tanto travieso; nos hemos llevado bastantes chascos; hice un papel tan desairado con el sumario á Pedro José Frias ó sea Clemente Echegaray; con lo de Robles....

—Hágame el servicio de no nombrármelo—lo ínterrumpió Heredia No es por miedo, no se crea, es por remordimiento; me porté muy mal con él. Prosiga.

—Yo creo es una broma y que han querido imitar la letra del Doctor Avellaneda. Me parece, tambien, que aquí anda la mano del loco Torres

—No, no creo que se anime á tanto. Hay que averiguar y si es él, le garanto que voy á hacer un ejemplar. ¿Cuál es la otra?

—Esta noche ha tenido lugar una reunion política en casa de don José Manuel Silva y parece que por indicacion de Fray Manuel Pérez se va á nombrar una comision, para que vea á V. E. á fin se pronuncie contra el Ilustre Restaurador de las Leyes, General Don Juan Manuel Rozas.

—¡No diga!—dijo Heredia, levantándose é iluminándosele el rostro con la satisfacccion y el contento—Cuente, mi amigo, con detalles, con detalles

Paz se quedó un momento perplejo. ¿Que era eso? En vez de tomar á mal esa reunion, de dictar medidas contra los asistentes, parecía que la noticia le habia satisfecho. "¿Qué hay? ¡Ojo!—se dijo y empezó á relatar todolo acontecido, con muy pocas varíantes de la verdad.

Cuando concluyó díjole Heredia:

—Bien, muy bien Mañana temprano me voy. Haga lo posible para que esa comision me vea cuanto antes; sino lo designan á Fray Manuel, dígale, que le pido yo acompañe á los elejidos. Respecto á que mi vida corre peligro, no lo creo; pero, "como hombre prevenido, nunca fué vencido", en vez de ir solo con José Manuel; haré que me sirva de escolta Neirot y dos soldados. Asi con los cuatro postillones seremos nueve. Puede retirarse y diga á Neirot que venga.

Una vez que dió sus órdenes á Neirot, Heredia se acostó y á las siete y medía de la mañana estaba levantado.

Despues de tomar el chocolate y tratar de diversos asuntos con el Doctor Juan Bautista Paz, su Ministro general, que quedaba de Gobernador delegado en su ausencia, subió á la galera, siguiéndole su escribiente José Manuel Leri.

Neirot y los dôs soldados montaron y se dió la orden de marcha. Eran las ocho y cuarto.

Tomaron por la calle de San Francisco, con direccion al cerro, hasta las quintas, dando con el camino de "El Manantial", el que siguieron, pasaron el puente y al llegar al arroyo pantanoso, lo costearon, hasta dar con el vado que se encuentra á las tres cuadras.

Heredia se había levantado con excelente humor, que lo avivaba mas tan hermosa mañana.

El dia iba ser caluroso; el sol picaba, pero hacía olvidar el inminente peligro, las galas de la naturaleza, en pleno vigor.

Presentaban árboles y plantas ese verde-azulado, que solo se distingue en Tucumán, salpicados por las flores de las enredaderas que ostentaban distintos matices; y el aire enrarecido, saturado por la fragancia de los azahares, aromos y jazmines mareaba, llegando á ser hasta fastidioso.

Los pajaros trinaban, saltaban, se lanzaban al espacio y las mariposas, que se veian como nubes, blancas y obscuras, pequeñas y grandes, no estaban quietas, revoloteando al rededor de una flor, aquellas persiguiéndose y otras sobre las hojas, agitando sus alas; hasta la tierra parecía querer tomar parte en este desasosiego, en esta alegría: el polvo era insoportable, cubría hombres, bestias y vehículos.

Pasado el vado, Neirot—que iba sofocado con el polvo—ordenó á sus dos soldados que se detuvíesen; quería dejar que se adelantase la galera una cuadra y

asi poder ir al trote corto, silvando una vidalita y soñando con los bosques de algarrobos de su Provincia.

Heredia charlaba con Leri.

Recordaba esa madrugada del 9 de Enero, en la que por defender los restos del ejército de la patria al mando del General Francisco Fernández de la Cruz — los que no habían querido tomar parte en la sublevacion de Arequito—se impuso á los montoneros santafecinos, que por su organizacion y vestimenta mas parecían bandidos que soldados.

Valientes, sí, pero mal dirijidos, peor armados y y sin la menor idea de lo que es la lucha colectíva. Cuando la tropa rodeaba algun montonero, todo andrajoso, descalzo, con un *chiripá* hecho trizas, muchas veces sin camisa, tapado por el poncho plagado de remiendos de distintos colores y en la cabeza un gran pañuelo colorado—*la vincha*—ó como una rareza un *panzaburro*, descolorido, mugriento; era inútil pretender rendirlo, se hacía necesario matarlo, como á un puma acorralado, para que no hiciese mal á los que pretendían salvarle la vida.

La vestimenta de los oficiales y jefes era, tambien, orijinalísima.

Si hasta Ramírez y López vestian medio estilo gaucho y medio militar. Eso si, el pañuelo al cuello y el sombrero de copa con barbijo, nunca los dejaban.

Hacia chacota de Araoz de la Madrid, con quien siempre estaba en pugna, por razon del servicio y mas por las rencíllas de familia. "Siempre fué botarate; valiente, si, es cierto, pero alocado, mi amigo"-

Y empezó á darle las razones que tuvieron el General Paz y él para cargar con la responsabilidad del pronunciamiento de Arequito. Ellos dos habían sido los que se preocuparon, sin darle mayor participacion

á Bustos, á quien dejaron presidir dado su grado y su puesto en el ejército, Jefe del Estado Mayor.

—General nuevecito, de ese año, graduado despues de los combates de Fraile Muerto y Herradura, en los que venció á López, Gobernador de Santa Fé.

—La verdad que ese acto—prosiguio Heredia—fué digno de tremendo castigo; es el peor delíto de un militar: la insubordinacion delante el enemigo; pero había que ver que estábamos cansados, hastiados con esa guerra inútil, estéril, sin porvenir, sin gloria, luchar con una bandada de fantasmas, que se iban como venian, sin hacer jamas pie firme. Mientras tanto, dejábamos á nuestras espaldas el enemigo comun, los españoles, que se enseñoreaban en el Norte y entraban hasta Salta y nuestros compañeros, allende los Andes, al mando de San Martin, estaban preparándose para cubrirse de gloria, llevando la guerra á la cabeza misma de la reaccion: á Lima y eso solo bastaba para sacar de su quicio á toda la oficíalidad: ir á Lima y llegar vencedor. Todo hubiéramos cedido por entrar al frente de la tropa en esa ciudad soñada por sus mujeres, sus placeres y sus riquezas.

Y él presentaba el problema. Dificultaba que muchos hubiesen trepidado en dar tal paso.

Por un lado: Lima, la victoria sobre los españoles, el amor, la gloria; y por el otro: las pampas santafecinas, no durmiendo, no comiendo, sin tener la esperanza de morir con gloria, cuando mas por una bala perdida ó magullado por las caballadas asustadas.

Habían recorrido 16 ó 20 cuadras desde el vado, salían del Monte del Cerro, cuando fué interrumpido Heredia, por un grito de su postillon de confianza—un soldado que como asistente lo acompañaba desde años

atrás—y por una voz conocida—la de Robles—que decía:

—Haga alto la galera y que salga el indio Heredia.

Sacó la cabeza por la portezuela, automáticamente, sin darse cuenta de lo que hacía y viendo á Robles dijo:

—¿Qué ha Robles? Todo lo que Vd. pida le daré...

—Hay las bofetadas del 24—contestóle este, haciendo fuego sobre él con su trabuco—y solo quiero tu vida, tirano.

La carga de recortados, completa, dió en la cara de Heredia, produciéndole una muerte casi instantánea. Su cuerpo inerte cayóse, colgando la cabeza fuera del carruaje.

Mientras tanto, la galera había sido detenida por Paliza y Uriarte; Casas despues de errar fuego con su pistola, se tiraba del caballo para rendir á Leri, que todo trémulo, horrorizado, se había acurrucado en el rincon del coche; y Neirot llegaba con los dos soldados á gran galope.

—Todo ha concluido—gritó Robles—¡Ya sucumbió el tirano! Me he vengado.

—¡Viva el Comandante Robles! -gritó á su vez Neirot—ríndanse que estoy con él.

Todos obedecieron la orden sin chistar y por un segundo reinó profundo silencio, que fué interrumpido por un sollozo; era del ex-asistente del General Heredia.

—Señores—dijo Robles, al oir el eco de la única voz amiga de la víctima; como si hubiera sido sacado de un ensueño, quitando la vista del cadáver y moviendo enérgicamente su cabeza, por dos veces—Vamos á la ciudad, demos la noticia y que se nombre nuevo Gobernador. Mi sed de venganza está satisfecha y nada mas ambiciono; que los políticos hagan los pasteles que

quieran. Y Vds.—prosiguió, dirigiéndose á los postillones —sigan su camino hasta Lules, allí lo pueden enterrar. Vamos.

Y seguido por Neirot, Paliza, Uriarte, Casas y los dos soldados, tomó al galope largo.

Cinco minutos despues solo quedaba un coagulo de sangre, que la rueda trasera del carruaje habia dividido en dos

---

XIV

LOS EFECTOS

Eran las once de la mañana, cuando Robles con sus seis compañeros llegaban á la Plaza, y penetraban en la recoba del Cabildo, gritando: ¡Ya murió el tirano! ¡Viva la libertad!

Era un acto de locos ó de desesperados.

Penetrar en una ciudad, donde si bien existían enemigos del Gobernador, no estaban advertidos de lo que había pasado, ni creían se produjese tal hecho; y en cambio se encontraba un batallon perfectamente disciplinado y armado, acantonado calle por medio del Cabildo: en San Francisco, numerosos empleados y la guardia; era mas que audacia, era desesperación; solo los héroes de Homero, hubiéranse atrevido á dar tal paso.

Su misma audacia los salvó: "*Audaces fortuna juvat*".

El pánico se produjo, ni un solo obstáculo se les presentó. Robles penetró bajo los arcos del Cabildo, á caballo, é hizo un disparo de pistola gritando: ¡Viva la libertad! ¡Ya sucumbió el tirano! y dando vuelta tranquilamente su cabalgadura, le hizo tomar el paso con direccion á la Matriz, para ir á casa del Doctor Avellaneda, seguido por sus compañeros y otros cinco ó seis soldados que se les unieron, sin hacer caso alguno del disparo de cañon que se les hizo desde San Francisco, cuando el oficial de guardia salió, á medias, de su aturdimiento.

Cuando dieron vuelta vieron al Doctor Avellaneda

—hacía pocos minutos que había vuelto del Cabildo, donde fué á hablar con Agustin Sal, que debía recibir ese dia su diploma de Escribano Público—y á Don Lucas Zavaleta, que habian salido á la puerta al oir el disparo de pistola y el de cañon, con el objeto de averiguar que pasaba.

Robles se les acercó y saludándolos con la espada, que llevaba desenvainada, les dijo á gritos:

—El tirano ha muerto; me he vengado completamente, á mi satisfaccion. El cadáver debe haber llegado á Lules. Nosotros nos vamos, solo hemos entrado á la ciudad á dar la notícia. Ya sabe Doctor Avellaneda, que puede contar con nosotros: vamos á los montes de Santiago y Salta,

—¿Pero como ha sido?—dijo el Doctor Avellaneda, que había quedado asombrado, estático, no solo por la noticia, sinó tambien por el arrojo inconcebible de este hombre, que acababa de asesinar al primer magistrado de la Provincia y no trepidaba en entrarse á la capital, al frente de un puñado de amigos, por solo darse el lujo de hacer saber, que se había vengado.

—Vea, es largo de contar y la brabata hecha nos puede costar cara si nos demoramos—le contestó—Por otra parte, mañana no trepidarán en decir, si me quedo mucho rato con Vd., que fué el Doctor Avellaneda quien me ínsinuó y aun más, que me ordeno cumpliese mi venganza. Bastante tienen con el caballo que monta Casas, que es de Vd; asi debemos irnos, tanto mas que aun tengo que ver á Aurorita. Me la llevo! Adios ó hasta la vista.

Y prosiguió su marcha, ya á gran galope, doblando en la boca calle, con direccion al bajo.

El doctor Avellaneda no sabía lo que le pasaba, habíase quedado mudo, la mirada vaga, los brazos cai-

dos, la boca entreabierta; lo volvió á la realidad la voz de Zavaleta, que le dijo·

—¿Será cierta la noticia?

—Desgraciadamente ha de ser cierta—le contestó—tu no conoces á Robles. El Gobernador ha muerto. ¡Dios mio! ¡Dios mio!—prosiguio tomándose la cabeza—¿Qué va á suceder? ¿Qué haré? Yo debo hacer algo como Presidente de la Sala de Representantes. ¿A quien veré? ¿Al Doctor Paz? No....¡A Fray Manuel Pérez! Vamos á Santo Domíngo, Lucas

La noticia habíase desparramado en un momento; las calles que desembocaban á la plaza veianse sumamente concurridas y al frente del Cabildo se había formado un gran grupo.

Era ello un maremagnum, nadie se entendía, las versiones mas contradictorias corrian y eran aceptadas. Ya se aseguraba que Robles al frente de facinerosos, de los que pupulaban en el Monte Grande, habia muerto á tiros y lanzadas á Heredia; luego no era así, era Neirot, complotado con Robles, quien lo había muerto, apoyado por la escolta; ya que eran los Unitarios, despues que Rozas y finalmente, otros aseveraban que no estaba muerto, llegando á discutirse sobre si estaba herido ó no.

En esto se oyó el toque de jenerala; se dice que se va hacer fuego sobre el pueblo.

A esta noticia la dispersion fué general; carreras, gritos, caídas, desmayos, cerradas de puertas se produjeron.

Poco despues el batallon "Voltijeros" se forma en linea de batalla frente al Cabildo y se presenta el Comandante Martin Ferreyra, jefe de caballeria de la guardia nacional carreros y abastecedores) llamándose

Gobernador de la Provincia. Una exacta copia del medio usado por Estanislao López, en 1817, para acaparar el Gobierno de Santa Fé.

Ese acto de audacia por parte de Ferreyra, dióle resultado; fué acatada su resolucion y empezó a dictar las medidas mas descabelladas, que eran cumplidas sin discutir.

Entre tanto el Doctor Avellaneda conferenciaba con Fray Manuel Perez. No podian dar con el Doctor Juan Bautista Paz y mientras se le buscaba discutian el medio mas conducente para evitar desmanes.

Aun no habían podido ponerse de acuerdo, cuando les traen la noticia del acto de Ferreyra

La situacion se complicaba, era este un insignificante, un nadie, sin antecedentes de níngun genero é incapaz de hacer nada que fuera bueno.

Era indispensable una resolucion rápida, asi Fray Manuel Pérez dijo:

—Doctor, sin discutir á obrar. Mande citar Vd. á los Diputados para esta tarde, á las cuatro. Yo asistiré y antes he de ver á Ferreyra. ¡Que El nos ilumine y nos proteja!

A la hora señalada se encontraban en el recinto de la Legislatura la mayoría de los diputados; Fray Manuel había conseguido convencer á Ferreyra que no debía tomar por asalto, por sorpresa el Gobierno, que esto no iba á durar y que solo conseguiria acarrearse males incruentos. El Comandante se dio cuenta de la bondad de esas advertencias y prometió formalmente acatar la resolucion de la Legislatura.

Los diputados estaban divididos, habían entrado en sesion y fué necesario levantarla, porque aquello amenazaba terminar por una batalla. El Presidente Doc-

tor Avellaneda decidió pasar á cuarto intermedio, pero dando orden de impedir la salida de los miembros de la Sala.

Habían innumerables candidatos, pero los dos que parecían tener mayores probabilidades de resultar electos, eran los Doctores Avellaneda y Gramajo; entre uno de los dos estaba el juego. Tambien se oian los nombres del Doctor Paz, Vicente Posse, José Manuel Silva, pero aislados y sin prosélitos ardorosos.

Las discusiones se tornaban, cada instante, mas acres, las palabras para denígrar al contrario se hacían mas hirientes; los movimientos de los contrincantes mas vivos y las contestaciones mas rápidas.

Por un momento reinó silencio y el Diputado Secretario Doctor Bríjido Silva (cuñado del Doctor Avellaneda) dijo con fuerte voz, siendo oidas por todos sus palabras.

—La conciencia me dicta votar para gobernador por el Doctor Don Marco M. de Avellaneda.

—Y la mia—dijo rápidamente Don Arcadio Talavera—por Angel Arcadio Talavera: yo....pero la decencia me lo prohíbe.

El Doctor Silva, todo atufado quiso hablar, pero Fray Manuel Pérez se lo impidió, diciendo:

—Un momento Doctor Silva. Estamos perdiendo lastimosamente un tiempo precioso y mientras tanto cualquier desventura para la patría puede producirse. Yo tengo el nombre del momento; pido que todos me acompañen á votar por don Juan Bautista Bergeire.

La mayoría aceptó gustosa el indicado y ella arrastró á los demás; asi que vueltos á sus asientos, fué unánime la votacion por este.

Otra dificultad se presentó: procurar que aceptase Bergeire el cargo; hacerlo salir de sus costumbres mo-

destas, de su familia y sus negocios para dedicarse á guiar "esa carreta empantanada en medio del arroyo y ya se viene la creciene" como decía Don Arcadio Talavera.

Bergeire objetaba su nacionalidad (era francés) su edad, sus quehaceres, su incapacidad para los negocios públicos, su despego á los honores, su miedo de errar.

Fué una verdadera lucha, en la que tomó parte hasta la esposa de Bergeire, Doña Bernabela Villafañe; influencía que fué indispensable hacer valer, para que Bergeire no rehusase sobre tablas.

Esa misma noche tomaba posesion de su puesto y nombraba Ministro General al Doctor Juan Bautista Paz y General en jefe de las tropas al hijo de este, el General don Gregorio Paz.

Fué general la decepcion, pues muchos aspiraban á estos puestos. pero al que zaherian más era al General Paz y solo se oia "Goyo Leche" "Goyo Leche", con cuyo apodo era conocido.

Con estos nombramientos no hubieron mayores cambios en la Administracion de la Provincia y el Ministro de lo primero que se preocupó fué de ordenar se persiguiese al grupo á cuyo frente iba Robles y dar parte con palabras bombásticas á los Gobernadores de las otras provincias del asesinato cometido y de la entrada de los matadores á Tucuman, que segun esas notas, "fueron rechazados por la actitud del Batallon de Boltijeros y vecinos" (!).

La persecucion no era dirigida con actividad, se les temía, dos dias despues se sabia que el 13, entre las 10 y 11 de la mañana, había pasado el grupo--que era de 16 personas—por Vinará y tomado direccion al Tala.

Bergeire no pudo soportar muchos dias el gobierno;

se veia atosigado con pretensiones distintas, que estaban en pugna y no tenía carácter, ni voluntad para tomar una actitud energica. Por un lado el grupo de Avellaneda, Silva y Zavaleta le hacía observaciones, pedídos, deseando llevarlo al pronunciamiento contra Rozas; por otro el de Gramajo, Zavalía y Posse le presentaba el cuadro aterrador de un levantamiento armado, completamente aislado, sin estar aun bien firme en su puesto y finalmente, el Doctor Paz lo hacía temblar ante la venganza de Rozas, el ínvencible, el implacable.

—No quiero mas jaranas dijo, y el 17 de Noviembre, despues de cumplir con el amigo—firmar un decreto ordenando fueran exhumados los restos de Heredia, (de la capilla de Lules, donde fueron depositados, y se les hiciera los honores correspondientes á su grado—renunció indeclinablemente. "Que me dejen en paz"

La renuncia cayo como una bomba; cuantas esperanzas fueron creadas por los politiqueros, al calor de los trabajos para atraerse á Bergeire, fenecieron, pero para renacer con mayores brios, pues todos ya aspiraban para sí el Gobierno; podía decirse que no existian agrupaciones, cada uno se consideraba con derechos y aptitudespara ser declarado: Salvador de la Patría.

La Sala se reunió para nombrar nuevo gobernador y las escenas del 12 se repitieron pero en mayor escala y mas intensidad, en razon del aumento de pretendientes y sin el temor de un pronunciamiento militar.

El pueblo, que en un principio se había mantenido tranquilo, á la espectativa, cuando notó esa anarquia, quiso libar en la misma copa y como en lo moral acontece como en lo material, no se contentó con tomar participación tranquila en la eleccion, hacer amor platónico, se portó como el torrente cuando rompe las vallas, se desbordó y empezaron los tumultos y las escenas

populacheras, que no eran contenidas con el rigor debido.

Esta actitud trajo una reaccion en los Diputados; tuvíeron recelo de ese jigante-liliputiense, tan ingobernable como una histerica; cuando se convence que no hay un poder constituido que pueda ordenar una carga de caballeria.

Los ambiciosos comprendieron que era peso inaguantable, un verdadero presente griego el gobierno; una mayoría se impuso y designó un militar, "para que hiciese en último caso, gobierno de fuerza".

Esa misma tarde el Coronel don José Maria Valladares recibía una nota firmada por don Manuel Paz, como Presidente de la Sala, refrendada por el Diputado Secretario Doctor Brijido Silva, haciendole saber que habia sido designado Gobernador y Capitan General de la Província.

Inmediatamente se hizo cargo del Gobierno y nombró ministro á Don Bernabé Piedra-buena; á las veinticuatro horas la paz y la tranquilidad reinaban completamente en Tucuman.

XV

EL UNO DEL OTRO

El 16 de Noviembre, á la mañana, llegaba á Tucuman Don Policarpo Oyuela.

Volvía de San Juan, donde habia ido insinuado por Chatres, con el fin de obtener una recomendacion del General Benavidez, Gobernador de esa Provincia, para el General Heredia.

En el camino recibió la noticia dela muerte de este y estuvo, por un momento, indeciso entre proseguir su viaje ó retroceder; finalmente resolvió lo último, considerando que cualquiera que fuese Gobernador no desestimaria una pretension del General Benavidez, tanto mas que ese Gobierno no podía ser estable, sino se congraciaba con Rozas y mientras tanto no habia de desairar á un gobernador amigo intimo de este

Directamente fuese á casa de Francisco Chatres, que pasaba por ratos bien amargos desde la vuelta de Pedro, no solo porque temía que este hiciese un ejemplar con él si lo encontraba; sino porque sabía que sus amores con Chavela seguían viento en popa y habían decidido casarse, señalando para ello el dia 29 de Setiembre del año proximo.

Inmenso fué el contento de Chatres al ver á Don Policarpo Oyuela y comprobar que su comision la habia cumplido satisfactoriamente, al colmo de sus deseos. La carta del General Benavidez era terminante; hacia un pedído amistoso, un ruego, pero ella presentaba un dejo marcado de amenaza, de represalía en caso de ne-

gativa, que no podía escapar à un hombre acostumbrado á mantener relaciones políticas.

—Es Vd. todo un hombre, Don Policarpo—dijo Chatres y ensimismóse en sus pensamientos, mientras aquel se lavaba.

—Ahora veremos—se decia—lo que hace este mocito. Veremos donde va á parar su garbo y todas sus infulas. Dice que me desprecia, que no quiere denigrarse tocándome; ya veremos. Lágrimas, lágrimas de sangre le va á costar sus pretensiones! ¡Chavela! ¡Chavela mia! Si va á ser mía y esa niña arisca, que no puedo contemplar sin encontrarme trastornado, sin sentir calor en la frente y en las mejillas, opresion en el pecho, escalofrios, pesades en los párpados y un deseo de que me mire, de que se fije en mi, se va á encontrar en mis brazos, voy á poder pasarle mis manos sobre su rostro, tenerla siempre á mi lado, besarla.... ¡Viva! ¡Viva la vida! ¡Que feliz voy á ser! La voy á adorar, á llenarla de mimos, le satisfaré los menores caprichos y tendrá ella que adorarme.

Un "Yo tengo hambre, ¿con que me va á invitar"? de Oyuela, lo sacó de sus ensueños, lo volvio á la vida real, quitando toda la poesía, que lo transformaba en dadivoso, amoroso, en caballeresco, para hacerle cavilar en que su huesped iba á vivir á sus expensas, á aumentar la deuda y que para evítar ello debía preocuparse de dar una solucion rápida á su asunto.

Bajo esta impresion, dijo á Oyuela, que tomaba un desayuno:

—Vea Don Policarpo, conviene que esta misma tarde nos presentemos al Gobernador, que es amigo mio: Don Juan Bergeire, con el que tengo bastantes negocios, creo hay un saldo á mi favor. Ya sabe que esto siempre im-

pone. Le presentaremos la carta, seguro que él nos saca del pantano.

Esta visita no les dió resultado.

—Preséntese á quien corresponda—le dijo Bergeire con mal humor.

Tomaron esa medida; al dia siguiente presentaba Oyuela un escrito, en el cual habia confeccionado una novela tiernísima, romántica, haciendo valer su cariño de padre amoroso y las disposiciones legales. En ella primaba el sentimentalismo agudo, entretejido con la queja mas incisiba contra las señoritas Laspiur, que segun él, jugaban sin miramiento con los preceptos mas inaleneables del derecho natural.

El Dr. José V. Martinez, Juez de 1ª Instancia,—que como habíale asegurado Chatres, era haragan y pusilánime; siempre que no significase un peligro de perder el puesto—al leer la carta de Benavidez—sin dar participacion al Defensor de Menores, sin trámite alguno decretó la reclusion de Isabel, librando esa misma tarde orden para que procediese en ese sentido el Jefe de Policia, bajo los mas serios apercibimientos.

Llenos de satisfaccion se dirigíeron Oyuela y Chatres al despacho del Jefe de Policia, al que no encontraron; había salido con motivo de los disturbios del dia causados por la renuncia de Bergeire y la reunion de la Sala de Representantes, por lo que decidieron buscar en su domicilio al Doctor Martinez, quien reitero la nota en términos mas apremiantes.

Pidieron, entonces, á un empleado inferior, que procediese, quien antes de tomar medida alguna, sin dar nombres, puso en conocimiento del Jefe la nota existente.

Este, sin interiorizarse bien del asunto, sin darse debida cuenta de lo que se trataba, preocupado con la

actitud demagógica del pueblo, ordenó se cumpliese lo que en ella se disponía.

Era casi de noche, cuando Oyuela y un oficial de policia, acompañados de dos soldados, se presentaron en la casa de las señoritas Laspiur, pretendiendo secuestrar á Isabel.

El efecto que produjo en sus moradores este acto fué atroz; Isabel sufrió un síncope. Cesaria toda despavorida, llorosa, corrió ante la imágen de la Virgen de las Mercedes solicitando un milagro, los sirvientes se habian alborotado, uno por el terror y el dolor y otros por el despecho; solo Seferina no perdió, del todo, su presencia de ánimo, su lucides y despues de injuriar á Oyuela—que dejó su altanera actitud al verla y se escondió pálido y tembloroso tras el oficíal al oirla—mandó al liberto Benito para que avisase lo que acontecía al Doctor Avellaneda y á Pedro Rodriguez, mientras ella, sacando fuerzas de su misma flaqueza, impedía se llevase á cabo la orden, increpando al oficial por unos momentos y halagándolo en otros.

El tiempo pasaba y Benito no volvia; Seferina veia que por instantes la situacion se hacía más difícil; perdía sus brios y Oyuela, á su vez, los ganaba, alentando al oficial para que cumpliese con su deber, el cual en un principio había atendido á las observaciones mas ó menos razonables procedentes de ella, pues en el fondo, deseaba encontrar un pretesto plausible para no cumplir.

Llegaba el final; el oficíal con tono decidido dijo:

—Señora, no puedo dejar de cumplir la orden, yo la ruego no impida la salida de la hija del señor, pues de lo contrario procederé á la fuerza.

Quiso protestar Seferína, pero el oficial, haciéndola á un lado penetró en el patio y por indicaciones de

Oyuela dirigióse al cuarto de Isabel; iba á penetrar en él, cuando oyó un grito lanzado desde la puerta de calle:

—¡Deténgase. Soy el Gobernador aun; se lo ordena el Presidente de la Sala!

Quedóse inmóvil el oficial y al llegar su interruptor le dijo:

—Es una orden del Juez, Doctor Avellaneda.

—¡Socorro! socorro! que me mata!—exclamó con voz ahogada Oyuela, que bajo la presion de las manos de Pedro, había caido de rodillas, maldiciendo el momento en que se habia metido en tal negocio.

Pedro, todo alterado, la cara roja, la boca entreabierta, los ojos centellantes, lo estrujaba cruelmente, sin pronunciar palabra, mirándolo con toda fijeza.

Avellaneda se lo sacó, diciendo á Pedro:

—Calma, mi amigo, calma. Todo se va á arreglar, pero sin estremos inútiles—y dirigiéndose al oficial continuó—Vd. sabe que soy su superior El Gobernador electo aun no ha prestado juramento, así, yo soy la primera autorídad de la Provincia. Retírese Vd.

—Acato la orden de V. E., pero me permito insinuarle lea la nota del señor Juez.

Cuando el Doctor Avellaneda concluyó de leer el autocrático mandamiento dijo:

—Gracias; ha hecho bien en advertirme. La señorita Oyuela quedará detenida en su domicilio y para ello deje un soldado de guardia. La ley faculta á ello. Asi, puede retirarse y dar cuenta al Juez de lo dispuesto. Llévese este viejo miserable.

Despues de dar la consigna á los soldados que quedaban y debían turnarse, retirose el oficial, siguiéndole Oyuela, todo encojído, mirando de reojo y caminando de lado, como si temiese no lo dejasen salir,

—Doctor Avellaneda—dijo Pedro Rodriguez agitado, casi llorando.—Salve á mi Chavela. Si algo valgo para Vd., no me deje así.

—Yo uno mis ruegos á los de Pedro—dijo Seferina que salía del cuarto de Isabel—La pobrecita recien vuelve en si; entren Vds. al comedor. La vamos á acostar.

El Doctor Avellaneda no estaba satisfecho, conocía los defectos del Juez, pero decidió luchar y se prometió vencer.

—Voy á hacer todo lo humanamente posible por arreglar esto; por ahora tienen que soportar la incomodidad de la vigilancia, pero pronto tendremos motivos de estar satisfechos. Vd. Rodriguez venga conmigo, vamos á lo del Doctor Toribio Corro, el Defensor de Menores. Tengo mi plan.

—¿Quiere esperarme allá? Yo voy á arreglar cuentas con ese miserable de Chatros. El es el causante...

—Vea Rodriguez, con ello nada va á obtener, es demasiado cobarde para esperarlo, mejor es conseguir la líbertad de Isabel y despues haga lo que se le antoje. Apurémonos pues debo recibir el juramento del Coronel Valladares, el nuevo Gobernador.

No encontraron á Corro; se había ausentado esa tarde al campo y no volvía hasta el lunes.

El Doctór Avellaneda prometió á Pedro ocuparse esa noche; tocaría otro resorte. Fuese á comer para asistir al Cabildo y Rodriguez dirigióse á casa de las de Laspiur.

Isabel estaba con fiebre alta, gritaba, se retorcía, lloraba, llamaba á Pedro para que viniese en su auxilio.

Reinaba desórden completo. Se había llenado de visitas la casa, las que en vez de ayudar, incomodaban.

Pedro hizo un supremo esfuerzo para serenarse y se

impuso tanto á las fastidiosas y entrometidas señoras, como á las personas de la casa, introduciendo el orden en todo, procurando ayudar eficazmente al médico, cuya cara ceñuda le inspiraba grande cuidado

Era media noche; la fiebre de Isabel no mermaba y el Doctor Avellaneda no volvia.

Pedro impaciente, con los nervios en tension, sentía por momentos que su razon se desequilibraba. Ya quería salir, buscar al Doctor Avellaneda, matar á Chatres. arrancar una contra orden al Juez, formando para ello los proyectos mas disparatados; é instantes despues se sentía amilanado, le parecía imposible obtener nada y convenía en que era mejor quedarse ahí, esperar la reaccion de Isabel.

Toda la noche la pasó así, fastidioso, mal humorado, llegando al punto de querer golpear á uno de los soldados de guardia, que se le había antojado pasearse por frente de la puerta del cuarto de Isabel, haciendo sonar los tacos de sus botas sobre el piso de ladrillo, lo que hacía sufrir á la querida enferma.

A las ocho de la mañana, el médico notó una leve mejoría en Isabel y á las nueve llegaba el Doctor Avellaneda; las noticias que traia eran apenas consoladoras.

El Gobernador estaba sumamente preocupado con los disturbios, pero aunque hasta él había llegado el clamoreo que por tal acto habíase levantado, no se decidia á obrar arbitrariamente en este caso, mas que todo por la carta de Benavidez, que conocía, y temía hacerse de un enemigo tan poderoso en la corte de Rozas.

Había nombrado ministro á Bernabé Piedra-buena, de las primeras familias de Tucuman y este había tomado con empeño la cuestion, pero les faltaba tiempo y por otra parte no daban con Martinez.

Era solo cuestion de esperar, de un poco de pacien-

cia. Al fin y al cabo, lo primero de que se debían preocupar era de la enferma. La guardia iban á cambiarla, en vez de soldados vendría un Oficial de Policia.

Tambien habia pretendido ver á O.uela, pero ni á éste ni á Chatres se les encontraba. Estaban escondidos, segun se lo aseguraban y les había dejado una carta, dandoles cita para ese dia á las diez.

—Doctor —dijo Rodriguez—yo no puedo moverme por eso no lo acompaño......

—Ni quiero lo haga—interrumpiólo Avellaneda.

—Bueno, Doctor, pero dígale á Oyuela que no lo voy á dejar vívir en paz, que todo Tucuman está conmigo; que voy á hacer que lo traten como á leproso, más, como á un escomulgado del siglo XII y á Chatres, que donde lo encuentre lo voy á matar como pueda, con lo que tenga le he dar; que lo voy hacer añiscos. Que los perdono si renuncian á esta persecucion, sino que tiemblen.

El Doctor Avellaneda pudo hablar con los dos, pero nada consiguió.

Usó la súplica, la persuacion, la amenaza, dió el mensaje de Pedro; Oyuela se amilanaba, parecía acceder, pero Chatres lo hacía desistir.

El lunes dió Pedro con Corro, el Defensor de Menores y este prometió presentar un memorial pidiendo revocatoria del auto.

Cumplió, en el mismo dia, pero Martinez puso en juego sus artimañas de siempre y se salió por la tanjente, dictó: "traslado por tres dias".

Piedra-buena llamó á Martinez y le insinuó la conveniencia de revocar esa medida, pero este se escudó con la Ley, con el traslado ordenado, que cumpliria con su deber; y el primero que tenía grandes quehace-

res, no quiso prolongar la visita y se dió por satisfecho con la promesa, de que vencido el término señalado en la vista ó antes—si ella fuera evacuada inmediatamente —él dictaría el fallo.

Pedro se desesperaba con esas dilaciones, tanto mas que la mejoría de Isabel se acentuaba y temía que esta se repusiera del todo y comprendiese que se encontraba presa.

Cada hora que pasaba sin resolverse el punto, le parecía que había transcurrido un siglo y que ya debía estar sana Isabel, pues él no conocía toda la gravedad del mal que le aquejaba, ni se le había hecho saber que tres veces había esgarrado sangre

Pasó ese lunes, la agitacion política habíase calmado y ya se hablaba de que el Coronel Valladares—cuya eleccion fué para que hiciese un gobierno de fuerza si era necesario—iba á renunciar.

El martes Pedro no vio al Doctor Avellaneda; sus amigos que vinieron á verlo le hicieron saber que esa tarde había renunciado el Coronel Valladares y que habiéndose reunido inmediatamente la Cámara, bajo la Presidencia del Doctor Prudencio J. Gramajo, resultó designado Gobernador Don Bernabé Piedra-buena. Que este había ya aceptado el cargo y prestado juramento, designando al Doctor Salustiano Zavalia, como su ministro general.

Habían pasado las doce de la noche, cuando entra con aire de contento, satisfaccion el Doctor Avellaneda.

—Albricias, albricias, mi amigo Rodriguez—dijo.

—¡Chavela!....

—Si mi amigo, libre, libre. La campaña ha sido ruda, pero hemos obtenido el triunfo. El duro era el tal Chatres, ya iba á mandarlo preso el Doctor Zava-

lia. Mañana presenta un escrito Oyuela, retirando su pedido y dando el consentimiento para que Vd. se....

—Gracias, miles de gracias, Doctor—interrumpió Rodriguez, tomándose nerviosamente las rodillas y bajando la cabeza para no dejar ver la lágrima, que de satisfacción, de contento, se le escapaba.

Súbitamente se colocó derecho y revelando en su rostro el gozo mas profundo, prosiguió.

—¿Quiere permitirme que vaya á dar la noticia?

—Como no, mi amigo, corra,

A su vuelta le pidió prosiguiese su relacion.

—No hay mas; Chatres quería oponerse, pretendía intimidar al viejo; pero nosotros lo amenazamos con la cárcel, afeándole su conducta y corrido ha pedido sus pasaportes. Está furioso con Oyuela. Dice que se va mañana y deja aqui un encargado para que le liquide todos sus negocios....

—¡Se me escapa el muy canallal—dijo Pedro con rabia, pero calmándose prosiguió.—Tengo que perdodarlo, soy muy feliz y demasiado castigo tiene él con perder mi Chavela.

Al dia siguiente se cumplía lo dicho por el Doctor Avellaneda y á los ocho estaba en pie Isabel, pero no ostentaban el rosado sus mejillas, ni su cuerpo la morbidez de antes, sus ojeras habíanse pronunciado, asi como el obscuro de ellas. Con todo estaba bellísima.

Pedro quería apresurar el casamiento, pero le objetaron la necesidad que tenía Isabel de reponerse moral y materialmente y tuvo que ceder; pero por esto no se dió por vencido y como acontece con generalidad, los plazos fueron gradualmente acortándose. hasta que el jueves 4 de Abril de 1839, ante el altar se dieron el *si* indisoluble. Eran ya el uno del otro

XVI

LA LIGA DEL NORTE

El dia estaba sereno y apenas unas nubecillas blancas, que parecian bordadas en realce con copos de algodon deshilachado ó calados del tejido *ñanduty*, matizaban el azul claro de la bóveda celeste que semejaba una techumbre de metal pulido.

El sol lanzaba sus rayos caniculares, animando asi el cuadro que presentaba Tucuman, ese martes 7 de Abril de 1840 y acelerando la circulacion de la sangre á sus habitantes, entusiasmados por el acto que acababa de producirse: el pronunciamiento contra Rozas del Gobernador Bernabé Piedra-buéna y del vocero—por pocos dias—del nefasto dictador, el General Gregorio Araoz de la Madrid, que cual hijo pródigo había vuelto á sus lares, despues de nueve años de ausencia.

El entusiasmo era indescriptible; los hombres gesticulaban, gritaban, cantaban, se abrazaban, hacian cabriolas: las mujeres lloraban de gozo, alzando sus hijuelos, á fin contemplasen á Avellaneda, á La Madrid y á Piedra-buena ó se hincaban levantando sus manos al cielo; y los viejos, los veteranos del año XII, se cuadraban y se descubrian al sentir la cancion patria, por la banda policial, que iba á la cabeza de la columna cívica.

Entremezclándose con las notas tocantes de nuestro magestuoso himno se hacia sensible el eco de las dianas por los clarines del regimiento de caballeria y de las escoltas y los tambores de los batallones de cívicos y

de linea, que horas antes, obsecados, habíanse apronta-do para el combate, así como el tañido de las campanas á vuelo de San Francisco, la Matriz, la Merced y Santo Domingo, el estruendo de los cohetes y los vivas que se sucedian sin interrupcion, uniéndose las voces sonoras con las infantiles.

Un hálito de fuego corría entre esa muchedumbre ansiosa de libertad y paz, pero dispuesta á guerrear por mísma sacrosanta aspiracion.

Era legítimo ese entusiasmo, el paso que se había dado llenaba la aspiracion general; se habia decidido la partida; Tucumán entero cumplia con su mote, allí no prosperaban los tiranos y uno de sus preclaros hijos no haria fuego sobre sus hermanos, no pisotearian los cascos de esos caballos montados por secuaces de la mazhorca, disfrazados con *chiripás* y gorras de manga rojas, las diamelas, los jazmines y los azahares cortados por el plomo de sus fusiles y sus tercerolas.

No, la divisa roja era para el salvaje del Sud, los del Norte habían abrazado y no cejaban por defender el azul-celeste y el blanco que encarnaba el ideal de la patria y la relijion, la bandera de Belgrano y el ropaje de la Virgen.

Hacía cerca de un mes que había llegado el General Araoz de la Madrid á Tucuman, con la mision de Rozas de hacerse cargo del armamento perteneciente á la Nacion, que allí existía, remitido con motivo de la guerra que se sostenía con Bolivia

La mayoría absoluta de los habitantes de la Provincia, estaba contra Rozas y se oponía decididamente á esa entrega; apenas si existía un partido moderado, que aun quería contemporizar con este, hasta ver el resultado de la campaña del ejército Libertador á las órdenes de Lavalle.

La noticia, por tanto, cayó como una bomba en todas las clases y se sucedieron en esos dias disturbios que eran fácilmente apaciguados, desde que el Ejecutivo seguía la misma corriente de ideas, comprometiéndolo mas y mas tales manifestaciones.

Araoz de la Madrid, ese "héroe niño", no había escatimado demostracion para congraciarse con Rozas; desde el uso del gran cintillo rojo—la librea de la tiranía—hasta la confeccion de vidalitas—su lado flaco de siempre—en las que ensalzaba á Rosas, denigrando á sus compañeros de armas y de causa.

Cuando llegó á Tucuman, sus paisanos, sus amigos, sus parientes estaban enconados con él, pues conocían desde los célebres brindis en las fiestas federales, en Buenos Aires, hasta el estribillo de su última vidalita: "Perros unitarios nada han respetado, á inmundos franceses ellos se han aliado"; por lo que en un principio encontrose en el vacío.

El, por su parte, se hallaba á disgusto, dábase cuenta de ese aislamiento, del papel desairado que hacía y mas cuando veia que el Gobernador agasaba al Coronel Mariano Acha, con quien siempre había rivalizado y sabía lo titulaba: "El general vidalita".

El caracter de las relaciones entre el Gobernador—apoyado sin reservas por el pueblo—y el General La Madrid habían tomado un mal cariz. la tirantez no podia ser mayor, pero ni el uno ni el otro querían llevar las cosas al estremo, sin antes procurar un entente.

La noche del 6 al 7 de Abril fué de alarma completa, por minutos se esperaba el primer fogonazo, que segun los alarmistas sería la señal de una lucha sin cuartel.

El Gobernador Piedra-buena decidió dejar al ar-

bitrio de la Sala de Representantes la actitud que debía guardarse y á ese fin fueron convocados sus miembros para la mañana del martes.

A las ocho se encontraban —con excepcion de Fray Manuel Pérez, que se escusó, desde que se iba á tratar de lucha entre hermanos—todos los diputados, incluso los últimamente elejidos:—en 29 Marzo de 1840—Prudencio Helguera por Trancas, Benito Zavaleta por Morteros, Fortunato Baudrix por Leales, Vicente Garcia por Burruyacu, Marco M. Avellaneda por Graneros, Lucas Alejandro Córdoba por Rio Chico. Salustiano Zavalía y Arcadio Talavera por la ciudad.

Presidía el Doctor Avellaneda y actuaba como Secrctario F. Toribio del Corro.

Puesta en discusion la orden del dia se pronuncian vivamente contra la entrega del armamento los Diputados Silva y Zavaleta y los rebaten Paz, Zavalía y Posse.

El Doctor Avellaneda se enardece al ver que no se deciden á encarar el repudío de Rozas y pide dejar la presidencia para tomar parte en el debate

El Doctor Manuel Paz—Vice Presidente 1°—á su vez solicita quedarse en su banca y ocupa el siilon el Vice 2°, Vicente Lezana.

Avellaneda con entusiastas y patrióticas palabras, á borbotones, dejando suspensos á sus colegas, hace la historia de la tiranía, apostrofa á Rozas acrimina los cobardes y arroja flores en loor de Tucuman, "donde no se cria el manzanillo de la tiranía"! Concluye imprecando á sus colegas, que no tienen el valor moral, para, de una vez por todas, arrojar de si las cadenas de la esclavitud y pide "se rechaze la orden de ese odioso mónstruo, que pretende vilipendiar al pueblo Argentino.

Obtuvo un triunfo, produjo el delirio; los Diputados pónense de píe y aplauden frenéticamente; el presidente abandona su tribuna para abrazarlo y de la barra —donde no podían ya moverse, casi ni accionar—escapóse un clamoreo tremendo, mezclándose los aplausos con los gritos atronadores y los vivas estruendosos entre los que se percibian fragorosos; ¡Muera Rozas!

A duras penas se puede calmar el estrepitoso entusiasmo, para aprobarse por unanimidad una minuta al Ejecutivo. en la que—en seis considerandos—se le hace saber las causales que obligan á la Asamblea: 1º á desconocer como gobernador de Buenos Aires al Dictador Juan Manuel Rozas; 2º á retirarle la autorizacion para tratar en nombre de la Provincia, con las Potencias Extranjeras; 3º á no entregar á Araoz de la Madrid las armas en poder del Gobierno de la Provincia y 4º á ordenar se de un manifiesto á los pueblos haciendo conocer los motivos de estas resoluciones

El pueblo ebrío de entusiasmo lleva la noticia al cuartel de Araoz de la Madrid y este que solo ansiaba tal resultado, arráncase el cintillo punzó con el retrato de Rozas, lo reemplaza con una cinta celeste y ordena por intermedio del Comandante de su escolta, Crisóstomo Alvarez—que la tropa lo imite.

Mientras tanto al frente del Cabildo, á gritos, se pedía hablase el Doctor Avellaneda.

Este casi en andas, levantado por sus amigos, se presenta en uno de los balcones.

Como si se hubiera recibido una orden, de pronto, prodújose un profundo silencio.

—Señores - dijo el Doctor Avellaneda "he oido el cların con que la heroica Tucumán convocaba á sus guerreros y he corrido para participar de sus peligros;

para cumplir mi juramento de exterminar á esa infame raza de impudentes esclavos ó perecer combatiendo por la gloria de mi patria y la libertad de la República. Yo cumpliré mi juramento. Los bárbaros no dominarán Tucumán, sino despues de haber pisoteado mi cadaver.

" Van á hacer veintiocho años que Tucumán se reunía como hoy, para decidir sobre la invación del enemigo; ahora, como entonces, un tirano odioso pretende dominarnos y manda sus siervos para robar nuestras propiedades, para deshonrar nuestras esposas, para degollar nuestros hijos, para incendiar á Tucumán, para hacer, en fín, de nuestra Provincia un horrible teatro de los más bárbaros crímenes.... ¿ Lo sufrireis ? ¡ Qué ! ¿ No sois ya la generación atrevida del año doce? ¿ Podriais resignaros con la infamia, habeis nacido para ser esclavos? No ! No ! vosotros lidiareis como hombres libres y la heróica Tucumán será otra vez la tierra sagrada de la libertad, la tumba de los tiranos !

" Os respondo de la victoria. Basta un puñado de vosotros para destruir á los feroces enemigos de Tucumán, para purgar á mi patria de esos mostruos que la infestan con su aliento y la deshonran con sus crimenes.... ¿ quién podrá vencernos, si vamos á combatir entre los sepulcros de nuestros padres y la cuna de nuestros hijos?

" El ilustre caudillo de la revolución argentina, el brazo más poderoso que la libertad haya armado jamás en su defensa, corre á ponerse á vuestra cabeza y á presidiros en el combate: lo acompañan muchos de esos veteranos que os enseñaron á triunfar el año doce ! ¿ Qué podeis temer?

" O vencer ó morir....es la ocasion."

Fué un delirio y los gritos, los aplausos, los ¡vencer ó morir ! ¡ Libertad ó muerte ! acallaron por un mo-

mento el himno patrio, á que dió comienso la banda militar.

A las pocas horas sin que hubiese decaído el entusiasmo, al contrario, yendo en aumento, se hacía conocer por bando y corría impresa por la Imprenta Tucumán—la minuta de la Cámara, con el cúmplase del Gobernador Piedra—buena, refrendada por el Ministro José Colombres y firmándola por mándato Pedro Gregorio Mendez : Escribano Público y de Gobierno.



Mientras paso tan trascedental llevaba al parosismo al pueblo de Tucumán, en una habitación interior de la casa situada á dos cuadras de la Iglesia de San Francisco, hacia el cerro, se encontraba un jóven vestido completamente de negro, la barba crecida, los ojos hundidos, colgando lágrimas en sus pestañas, los codos sobre una mesa y la cabeza entre las manos. Parecía no oír el estruendo de las bombas, el eco de las músicas y de los vivas; solo el vagido de un infante lo sacó de su ensimismamiento haciendolo correr á la habitación contigua: era Pedro Rodriguez.

El llanto era de su hijita, que había costado la vida de su inolvidable Chavela.

FIN

Rosario, Abril 7 - Agosto 15 de 1901.

INDICE



para cumplir mi juramento de exterminar á esa infame raza de impudentes esclavos ó perecer combatiendo por la gloria de mi patria y la libertad de la República. Yo cumpliré mi juramento. Los bárbaros no dominarán Tucumán, sino despues de haber pisoteado mi cadaver.

" Van á hacer veintiocho años que Tucumán se reunía como hoy, para decidir sobre la invación del enemigo; ahora, como entonces, un tirano odioso pretende dominarnos y manda sus siervos para robar nuestras propiedades, para deshonrar nuestras esposas, para degollar nuestros hijos, para incendiar á Tucumán, para hacer, en fín, de nuestra Provincia un horrible teatro de los más bárbaros crímenes.... ¿ Lo sufrireis ? ¡ Qué ! ¿ No sois ya la generación atrevida del año doce? ¿ Podriais resignaros con la infamia, habeis nacido para ser esclavos? No ! No! vosotros lidiareis como hombres libres y la heróica Tucumán será otra vez la tierra sagrada de la libertad, la tumba de los tiranos!

" Os respondo de la victoria. Basta un puñado de vosotros para destruir á los feroces enemigos de Tucumán, para purgar á mi patria de esos mostruos que la infestan con su aliento y la deshonran con sus crimenes.... ¿ quién podrá vencernos, si vamos á combatir entre los sepulcros de nuestros padres y la cuna de nuestros hijos?

" El ilustre caudillo de la revolución argentina, el brazo más poderoso que la libertad haya armado jamás en su defensa, corre á ponerse á vuestra cabeza y á presidiros en el combate: lo acompañan muchos de esos veteranos que os enseñaron á triunfar el año doce! ¿ Qué podeis temer?

" O vencer ó morir....es la ocasion."

Fué un delirio y los gritos, los aplausos, los ¡vencer ó morir! ¡ Libertad ó muerte ! acallaron por un mo-

mento el himno patrio, á que dió comienso la banda militar.

A las pocas horas sin que hubiese decaído el entusiasmo, al contrario, yendo en aumento, se hacía conocer por bando y corría impresa por la Imprenta Tucumán—la minuta de la Cámara, con el cúmplase del Gobernador Piedra—buena, refrendada por el Ministro José Colombres y firmándola por mándato Pedro Gregorio Mendez : Escribano Público y de Gobierno.



Mientras paso tan trascedental llevaba al parosismo al pueblo de Tucumán, en una habitación interior de la casa situada á dos cuadras de la Iglesia de San Francisco, hacia el cerro, se encontraba un jóven vestido completamente de negro, la barba crecida, los ojos hundidos, colgando lágrimas en sus pestañas, los codos sobre una mesa y la cabeza entre las manos. Parecía no oír el estruendo de las bombas, el eco de las músicas y de los vivas; solo el vagido de un infante lo sacó de su ensimismamiento haciendolo correr á la habitación contigua: era Pedro Rodriguez.

El llanto era de su hijita, que había costado la vida de su inolvidable Chavela.

FIN

Rosario, Abril 7 - Agosto 15 de 1901.

INDICE




LIBRARY
MAY



